

INB

TOMAN KUZLE

LA GUERRA

ESTI

SUD
AFRICA

Afr

1152



Afr

1152



COLECCION DE LOS BUENOS

La Guerra

EN

SUD AFRICA

SUS CAUSAS Y MODO DE HACERLA

POR

A. CONAN DOYLE

AUTOR DE «LA GRAN GUERRA BOER»



TRADUCIDA DIRECTAMENTE DEL INGLÉS POR

FERNANDO DE ARTEAGA Y PEREIRA

HOM. M. A., OXFORD

LONDRES

SMITH, ELDER Y COMP.^a, Waterloo Place, 15.

Imprenta de Antonio Marzo

CALLE DE LAS POZAS, NÚM. 12.—MADRID

1902

27251

LA GUERRA
EN SUD ÁFRICA

SUS CAUSAS Y MODO DE HACERLA

POR

A. CONAN DOYLE

AUTOR DE «LA GRAN GUERRA BOER»

Traducida directamente del Inglés por

FERNANDO DE ARTEAGA Y PEREIRA

HON. M. A., OXFORD

LONDRES

SMITH, ELDER Y COMPAÑÍA, WATERLOO PLACE, 15

Imprenta de Antonio Marzo

CALLE DE LAS POZAS, NÚMERO 12. — MADRID

1902

PRÓLOGO

Por una ú otra razón, que pudiera ser ignorancia ó también apatía, los ingleses son muy tardíos en exponer su caso á los ojos del mundo. Hasta ahora, las razones de nuestros actos y de nuestro modo de proceder se han expuesto en muchos libros azules, folletos y hojas sueltas; más nunca, que yo sepa, se han reunido en un pequeño volumen; pero, en vista de las persistentes calumnias á que nuestros políticos, lo mismo que nuestros soldados, se han visto expuestos, se hace un deber de honra nacional presentar los hechos ante el mundo, si bien hubiera deseado que alguien más competente y con cierta autoridad oficial hubiera acometido la tarea que he tratado de cumplir lo mejor que me ha sido posible, desde un punto de vista independiente.

Ni una sola guerra ha habido en la historia en que el derecho estuviese absolutamente de una sola parte, ó en que los incidentes de la campaña se hallasen exentos de crítica, y no pretendo que esta guerra sea una excepción de aquella ley; pero tampoco creo que ningún hombre exento de preocupaciones pueda leer los hechos sin reconocer que el Gobierno inglés ha hecho cuanto ha podido para evitar la guerra, lo mismo que el ejército inglés lo ha hecho por sostenerla con humanidad.

En cuanto á mis editores y á mí, esta obra, en sí, es nuestra propia recompensa, y de esta manera confiamos poder poner su precio al alcance de todos, y dejar aún un provecho para el vendedor; pero como nuestra ambición es además el traducirla á todas las lenguas europeas y enviar un ejemplar gratuito á todos los diputados y á todos los periódicos del Continente y de América, se necesitará dinero para ello en suma considerable, y para allegar fondos nos proponemos hacer un llamamiento al público. Cualesquiera sumas que á mí ó á mis editores se nos envíen se consagrará á esta obra, y nunca serán excesivas, porque cuanto más tengamos, tanto más podremos hacer.

Réstame añadir que no he llenado mis páginas de continuas referencias; mis citas son fidedignas, y, en caso de necesidad, pueden siempre comprobarse.

Undershaw, Hinthelhead Enero 1902.

A. Conan Doyle

ÍNDICE

<u>Capítulos.</u>	<u>Páginas.</u>
I. El pueblo boer	5
II. La causa de la cuestión	17
III. Las negociaciones	35
IV. Examinanse algunos puntos	55
V. Las negociaciones de paz	68
VI. La quema de las casas de labor	79
VII. Los campos de concentración.....	89
VIII. El soldado inglés en Sud-Africa	102
IX. Otros cargos contra las tropas inglesas.....	118
X. El otro aspecto de la cuestión.	
XI. Conclusiones.....	146
APÉNDICES	
A.	154
B.	156

LA GUERRA

SUS CAUSAS Y MODO DE HACERLA

CAPITULO PRIMERO

EL PUEBLO BOER

Es imposible apreciar el problema sudafricano y las causas que han conducido á la actual guerra entre el Imperio británico y las Repúblicas boers sin cierto conocimiento, siquiera superficial, de la pasada historia de Sud-Africa. Para referir el caso deberemos empezar de buen principio, porque ha habido completa solución de continuidad en la historia de Sud-Africa, y cada fase de ella ha dependido de la que le precedió, y nadie puede apreciar al boer sin conocer su pasado, pues el boer es lo que su pasado le ha hecho.

Por aquellos tiempos en que Cromwell se hallaba en el apogeo de su gloria, ó para ser exactos hasta la pedantería, en 1652, fué cuando los holandeses hicieron su primer asiento en El Cabo de Buena Esperanza. Habíanles precedido ya los portugueses; mas repelidos por el mal tiempo é incitados á proseguir más allá por los rumores de la existencia de oro, habían dejado atrás el verdadero asiento del imperio, y habían viajado hasta establecerse á lo largo de la costa oriental. Pero los holandeses de El Cabo prosperaron y se hicieron más fuertes en aquel clima vigorizador; no penetraron mucho en el interior porque eran pocos en número, y todo lo que necesitaban lo hallaban á mano; pero se construyeron casas y proveyeron de comestibles y de agua á la Compañía holandesa de la India Oriental, dando gradualmente nacimiento á pequeñas ciudades, como Wynberg y Stellenbosch, y llevando sus establecimientos ó colonias á lo largo de las dilatadas pendientes que con-

ducen á la gran meseta central que por espacio de 1.500 millas se extiende desde la margen del Karoo hasta el valle del Zambesi.

Durante los cien años subsiguientes, la historia de la colonia no es más que un registro de la expansión gradual de los Africaners por la inmensa extensión de campo que se extiende al Norte de ellas. Convirtiéndose entonces la cría de ganado en una industria; pero en un país en que seis acres bastan apenas para mantener una oveja, eran necesarias grandes casas de labor aun para mantener rebaños poco numerosos, y la dimensión usual de éstas fué de seis mil acres, mediante una renta de cinco libras esterlinas pagaderas al Gobierno. Como en América y en Australia, las enfermedades que siguen á los blancos fueron fatales para los naturales, y una epidemia de viruelas limpió el país á los recién llegados, que se internaron más y más al Norte, fundando aquí y allá pequeñas ciudades como Graaf-Reinet y Swellendam, donde una iglesia reformada holandesa y un almacén para la venta de las cosas meramente necesarias á la vida, formaron el núcleo de unos cuantos edificios dispersos. Ya entonces iban mostrando los colonizadores aquella independencia á toda sujeción y aquel despego hacia Europa que ha sido su distintivo más característico; y aunque se sublevaron, hasta bajo la administración de la Compañía holandesa, aquel alzamiento local apenas fué notado en el cataclismo universal que siguió á la Revolución francesa. Por fin, al cabo de veinte años, durante los cuales el mundo se estremeció ante la titánica lucha en el final saldo de cuentas y pago de los tantos, la colonia de El Cabo fué agregada en 1814, al Imperio británico.

En la vasta reunión de los Estados Británicos no hay, probablemente, ni uno solo cuyos títulos de propiedad sean tan incontables como el de éste. Inglaterra lo había adquirido por dos derechos: el derecho de conquista y el derecho de compra. En 1806 desembarcaron allí tropas, derrotaron á las fuerzas locales y se apoderaron de la Ciudad de El Cabo, y en 1814, Inglaterra pagó al Establecimiento la enorme suma de seis millones de libras esterlinas por la transferencia de este país y de una parte del sud americano. Fué un negocio que probablemente se hizo de prisa y á la ligera en aquella redistribución general que se verificaba entonces. Como punto de estada en el camino de las Indias, el lugar se consideraba importante: pero el país en sí era mirado como inaprovechable y desierto. ¿Qué hubieran pensado Castlereagh ó Liverpool si hubieran podido ver las partidas que compraban por seis millones de libras? El inventario hubiera sido una mezcla de bueno y de malo:

nueve terribles guerras con los kaires, las mayores minas de diamantes del mundo, las más ricas minas de oro, dos costosas y humillantes campañas con hombres á quienes hemos respetado aun en el momento de combatir contra ellos, y por fin hoy, así lo esperamos, un Sud Africa de paz y prosperidad, con iguales derechos y deberes para todos los hombres.

Los títulos de propiedad de esa finca son, como he dicho, buenos, pero en sus cláusulas hay un defecto singular y ominoso; y es que como el Océano le ha marcado tres límites, dejando indefinido el cuarto, no se dice una palabra de la región «Trans-Cabiana», pues no se había pensado entonces ni en esa palabra ni en esa idea. ¿Había comprado también Inglaterra aquellas vastas regiones que se extendían más allá de las colonias, ó quedaban los descontentos holandeses en libertad de pasarse á ellas y fundar allí nuevos estados para cerrar el paso á los colonos angloceltas? En esta pregunta se encierra el germen de todas las querellas venideras. Un norteamericano comprendería al punto la cuestión que se debate si pudiese concebir que después de la fundación de los Estados Unidos, los habitantes holandeses del Estado de Nueva York se hubiesen corrido al Oeste y hubiesen establecido allí nuevas comunidades bajo una nueva bandera. Entonces, y cuando la población americana hubiese llegado á aquellos estados occidentales, se hubieran encontrado frente á frente con el problema que nuestra nación tiene que resolver; y si se hubiesen encontrado con que esos nuevos estados eran decididamente antiamericanos y extremadamente opuestos al progreso, entonces hubieran tocado la gravedad de esas dificultades con que los hombres de Estado ingleses tienen que luchar.

Al tiempo de su transferencia á la bandera inglesa, los colonos holandeses, franceses y alemanes ascendían á unos treinta mil, tenían esclavos, y los esclavos eran tan numerosos como ellos, y la esperanza de una amalgama completa entre los ingleses y los primitivos colonizadores podía parecer muy bien fundada, puesto que unos y otros eran casi casi del mismo origen, y sus creencias se diferenciaban sólo por sus distintos grados de hipocresía é intolerancia. Cinco mil emigrantes ingleses desembarcaron en 1820, estableciéndose en las fronteras orientales de la Colonia, y de allí en adelante hubo un lento aunque constante influjo de parte de los colonos que hablaban la lengua inglesa. El Gobierno tenía las faltas y las virtudes históricas de la administración inglesa: era benigno, limpio, pero falto de tacto é inconsecuente, y en general hubiera

podido hacerlo bien si se hubiera contentado con dejar las cosas como se las encontró; pero el querer cambiar los hábitos de la raza más conservadora entre las teutónicas, fué una peligrosa aventura que ha llevado á una larga serie de complicaciones, dando lugar á la trabajosa historia de Sud-Africa.

El Gobierno imperial ha tenido siempre una mira honrosa y filantrópica con respecto á los derechos de los naturales y al derecho que éstos tienen á la protección de la ley; pero nosotros sostenemos, y con razón, que la justicia inglesa, si no es ciega, por lo menos sufre de daltonismo. Aquel punto de vista es irreprochable en teoría é incontestable como argumento; pero es muy propenso á irritar los ánimos cuando se mantiene por un moralista de Boston ó por un filántropo de Londres en favor de hombres cuya sociedad está enteramente basada en la pretensión de que el negro es de raza inferior, pues tal clase de gente gusta de hallar el mayor grado de moralidad por sí misma, y no de que se lo impongan otros que viven bajo condiciones completamente diferentes.

El Gobierno británico ha desempeñado siempre el impopular papel de amigo y protector de los empleados indígenas, y precisamente, á propósito de esto mismo, surgió la primera desavenencia entre los antiguos colonizadores y la nueva administración. Un levantamiento con derramamiento de sangre siguió al arresto de un labrador holandés que había maltratado á un esclavo suyo; reprimióse, y cinco de los amotinados fueron ahorcados, castigo indebidamente severo y excesivamente imprudente, porque una raza valerosa puede olvidar las víctimas del campo de batalla, pero nunca olvida las del cadalso, y porque el hacer mártires políticos es la última locura que deben cometer los hombres de Estado; pero, en fin, lo hecho hecho estaba; mas lo típico del callado resentimiento que quedó después de aquel hecho, es que, cuando después de la correría de Jameson se creyó que los cabecillas de aquella malhadada aventura iban á ser ahorcados, desde una casa de campo de Cookhouse Drift se llevó á Pretoria la viga, para que los ingleses pudieran morir como los holandeses habían muerto en 1816. La Garganta de Slagter marca la línea divisoria entre el modo de proceder del Gobierno Británico y el de los Africanistas.

Y la separación se hizo bien pronto más marcada, porque con generosidad el Gobierno inglés concedió benignísimas condiciones á las tribus kafires que en 1834 habían saqueado las casas de labor fronterizas; y luego, finalmente, en aquel mismo año, vino la emancipación de los esclavos en todo el Imperio británico, que convirtió

todo aquel descontento aún humeante en una activa conflagración.

Hay que confesar que en aquella ocasión el filántropo inglés pagó con gusto lo que él creía que era justo; y fué una noble acción nacional cuya moralidad era muy superior á su tiempo, aquella acción del Parlamento inglés, al votar la enorme suma de veinte millones de libras para pagar la compensación á los dueños de esclavos, y apartar así un peligro del cual la madre patria nó tenía una responsabilidad inmediata, y fué una suerte que la cosa se hiciera cuando se hizo, porque si hubiéramos esperado á hacerlo cuando las colonias interesadas hubieran tenido Gobiernos propios, nunca se hubiera podido hacer la emancipación por medios constitucionales. Con más de un refu:fuño, pues, sacó el propietario inglés la bolsa de su faltriquera y pagó lo que creía que era justo; pero si alguna gracia especial aguarda á aquellas acciones virtuosas que no traen más que tribulaciones en este mundo, la esperamos por esta emancipación, pues gastamos nuestro dinero, arruinamos nuestras colonias de las Indias Occidentales y provocamos en Sud-Africa un desafecto cuyo término no hemos visto todavía.

Pero los detalles de la medida eran menos honrosos que el principio en sí: se llevó á cabo repentinamente, de modo que el país no tuvo tiempo de acomodarse á las nuevas condiciones; señalaronse tres millones de libras esterlinas para Sud-Africa, lo que daba un término medio de 60 á 70 libras por esclavo, suma muy inferior á los precios locales corrientes, y finalmente, la compensación se hizo pagadera en Londres, de modo que los terratenientes tuvieron que vender sus derechos á reducidos precios á intermediarios. Celebráronse juntas en que rebosaba la indignación en todas y cada una de las pequeñas ciudades y majadas del Karoo, y se despertó el antiguo espíritu del holandés, el espíritu de aquellos hombres que habían soltado los diques. La rebelión era inútil; pero al Norte tenían una vasta extensión de terreno baldío, la vida nómada les era simpática, y en sus inmensas carretas arrastradas por bueyes, y semeiantes á aquellas en que sus antepasados habían bajado á la Galia, hallaron á la vez vehiculos y casas y fortalezas; cargáronlas una por una, unciéronles largos tiros, sentáronse dentro de ellas las mujeres; los hombres, armados de sus largas escopetas, caminaron á los lados, y empezó el gran éxodo. Sus ganados y rebaños les acompañaron en la emigración, y los niños los ayudaron á congregarlos y á llevarlos; un chiquillo harapiento de unos diez años hacia chasquear el látigo detrás de los bueyes; fué un detalle isignificante de aquella singular multitud, pero resultó de gran

interés para nosotros; aquél detalle se llamaba Pablo Esteban Krüger.

Fué una huida extraña, únicamente comparable en los tiempos modernos á la salida de Nauvoo de los mormones en busca de la tierra prometida de Utah. El país les era conocido, y se hallaba poblado diseminadamente hacia el Norte hasta el río Orange; pero más allá de él había una gran región en que nadie había puesto nunca la planta, salvo alguno que otro cazador ó explorador aventurero. Dió la casualidad, si es que la casualidad puede entrar en las cosas humanas, que un conquistador zulú hubiese barrido aquel país dejándolo despoblado, salvo los enanos de los bosques, los repugnantes aborígenes, lo más bajo de la raza humana. Había allí hermosa hierba y buen suelo para los emigrantes, y allí se dirigieron en pequeñas bandas separadas. Aunque el número total de ellos era considerable, de seis mil á diez mil, según sus historiadores, ó sea casi una cuarta parte de la población total de la colonia; y aunque algunas de las primeras bandas perecieron miserablemente, un gran número de ellas designó como lugar de reunión un elevado pico al Este de Bloemfontein, en lo que más tarde fué el Estado libre de Orange, mientras que otra banda de emigrantes se quedaba segregada del resto por los Matabeles, rama del gran pueblo zulú.

La final victoria de los «voortrekers» despejó toda la comarca entre el río Orange y el Limpopo, cuya extensión ha sido conocida con los nombres del Transvaal y el Estado libre de Orange. Entre tanto, otra banda de emigrantes había descendido al Natal y derrotaban á Dingaan, el gran caudillo de los zulús.

Sólo entonces, y al fin de aquella su gran jornada, después de vencer las dificultades de la naturaleza, de la distancia y de los salvajes enemigos, vieron los boers, al fin de su peregrinación, aquello que menos deseaban, aquello para evitar lo cual habían ido tan lejos: la bandera de la Gran Bretaña. Habían ocupado los boers el Natal desde el interior; pero Inglaterra había hecho ya lo propio por la parte de mar, y una pequeña colonia de ingleses se había establecido en Puerto Natal, conocido hoy por Durban. Pero el Gobierno de la metrópoli había obrado de un modo muy vacilante, y sólo á la conquista del Natal por los boers lo reclamó como colonia inglesa. Sentaron al mismo tiempo la malhadada doctrina de que un súbdito británico no podía de su propia voluntad desprenderse de su sumisión, y que, fueren á donde quisieren aquellos errantes labradores, no eran más que exploradores de las colonias

británicas. Para apoyar su doctrina, envió, en 1842, á lo que es hoy Durban, tres compañías de soldados, es decir, los cuatro soldados y un cabo con que Inglaterra suele fundar un nuevo imperio, y aquel puñado de hombres fué víctima de una emboscada y copado por los boers, como con frecuencia lo han sido los que les han sucedido desde entonces; pero los que pudieron sobrevivir se fortificaron y adoptaron una actitud defensiva, como también los sucesivos destacamentos lo han hecho tantas veces desde entonces, hasta que llegaron refuerzos, y los labradores se dispersaron. De entonces acá, el Natal se convirtió en colonia británica, y la mayoría de los boers se dirigieron al Norte y al Este con el corazón lleno de amargura, para narrar á sus hermanos del Estado libre de Orange y del Transvaal aquellas injusticias.

Pero ¿tenían injusticias que contar? Difícil es alcanzar aquel grado de filosófico desinterés que permite al historiador tratar con absoluta imparcialidad aquellas cuestiones en que su propia nación es parte interesada; mas concedamos al menos que hay cierta razón de parte de nuestro adversario. Nuestra anexión del Natal distaba mucho de haber sido definitiva, y fueron ellos, y no nosotros, los primeros que quebrantaron aquel sangriento poder zúlú que había arrojado una sombra sobre el país; y era en verdad muy duro, después de tales pruebas y de tales hazañas, tener que volver la espalda á aquel fértil país que habían conquistado y regresar á los áridos pastos de la alta montaña. Lleváronse, pues, consigo del Natal un profundo sentimiento de su agravio, sentimiento que, desde entonces acá, ha contribuido á acibarar nuestras relaciones con ellos. Aquella ligera escaramuza entre soldados y emigrantes fué en cierto modo un episodio momentáneo, pues se limitó á cortarles á los boers la comunicación con el mar, dejándoles limitada su ambición al interior del país tan sólo; pero si las cosas hubieran pasado al revés, una nueva, y tal vez una formidable bandera, se hubiera añadido á las naciones marítimas.

Los emigrantes que se habían establecido en la inmensa extensión de terreno que existe entre el río Orange, al Sud, y el Limpopo, al Norte, habían sido reclutados por recién llegados de la Colonia del Cabo hasta sumar unas quince mil almas, y esta población se hallaba diseminada en una extensión de terreno tan grande como Alemania y mayor que Pensilvania, Nueva York y la Nueva Inglaterra. Su forma de gobierno era individual y democrática hasta el último grado, compatible con toda cohesión, y el único lazo que les había mantenido unidos parece haber sido las [guerras con

los kafires y el miedo y la antipatía que tenían al Gobierno inglés. Se dividían y subdividían dentro de sus propios límites como un huevo que germina. El Transvaal rebosaba de comunidades vigorosas un tanto atrevidas, que peleaban entre sí tan furiosamente como lo habían hecho contra las autoridades de El Cabo: Lydenburg, Zoutpansberg y Potchefstroom estaban á punto de volver sus armas unas contra otras; en el Sud, entre el rio Orange y el Vaal, no existía ni la más mínima sombra de gobierno, sino un amasijo de labradores holandeses, basutos, hotentotes y mestizos que vivían en un perpetuo estado de turbulencia, y no reconocían ni la autoridad inglesa, al Sud, ni las Repúblicas del Transvaal, al Norte. El caos se hizo por fin tan insoportable, que en 1848 se puso guarnición en Bloemfontein y se incorporó el distrito al Imperio británico; los emigrantes hicieron una ligera resistencia en Boomplaats, y tras una simple derrota, consintieron en entrar en el orden establecido del gobierno civilizado.

Hacia este tiempo el Transvaal, donde la mayor parte de los boers se habían establecido, deseaba un reconocimiento formal de su independencia, que las autoridades inglesas determinaron concederles de una vez para siempre, pues aquel estéril y extenso país, que producía poco más que buenos tiradores, no tenía atractivos para un ministerio de las Colonias, que cedió ante lo limitado de sus responsabilidades. Firmóse un Convenio entre ambas partes, conocido por el Convenio de Sand River, que es uno de los jalones de la historia de Sud-Africa, y por él garantizó el Gobierno inglés á los labradores holandeses el derecho de que dirigiesen sus propios negocios y se gobernasen por sus propias leyes, sin ingerencia alguna de parte de los ingleses. Se estipulaba en él que no habría esclavitud, y con esta simple reserva, el Gobierno inglés creyó lavarse para siempre las manos en aquella cuestión; así vino formalmente á la vida la República del Transvaal.

Al año siguiente del Convenio de Sand River, una segunda República, el Estado libre de Orange, fué creada por la deliberada retirada de Inglaterra del territorio que por ocho años había ocupado. La cuestión de Oriente se iba poniendo ya grave, y la nube de una gran guerra se alzaba ya amenazadora á la vista de todos los hombres de Estado ingleses; veían que los mandatos que les estaban encomendados en las diferentes partes del mundo les eran muy pesados, y que las anexionen en Sud-Africa habían sido siempre de un valor dudoso y de una molestia indudable; así, pues, contra la voluntad de una gran parte de los habitantes, si de la

mayoría ó no es imposible asegurarlo, retiramos nuestras tropas tan amistosamente como los romanos se habían retirado de la Bretaña, y se dejó á la joven República en libre y absoluta independencia; y cuando se presentó una protesta contra la retirada, el Gobierno de la metrópoli votó 48.000 libras esterlinas para compensar á aquellos que habían sufrido por el cambio. Cualesquiera que sean, pues, los agravios históricos que el Transvaal pueda tener contra la Gran Bretaña, nosotros podemos, al menos, y con la excepción de una sola cuestión, sostener que tenemos muy limpia la conciencia por lo que respecta á nuestras relaciones con el Estado libre de Orange. Así nacieron, respectivamente, en 1852 y 1854, esas dos fuertes naciones que durante algún tiempo han podido tener á raya las fuerzas unidas del Imperio.

Entre tanto, la Colonia del Cabo, á pesar de estas separaciones, había prosperado grandemente, y su población, ingleses, alemanes y holandeses, había crecido en 1870 hasta llegar á más de 200.000 almas, predominando aún ligeramente los holandeses. Pero, según la liberal política colonial de la Gran Bretaña, había llegado la hora de cortar la cuerda y dejar á la joven nación que dirigiese sus propios asuntos. En 1872 se le dió la completa libertad de gobernarse á sí misma, reteniendo el gobernador, como representante de la reina, un veto nominal nunca ejercido sobre la legislación. De conformidad con este sistema, la mayoría holandesa de la Colonia pudo, como lo hizo, llevar al Poder sus propios representantes y ejercer el Gobierno bajo principios holandeses. Ya se habían vuelto á poner en vigor las leyes holandesas, y el holandés se había puesto bajo el mismo pie que el inglés como lengua oficial del país. La extrema liberalidad de tales medidas y la manera ilimitada, como se habían llevado á cabo, por detestable que la legislación pueda parecer á ideas inglesas, constituyen las principales razones por que fué tan profundamente sentido en El Cabo el tratamiento antiliberal de los colonos ingleses en el Transvaal, pues en los precisos momentos en que los boers se negaban á dar á un inglés el voto para las elecciones municipales en una ciudad que el inglés mismo había fundado, un Gobierno holandés estaba gobernando á los ingleses en una colonia inglesa.

Durante los veinticinco años que siguieron al Convenio de Sand River, los ciudadanos del Transvaal habían llevado una activa y agitada existencia batallando incesantemente contra los naturales, y algunas veces también entre sí, en medio de uno que otro arañazo á la pequeña República del Sud; á esto siguió la desorganiza-

ción: los ciudadanos rehusaban pagar la contribución, y el Tesoro estaba exhausto; una terrible tribu kaire les amenazaba por el Norte, mientras los zulús lo hacían por el Este. Es una exageración el pretender que la intervención inglesa salvó á los boers, porque nadie puede leer su historia militar sin ver que valían por los zulús y los sekukuni juntos; pero la verdad era que se preparaba una formidable invasión, y que las diseminadas casas de labor estaban tan abiertas á los kaires como las quintas de nuestros labradores lo estaban en las colonias norteamericanas cuando los indios se pusieron en pie de guerra. Sir Teófilo Suepstone, el comisario inglés, después de una información de tres meses, resolvió todas las cuestiones de un modo, que fué con la formal anexión del país; y el mero hecho de que tomó posesión de él con una fuerza de unos 25 hombres, prueba la honradez de sus opiniones de que no había que temer resistencia armada, y este hecho, en 1877, fué el reverso de la medalla del Convenio de Sand River, y el comienzo de un nuevo capítulo en la historia de Sud-Africa.

No parecía haber por aquel tiempo marcado sentimiento contra la anexión, pues el pueblo estaba abatido con sus penas y aburrido con tanta contienda. El presidente Burger's presentó una formal protesta y fijó su residencia en la Colonia del Cabo, donde obtuvo una pensión del Gobierno inglés. Un memorial contra la medida obtuvo las firmas de una mayoría de los habitantes boers; pero hubo una minoría respetable que adoptó el partido contrario, y el mismo Krüger aceptó un empleo retribuido del Gobierno.

Todos los indicios eran, pues, de que el pueblo, si se le llevaba con prudencia, se apaciguaría bajo la bandera inglesa.

Pero el Imperio ha tenido siempre muy mala suerte en Sud Africa, y nunca la tuvo peor que en aquella ocasión, porque sin que fuera por mala fe, sino simplemente por preocupación y por dilación, las promesas hechas no se cumplieron inmediatamente. Si los transvaalenses hubieran esperado, hubieran tenido su Volksraad, y todo lo que querían; pero el Gobierno inglés tenía otras cuestiones locales que arreglar, como lo eran la extirpación de los sekukuni y el quebrantamiento de los zulús, antes de cumplir sus compromisos. La dilación fué profundamente sentida, y nosotros fuimos muy desgraciados en la elección de gobernador. Los burghers son una gente muy casera, á quienes les gusta de cuándo en cuándo tomar una taza de café con el hombre preocupado que trata de gobernarlos, y las 300 libras esterlinas al año que se asignan como gastos de café por el Transvaal á su presidente, no son, en manera

alguna, una mera fórmula. Un administrador prudente se hubiera acomodado pronto á las costumbres democráticas de su pueblo; sir Teófilo Shepstone lo hizo así; pero sir Owen Lanyon no; no hubo Volksraad, no hubo café, y el descontento popular creció rápidamente. En sólo tres años, los ingleses habían desbaratado las dos salvajes hordas que habían amenazado al país, y habían además salvado la hacienda; pero estas razones, que tantos boers habían ganado para la causa de la anexión, fueron debilitadas por aquel mismo poder que tanto interés tenía en fortalecerlas.

Por mucho que se repita, nunca se repetirá bastante que en esta anexión, punto de partida de todos nuestros disgustos, la Gran Bretaña, sean cualesquiera las equivocaciones que haya cometido, no podía haber obrado con la mira de un interés egoísta, porque no había minas del Rand en aquellos días, ni había en aquel país nada con que tentar al más codicioso: un Tesoro exhausto y dos costosas guerras con los naturales eran toda la hacienda de que entramos en posesión. Se consideró honradamente que el país se hallaba en un estado demasiado perturbado para gobernarse á sí mismo, y que, por su debilidad, era un escándalo y un peligro para sus vecinos y para sí propio. Nada hubo de sórdido en aquella acción, aunque pudiera ser prematura é imprudente, y hay cierta razón para creer que, si se hubiera diferido entonces, se hubiera realizado más tarde á petición de la mayoría de los habitantes.

En Diciembre de 1880 se levantaron los boers; todas las casas de labor enviaron sus tiradores, y se designó como punto de reunión las cercanías de un fuerte inglés. En todo el país, los pequeños destacamentos fueron cercados y sitiados por los labradores, y Standenton, Pretoria, Potchefstroom, Lydenburgo, Wakkerstroom, Rusbenburgo y Marabastad fueron atacados, aunque todos se sostuvieron hasta el fin de la guerra. Pero en campo abierto las tropas fueron menos afortunadas, y en Bronkhorst Spruit, sin daño alguno de sus contrarios, una pequeña fuerza inglesa fué sorprendida y fusilada; el cirujano que la asistió dejó consignado que el promedio de las heridas de cada hombre fué cinco. En Laings Neck, una reducida fuerza inglesa trató de atacar una colina ocupada por tiradores boers, y la mitad de sus hombres cayeron muertos ó heridos, é Ingogo puede llamarse una batalla indecisa, aunque las pérdidas de los ingleses fueron mayores que las del enemigo. Y finalmente, ocurrió la derrota de Majuba Hill, donde 400 infantes situados en una montaña fueron derrotados y arrollados por un enjambre de tiradores que avanzaron á cubierto de las peñas. De

todas estas acciones, no hubo ninguna que fuera más que una simple escaramuza, y de haber sido seguida de una decisiva victoria inglesa, apenas se recordarían hoy; pero el mero hecho de ser escaramuzas que lograron su objeto, es lo que les ha dado una importancia exagerada.

La derrota de Majuba Hill fué seguida de la completa rendición del Gobierno de Gladstone, acto el más pusilánime ó el más magnánimo de la historia contemporánea. Es muy duro para un hombre fuerte el retirarse ante el débil sin pegarle; pero cuando el fuerte ha sido derribado al suelo, tres veces es más duro aún el retirarse. Había entonces en el campo fuerzas inglesas más que suficientes para el caso, y su general declaró que tenía al enemigo en el puño; y aunque los cálculos militares ingleses han sido antes de ahora desmentidos por esos labradores, y es muy posible que la tarea de Woods y de Roberts haya sido mucho más difícil de lo que estos generales imaginaron, á lo menos en el papel parecía que el enemigo podía ser aniquilado sin dificultad. Pues no obstante de pensarse así de público, se consintió en que la espada, que ya estaba levantada, se suspendiese. Para el público, aparte de los hombres políticos, el motivo era indudablemente un motivo moral y cristiano: consideraban que la anexión del Transvaal había sido á todas luces una injusticia; que los labradores tenían derecho á aquella libertad por que peleaban, y que era cosa indigna de una gran nación el continuar una guerra injusta por una mera venganza militar. Tales fueron los motivos del público inglés al asentir á aquel acto del Gobierno inglés; fué el colmo del idealismo, y su resultado ha sido tal que no convida á una repetición.

En 5 de Marzo de 1881 se celebró un armisticio que condujo á la paz del 23 del mismo mes. El Gobierno, después de haber cedido por la fuerza ante aquello que repetidas veces había rehusado á las representaciones amistosas, hizo un compromiso muy burdo en aquel arreglo. De haber tenido que intentarse aquella política idealista y de moralidad cristiana hubiera debido serlo por completo: era obvio que si la anexión era injusta, el Transvaal hubiera vuelto á la condición en que estaba antes de la anexión, según se definía en el Convenio de Sand River; pero el Gobierno, por una ú otra razón, no quería ir tan lejos, y así negociaron, disputaron y regatearon, hasta que el Estado quedó como una cosa híbrida, tal como nunca se había visto; era una república que formaba parte del sistema de una monarquía, administrado por el Ministerio de las Colonias, é incluido en las columnas del *Times* bajo el epigrafe de «Colonias». Era autó-

nomo, y, sin embargo, estaba sujeto á una vaga soberanía cuyos límites nadie pudo definir jamás; en fin, tanto en lo que proveía como en lo que omitía, el Convenio de Pretoria parece probar que nuestros asuntos coloniales se conducían tan desastrosamente como los militares en aquel desgraciado año de 1881.

Ya desde buen principio era evidente que arreglo tan ilógico y tan disputado no podía en manera alguna ser un arreglo final, y, en efecto, aún no se había secado la tinta de las firmas cuando se alzó una agitación en favor de la revisión. Consideraban los boers, y con justicia, que si se les dejaba como indisputables vencedores en aquella guerra, debían recoger todo el fruto de la victoria, mientras que, por otra parte, las colonias de origen inglés se veían sometidas á una ruda prueba de lealtad. La orgullosa raza anglocelta no está acostumbrada á humillarse, y, sin embargo, por el modo de obrar del Gobierno de la metrópoli se veían convertidos en individuos de una raza conquistada. Erale muy fácil al ciudadano de Londres consolarse de su dignidad herida con la creencia de que había hecho una acción magnánima; pero para el colono inglés de Durban ó de la Ciudad del Cabo, que sin su espontánea voluntad y sin voz en aquel arreglo, se veía humillado ante su vecino el holandés, la cosa era muy distinta. Quedaba de todo aquello un profundo sentimiento de animosidad que tal vez pudiera haberse desvanecido si el Transvaal hubiese aceptado el arreglo bajo el espíritu en que el arreglo se hizo, pero que, por lo contrario, se hizo más y más peligroso desde el momento en que nuestro pueblo vió ó creyó ver durante diez y ocho años que cada concesión llevaba siempre una nueva demanda, y que las repúblicas holandesas aspiraban, no ya á la mera igualdad, sino á la dominación en Sud-Africa. El profesor Bryce, crítico benévolo, después de una investigación minuciosa, tanto por lo que respecta al país como á la cuestión, ha dejado consignado que los boers no vieron en nuestra conducta ni generosidad ni humanidad, sino miedo. Raza franca como son, comunicaron estos sentimientos á sus convecinos; ¿qué admiración puede, pues, causar que Sud Africa haya estado desde entonces en un estado de fermentación, y que el Afrikander inglés haya suspirado por la hora de la venganza con una intensidad de sentimientos desconocida á Inglaterra?

Púsose el Gobierno del Transvaal, después de la guerra, en manos de un triunvirato; pero al cabo de un año, Krüger llegó á presidente, cargo que retuvo por durante diez y ocho años consecutivos. Su carrera como administrador muestra lo sabio de aquella prudente, aunque no escrita disposición de la Constitución norte-

americana, por la cual se fija un límite á la duración de este cargo. El continuo gobernar de un hombre durante media generación debe convertirle en un autócrata; el viejo presidente se había dicho en su lenguaje casero y rudo que cuando uno tiene un buen buey para conducir el tiro es lástima cambiarlo; sin embargo, si al mejor buey se le deja seguir su propia dirección, sin guiarlo, puede llevar la carreta á un atolladero.

Durante tres años aquel pequeño Estado dió señales de una actividad tumultuosa. Considerando que era mayor que Francia, y que la población no podía entonces exceder de cincuenta mil almas, hubiera uno creído que podían haber encontrado lugar bastante sin una acumulación inconveniente; pero los burghers se salían de sus fronteras en todas direcciones. El presidente decía que había sido encerrado en un kraal, y empezó á buscar manera de salirse de él. Se proyectó una gran emigración al Norte; pero, afortunadamente, salió mal; pero al Este entraron en el Zululand, y á despecho de la colonia inglesa establecida en aquella comarca, consiguieron quitarles una tercera parte de ella y agregarla al Transvaal, mientras que al Oeste, sin consideración alguna al Tratado de tres años, invadieron el Bechualand y establecieron las dos nuevas Repúblicas de Goshen y Stellaland. Tan ultrajante fué esta conducta que la Gran Bretaña se vió obligada á organizar, en 1884, una nueva expedición á las órdenes de sir Charles Warren, con el objeto de arrojar del país á aquellos filibusteros. Se preguntará: ¿y por qué ha de llamarse á estos hombres filibusteros cuando á los habitantes de Rodesia se les llama exploradores? La respuesta es: porque el Transvaal estaba limitado por un Tratado á ciertos límites que aquellos hombres traspasaron, mientras que cuando el poder inglés se extendió hacia el Norte, no se quebrantó ningún pacto. La consecuencia de todas aquellas violaciones de territorio fueron las mismas que han tenido todos nuestros dramas en Sud Africa: el desgraciado contribuyente sacó una vez más la bolsa y se pagó un millón ó cosa así, para sufragar los gastos de la fuerza de policía necesaria para mantener en orden á aquellos rompetratados: téngase esto muy presente al fijar los daños morales y materiales causados al Transvaal por la incursión de Jameson.

En 1884, una diputación del Transvaal vino á Inglaterra, y á su instancia, el burdo Tratado de Pretoria se modificó por el todavía más burdo Tratado de Londres: el cambio de lo dispuesto en aquél fué completamente en favor de los boers, de tal manera, que una segunda y afortunada guerra no les hubiera dado más que lo

que lord Derby les dió en tiempo de paz, y entonces cambiaron su nombre de Transvaal por el de República Sudafricana, cambio que para lo futuro predecía siniestramente la expansión. Suavizóse también la supervisión que la Gran Bretaña tenía sobre la política exterior de aquel Estado, aunque se retuvo el poder del veto; pero la cosa más importante de todas, y la razón preñada de dificultades para lo futuro yacía en una omisión: la soberanía es un término vago; pero en política, como en teología, cuanto más nebulosa es una cosa, tanto más excita la imaginación y las pasiones de los hombres. Pues bien; esta soberanía, que se mencionaba en el preámbulo del primer Tratado, no se mencionó para nada en el segundo. ¿Era esto decir que se había abrogado, ó no lo era? La contestación de los ingleses es que sólo el articulado fué el que se alteró; que el preámbulo quedaba en pie para los dos Tratados; sostienen que no sólo la soberanía, si que también la independencia del Transvaal se proclaman en aquel preámbulo, y que si la una se suprimía, la otra debiera suprimirse también; mientras que, por otra parte, los boers llaman la atención al hecho de que en el segundo Tratado hay también su preámbulo, el cual, por lo tanto, parece substituir al primero. En realidad, la discusión es de todo punto ociosa, puesto que ambas partes convienen en que Inglaterra retuvo ciertos derechos sobre el poder de la república á celebrar Tratados, cuyos derechos colocan á dicha república en una posición completamente distinta á la de un Estado independiente. Si esta diferencia equivale ó no á una soberanía, es una cuestión de disertación académica entre juristas internacionales; lo importante es el hecho, no la palabra.

CAPITULO II

LA CAUSA DE LA CUESTIÓN

Aunque antes de ahora se sabía que existía oro en el Transvaal, sin embargo, no fué hasta 1886 cuando se supo con certeza que los yacimientos que se extienden 30 millas al Sur de la capital son de naturaleza por extremo extraordinaria y rica. Aunque la proporción del oro al cuarzo no es muy crecida, ni las venas son de un espesor notable, la particularidad de las minas del Rand está en el hecho de que, en toda la formación del macizo, el mineral está distribuído con uniformidad tal, que la empresa puede contar con una seguridad que, por lo general, no va unida á semejantes industrias; es más bien trabajar en una cantera que no en una mina. Añádase á esto que los bancos que en un principio se trabajaban como simples apariciones se han podido seguir hasta enormes profundidades y presentan los mismos caracteres que los de la superficie. Un presupuesto moderado del valor del oro lo ha calculado en 700.000.000 de libras esterlinas.

Tal descubrimiento produjo un efecto inevitable, y fué que un gran número de aventureros, unos de desear y otros todo lo contrario, volaron á aquel país. Había, sin embargo, ciertas circunstancias que mantuvieron alejado al elemento pillo y aventurero que ordinariamente acude á toda mina de oro recién descubierta, y era que las tales minas no eran de aquellas que incitan á individuos aventureros, sino un campo propio para maquinaria complicada, á que sólo podía proveerse por medio del capital; directores, ingenieros, mineros, peritos científicos y los comerciantes é intermediarios que de ellos viven: tales eran los Uitlanders, sacados de todas cuantas razas existen debajo del sol, aunque predominando en ellas considerablemente el elemento anglocelta. Los mejores ingenieros eran americanos; los mejores mineros, de Cornuailles; ingleses, los mejores administradores, y el capital con que se habían de explotar las minas se había suscrito, en su mayor parte, en Inglaterra. Andando el tiempo, sin embargo, los intereses alemanes y franceses

adquirieron un desarrollo mayor, hasta tal punto, que hoy en día lo que juntos poseen es, probablemente, tan considerable como lo de los ingleses. Bien pronto la población de los centros mineros se hizo casi tan numerosa como la de la comunidad boer entera, consistiendo principalmente en hombres en la flor de la edad y, además, de una inteligencia y energía excepcionales.

La situación era verdaderamente extraordinaria. Ya he tratado de hacer comprender el problema á los americanos, insinuando lo que hubiera sucedido si el holandés de Nueva York se hubiese corrido al Oeste y hubiese fundado allí un Estado antinorteamericano y en gran manera retrógado; y, para terminar el símil, supondremos que aquel Estado fuese California; que el oro de aquel Estado hubiere atraído una irrupción de ciudadanos norteamericanos; que á esos ciudadanos se les cargase de contribuciones y se les tratase mal, y que ellos ensordeciesen á Washington con el alarido de sus quejas: tal sería el justo paralelo de las relaciones entre el Transvaal, los Uitlanders y el Gobierno británico.

Que esos Uitlanders tenían verdaderos y profundos agravios, nadie podría ponerlo en duda, y el enumerarlos tan sólo sería tarea formidable, porque su vida toda estaba sumida en sombras por la injusticia y no había una sola sinrazón de las que hicieron salir de la Colonia del Cabo á los boers con que éstos, á su vez, no les vejasen, sin contar con que una sinrazón excusable en 1835 puede ser monstruosa en 1895. Aquella primitiva virtud que caracterizaba á los labradores había cedido ante la tentación. Los boers del campo estaban poco tocados del contagio, y algunos no lo estaban absolutamente; pero el Gobierno de Pretoria se había convertido en la más corrompida oligarquía, venal é incompetente en sumo grado. Empleados y holandeses llevados allí manejaban el río de oro que salía de las minas, mientras el desdichado Uitlander, que pagaba las nueve décimas partes de la contribución, era esquilado á cada paso, y aun escarnecido y vituperado cuando trataba de conquistar las franquicias por medio de las cuales hubiera podido pacíficamente remediar los agravios de que era víctima. No era una persona intratable; antes, por el contrario, era paciente hasta los límites de la mansedumbre, como lo suele ser el capital cuando se ve rodeado de fusiles; pero su situación era intolerable, y después de repetidas tentativas de solución pacífica y de muchas y humildes peticiones al Volksraad, empezó por fin á convencerse de que nunca obtendría la satisfacción de sus agravios, á menos de que encontrase un medio de dársela por sí mismo.

Sin que pretendamos enumerar todos los agravios que amargaban la existencia de los Uitlanders, podremos recapitular los más graves de ellos de la manera siguiente:

1.º Que se veían cargados de contribuciones exorbitantes y contribuían por las siete octavas partes de los ingresos del país. Los ingresos de la República Sudafricana, que en 1886, á la apertura de las minas, eran de 154.000 libras, habían ascendido en 1899 á 4.000.000 de libras, y el país, gracias á la laboriosidad de los recién llegados, se había transformado, de uno de los más pobres, en uno de los más ricos del mundo, atendiendo al censo de población.

2.º Que, á pesar de tal prosperidad por ellos traída, estaban privados en absoluto del voto y no podían, en manera alguna, influir en la distribución de las grandes sumas por que contribuían. Tal ejemplo de contribuir á las cargas públicas sin tener la adecuada representación no se ha visto nunca.

3.º Que no tenían voz en la elección ni pago de los empleados, donde hombres de los peores antecedentes personales podían ser colocados con autoridad absoluta sobre intereses cuantiosos. El salario total de los empleados había subido en 1899 á una cantidad suficiente á pagar 40 libras por cabeza á la población total masculina boer.

4.º Que no tenían poder alguno en materias de educación, siendo así que Mr. John Robinson, director general de la Junta de Instrucción pública, ha consignado que la suma invertida en las escuelas de Uitlanders era de 650 libras, contra 63.000 consignadas para educación, ó sea un chelín y 10 peniques por año por cada niño uitlander, y 8 libras y 6 chelines por cada niño boer, contribuyendo de este modo el uitlander, como siempre, con los siete octavos de la suma total.

5.º Que no tenían autoridad alguna en la administración municipal: carros de agua, en vez de agua de pie; sucios pozales, en vez de alcantarillado; una policía corrompida y arbitraria y una alta escala de mortalidad en lo que hubiera debido ser un lugar donde ir á restaurar la salud; y todo aquello en una ciudad que ellos mismos habían fundado.

6.º Un Gobierno despótico en cuestiones de prensa y de derecho de reunión pública.

7.º Declaración de inutilidad para el servicio mediante un Jurado.

8.º Continua estorsión de los intereses mineros por medio de una legislación inicua. Bajo este encabezamiento se comprenden

muchos agravios, unos especiales á las minas y otros á los Uitlanders; el monopolio de la dinamita, por el cual los mineros tenían que pagar 600.000 libras extra por año, y eso para obtener dinamita de peor calidad; las leyes sobre licores, por medio de las cuales se permitía á los kaffires [que estuviesen habitualmente borrachos; la incompetencia y estorsiones de los ferrocarriles pertenecientes al Estado; la garantía de concesiones por artículos de ordinario consumo á simples particulares, por medio de lo cual se podían mantener elevados los precios; el haber rodado á Johannesburg de portazgos, de los cuales la ciudad no sacaba provecho alguno. Estos eran, en el orden económico, los agravios, unos mayores, otros menores, que se ramificaban por entre cualquier negocio de la vida; los agravios que Mr. W. T. Stead ha descrito como «los agravios de tres al cuarto de un puñado de ingleses».

Aquel modo de chuparles la sangre á los Uitlanders, y la rápida difusión de la riqueza entre los empleados boers, pueden colegirse de la nómina de los sueldos de los empleados del Estado desde la apertura de las minas hasta el comienzo de la guerra:

1886	51.831 libras.
1887	99.083 »
1888.....	164.466 »
1889.....	249.641 »
1890.....	324.520 »
1891.....	332.888 »
1892	323.608 »
1893	361.275 »
1894.....	419.775 »
1895.....	570.047 »
1896.....	813.029 »
1897.....	996.959 »
1898.....	1.080.382 »
1899.....	1.216.394 »

que demuestra, como lo ha hecho notar Mr. Fitz Patrick, que la lista de los sueldos se había hecho veinticuatro veces mayor de lo que lo era cuando los Uitlanders llegaron, y cinco veces mayor que los ingresos totales también de aquella época.

Pero, además, y prescindiendo de todos los agravios categóricos que sufrían, había la oposición constante de todo hombre nacido libre y amante del progreso, y acostumbrado á instituciones liberales, á ser gobernado despóticamente por un cuerpo de hombres,

muchos de los cuales eran ignorantes hipócritas, otros bufones y casi todos manifiesta y desvergonzadamente corrompidos. De los veinticinco miembros del primer Volksraad, veintiuno fueron pública y circunstanciadamente acusados de soborno en la cuestión de la Compañía del ferrocarril de Selati, con especificación detallada de las gratificaciones recibidas, su fecha y quién las había pagado; aquella sucia lista incluía al actual vicepresidente, Shalk Burger; al vicepresidente de aquella época; á Eloff, hijo político de Krüger, y al secretario del Volksraad; á lo que parece, cada miembro del Poder ejecutivo y del legislativo tenía su precio.

Una asamblea corrompida es un mal amo; pero cuando al mismo tiempo es de estrechas miras é hipócrita, se hace intólerable. Los siguientes trozos de los debates de los dos Raads darán una idea de la inteligencia y del espíritu de aquellos hombres, que gobernaban una de las comunidades más progresistas del mundo:

«A los buzones de Pretoria se les hacía la oposición fundándose en que eran extravagantes y cosa femenil. El diputado Taljaad dijo que no podía comprender cómo la gente estaba escribiendo siempre cartas; él no escribía ninguna. En su juventud había escrito una carta y no había titubeado en viajar 50 millas y más, á caballo y en carreta, para echarla al correo; y ahora la gente se quejaba de tener que andar una milla para ello».

Un debate sobre la posibilidad de disminuir la plaga de la langosta llevó á la siguiente luminosa discusión:

«Julio, 21.—Mr. Roos dijo que las langostas eran una plaga, como en los tiempos de Faraón, enviada por Dios, y que el país se cubriría de infamia y oprobio si tratara de alzar la mano contra la poderosa mano del Altísimo.

Los Sres. Declerq y Steemkamp hablaron en el mismo sentido, aduciendo, en su mayoría, testimonios sacados de la Sagrada Escritura.

El presidente relató la historia cierta de un hombre cuya granja se había visto siempre libre de langostas, hasta que un día el hombre hizo matar algunas, y entonces vió devastada su granja por ellas.

El Sr. Stoop conjuró á los diputados á que no se convirtiesen en dioses terrenos oponiéndose á la voluntad del Todopoderoso.

Mr. Lucas promovió una tempestad al ridiculizar los argumentos de los oradores que le habían precedido en el uso de la palabra, y al comparar las langostas á los animales feroces que ellos exterminaban.

Mr. Labuschagne se puso entonces furioso y dijo que las langostas eran una cosa enteramente distinta de los animales feroces, y que eran una plaga enviada por Dios en castigo de sus pecados».

En otro debate, «Mr. Jan de Beer se quejó de la falta de uniformidad en las corbatas; unas eran pequeñísimas, y otras eran como bufandas; aquello era un estado de cosas que debía deplorarse, y él, por su parte, consideraba que el Raad debía *poner el pie* en aquella cuestión y definir el tamaño y la forma de las corbatas».

El siguiente extracto de un debate prueba hasta qué punto eran capaces aquellos legisladores de tratar los asuntos comerciales:

«Mayo, 8.—Á la petición del sheba G. M. Company, pidiendo autorización para construir un tranvía aéreo desde la mina al molino, Mr. Grobeler preguntó si el tranvía aéreo era un globo ó si podía volar por los aires.

La única objeción que el presidente tenía que oponer á la concesión del tranvía era que la Compañía tenía un nombre inglés, habiendo, como había, tantos nombres holandeses de que echar mano.

Mr. Taljaad rechazó la palabra *particpeeren* (participar), por no ser holandesa y por ser ininteligible para él. «No puedo creer que esa palabra sea holandesa. ¿Por qué no la he encontrado nunca en la Biblia, si lo es?»

«Junio, 18.—Acerca de la petición sobre una concesión para tratar las escorias:

Mr. Faljaard quería saber si las palabras *pyrites* (piritas) y *concentrates* (concentrados) no podían ser traducidas al holandés. No podía comprender lo que significaban; había ido á una escuela nocturna todo el tiempo que estuvo en Pretoria, y aun á pesar de eso, no podía explicárselo todo á sus burghers; creía que era una vergüenza que se permitiera hacer aquellos montones enormes en terreno donde tal vez había ricos yacimientos, y que en lo futuro podrían necesitarse para mercado ó para desuncir los bueyes; pero que, con todo, daría su apoyo á la petición, á condición de que el nombre del cuarzo se tradujese al holandés, porque pudiera haber en ello algo más de lo que muchos imaginaban».

Tales debates, que de lejos pueden ser muy divertidos, son mucho menos interesantes cuando proceden de un autócrata que tiene poder absoluto sobre todas las circunstancias de nuestra vida.

En el mero hecho de que eran una comunidad en extremo preocupada por sus propios negocios, se desprende que los Uitlanders no eran ardientes políticos y que si deseaban tener parte en el go-

bierno del Estado, era sólo con el objeto de hacer más llevaderas las condiciones de su industria y de su propia existencia diaria; y hasta qué punto había necesidad de semejante intervención, puede juzgarse por cualquier hombre desapasionado que lea la lista de las quejas que tenían. Un juicio superficial de los hechos podría tener á los boers por los campeones de la libertad; pero un juicio más profundo hará ver claramente que, fiel representación de los gobernantes que eligieran, en hecho de verdad y según la historia nos los muestra, han demostrado ser odiosos por su exclusivismo y su opresión. Su noción de la libertad ha sido una noción estrecha y egoísta, y sistemáticamente han hecho sufrir á los demás agravios mucho mayores que aquellos contra los cuales se habían ellos rebelado.

Conforme las minas fueron creciendo en importancia y los mineros en número, se echó de ver que aquella falta de derechos políticos afectaba más á cierta parte de aquella comunidad cosmopolita que no á otra, en proporción al mayor ó menor grado de libertad á que sus instituciones nacionales les habían acostumbrado. Los Uitlanders del Continente eran mucho más pacientes ante todo aquello que es insoportable á un norteamericano ó á un inglés, y como de estos dos últimos los norteamericanos estaban en gran minoría, sobre los ingleses fué sobre quienes recayó la pesada carga de tener que luchar por la libertad. Aparte de estar los ingleses en mayor número que todos los demás Uitlanders reunidos, había razones especiales para que sintiesen su humillante posición mucho más que los individuos de cualquier otra raza: en primer lugar, muchos de los ingleses eran ingleses sudafricanos que sabían que en los países vecinos, donde habían nacido, se habían dado las instituciones más liberales posibles á los hombres de la misma raza de los boers, que ahora les negaban la administración de su propio alcantarillado y del abastecimiento de aguas; y más aún: todos los ingleses sabían que la Gran Bretaña reclamaba la supremacía del poder en Sud-África, y así les parecía como si su propio país, al cual hubieran podido volver la vista en busca de protección, fuera un consiente tácito de su mal trato; como ciudadanos, pues, de aquel poder predominante, les era más amargo aún el verse en aquella sujeción política, y, por lo tanto, los ingleses eran los que más persistente y enérgicamente se agitaban.

Pero la causa que no puede sufrir que sus contrarios expongan sinceramente lo que honradamente creen justo es una mala causa, y es preciso considerar también que los boers habían hecho, como

brevemente se ha manifestado ya, grandes esfuerzos para establecer un país suyo propio; para ello habían viajado mucho, trabajado muy duramente y peleado con valentía, y después de tantos esfuerzos se veían condenados á ver invadido su país por extranjeros, algunos de ellos de dudosa reputación, que amenazaban exceder en número á la primitiva población. Si á éstos se les concediesen las franquicias no había la menor duda de que, aunque al principio retuvieran los boers la mayoría de votos, era solamente cuestión de tiempo el que los recién llegados dominasen en el Raad y eligieran su propio presidente, que bien pudiera adoptar una política que fuera odiosa á los primitivos poseedores del terreno; ¿y habían de perder los boers por medio de la urna la victoria que habían ganado con sus escopetas? ¿Era justo que eso sucediese? Habían venido aquellos exploradores en busca de oro, y ya lo tenían; sus Compañías daban un beneficio de un 100 por 100; ¿no era todavía bastante eso para satisfacerles? Si el país no les gustaba, ¿por qué no se iban de él? Nadie les obligaba á permanecer allí; pero desde el momento en que permanecían, debían dar gracias de que se les tolerase, y no pretender meterse en las leyes de aquellos gracias á cuya cortesía se les permitiera entrar en el país.

Ésta es la exposición imparcial de la situación en que se hallaban los boers, y, á primera vista, todo hombre desapasionado podría afirmar que había mucho que decir en favor de ella; pero un examen más profundo demostrará que, aunque en teoría pudiera ser sostenible, es injusto é imposible en la práctica.

En el actual estado populoso del mundo, una política del Tibet puede seguirse allá en algún rincón obscuro, pero no en una gran extensión de terreno que corre precisamente á través de la principal línea del progreso industrial; esa actitud sería completamente artificial. Un puñado de gente, por el derecho de conquista, adquiere posesión de una extensísima comarca, sobre la cual se esparcen á tales distancias, que se vanaglorian de que una casa de labor no puede ver el humo de la chimenea de la otra, y sin embargo, á pesar de ser su número tan desproporcionado para el área que cubren, rehusan admitir á ninguna otra gente en iguales condiciones á las suyas y pretenden ser una clase privilegiada que debe dominar en absoluto á los recién llegados. Se ven, en su propio país, excedidos en número por emigrantes que son mucho mejor educados y progresivos, y, sin embargo, los tienen debajo de una manera tal como no se ve en ningún país del mundo. ¿Cuál es su derecho? El derecho de conquista. Pues si lo es, el mismo derecho puede in-

vocarse para echar por tierra, con justicia, situación tan intolerable. Esto ellos mismos lo reconocieron: «Venid á luchar, venid», exclamó un miembro del Volksraad cuando se presentó la petición de libertad municipal de los Uitlanders.—«Protesta, protesta».—«¿De qué sirve la protesta, dijo Krüger á Mr. W. Y. Campbell, si usted no tiene los cañones y yo sí?» Había siempre allí un Tribunal Supremo para la apelación: los jueces Creusot y Mauser estaban siempre detrás del presidente.

Y es más: el argumento de los boers hubiese sido válido si no hubiesen obtenido ningún beneficio de aquellos inmigrantes, si no hubieran hecho caso de ellos; entonces, sí, hubieran podido alegar con cierta razón que no deseaban su presencia; pero aun en el momento en que protestaban contra los Uitlanders se estaban haciendo ricos á expensas de ellos, y tener las dos razones á un tiempo era incompatible. No animarles, pero tampoco aprovecharse de ellos, ó levantar el Estado con su dinero y al mismo tiempo rodearles de comodidades, eso hubiera sido lo lógico; pero maltratarles, y al mismo tiempo hacerse cada día más y más fuertes por medio de sus contribuciones, eso es en absoluto una injusticia.

Pero hay más todavía, y es que el argumento se basa por entero en la estrecha superstición de raza de que todo ciudadano naturalizado que no es de origen boer debe, por necesidad, no ser patriota; conclusión que no se saca de los ejemplos que nos da la historia, pues todo nuevo poblador se vuelve pronto tan orgulloso de su nuevo país y tan celoso de su libertad como el poblador antiguo. Si el presidente Krüger hubiera concedido generosamente el derecho de franquicia municipal á los Uitlanders, su pirámide se hubiera consolidado desde su base, en vez de balancearse sobre el vértice, y es seguro que la corrompida oligarquía se hubiera desvanecido y que el espíritu de una libertad más amplia y más tolerante hubiera influido los consejos del Estado; pero la república se hubiera hecho más fuerte y permanente con una población que, si bien difriese en detalles, hubiera estado unida en lo esencial. Si esa solución hubiera ó no sido ventajosa á los intereses ingleses en Sud-África, eso ya es otra cuestión muy distinta. Por más de un concepto el presidente Krüger ha sido un buen amigo del Imperio.

Al tiempo del Convenio de Pretoria (1881) los derechos de ciudadanía podían obtenerse mediante un año de residencia. En 1882 ese período se elevó á cinco años, límite razonable que hoy alcanza en la Gran Bretaña y en los Estados Unidos. Si ese período hubiera quedado aquí, podría decirse con certeza que no hubiera habido

jamás ni una cuestión de extranjería ni una guerra y que los agravios se hubieran satisfecho dentro del país mismo y sin necesidad de ninguna intervención exterior. Pero en 1890 la irrupción de extranjeros alarmó á los boers, y el derecho á la franquicia se elevó, haciéndolo sólo obtenible para aquellos que hubieran residido catorce años en el país.

Los Uitlanders, que crecían rápidamente en número y que al mismo tiempo sufrían aquella tan larga lista de agravios ya enumerada, comprendieron que sus quejas eran ya tan numerosas que no ofrecían esperanzas de ser satisfechas una tras otra, y que sólo obteniendo el nivel de la franquicia municipal podían esperar el verse libres de la pesada carga que les agobiaba. Así, pues, en 1893 se presentó al Raad una petición, firmada por 13.000 Uitlanders y redactada en los términos más respetuosos; pero fué recibida con la más absoluta indiferencia. Con todo, no desalentados con aquel fracaso, la «National Reform Union», que no era una Asociación de capitalistas, volvió á la carga en 1894 y redactó una petición, firmada por 35.000 Uitlanders, todos hombres, cifra probablemente tan alta como la población total masculina de los boers en el país. Un pequeño grupo liberal del Raad apoyó esta petición y trató en vano de obtener cierta justicia para los recién llegados. Mr. Jeppe fué quien llevó la voz de este partido selecto. «Poseen la mitad del suelo; pagan, á lo menos, tres cuartas partes de la contribución—dijo—, y son hombres que en capital, en energía y en educación son, cuando menos, nuestros iguales. ¿Qué sería de nosotros y de nuestros hijos el día de mañana en que nos encontrásemos en minoría de 1 á 20, sin un solo amigo entre los otros 19, entre aquellos que nos dirán entonces que quisieron ser nuestros hermanos, pero que nosotros, por nuestros propios actos, les hemos hecho extraños á la República?» Tan razonables y liberales sentimientos fueron combatidos por individuos que afirmaron que las firmas no podían pertenecer á ciudadanos que quisieran ampararse de la ley, desde el momento en que entonces mismo estaban agitándose contra la ley de la franquicia municipal, y por otros cuya intolerancia se expresó por la insolencia del diputado arriba mencionado, que desafió á los Uitlanders á que «fueran y pelearan». Los partidarios del exclusivismo y del odio de raza ganaron, pues, la batalla, y la petición fué rechazada por diez y seis votos contra ocho, y la ley de la franquicia municipal, á iniciativa del presidente, se hizo más y más estricta que nunca, redactándose de manera que durante los catorce años de prueba el aspirante debía renunciar su anterior

nacionalidad; de modo que durante aquel período realmente no pertenecía á país alguno. No quedaba, pues, esperanza alguna de que la actitud, cualquiera que fuese, de los Uitlanders pudiera modificar la resolución del presidente y de sus burghers; uno que protestó fué llevado fuera del edificio por el presidente, el cual le señaló la bandera nacional. «¿Ve usted aquella bandera?—le dijo—. Pues si yo concediese la franquicia, tanto valdría que la arriase». Su animosidad contra los inmigrantes era terrible. «Ciudadanos, amigos, ladrones, asesinos, recién llegados»: tal es el exordio de uno de sus discursos. Aunque Johannesburg dista sólo 32 millas de Pretoria, y el Estado, cuya capital era, dependía para sus ingresos de los bancos de oro, sólo le visitó tres veces en nueve años.

Esta sistemática animosidad, por deplorable que fuese, no dejaba de ser natural. Un hombre imbuido de la idea de un pueblo escogido, y sin haber leído otro libro que aquel que le nutre de esa misma idea, no podía esperarse que hubiera aprendido las lecciones que da la historia sobre las ventajas que un Estado reporta de la política liberal. Para él era como si los amonitas y moabitas hubieran pedido la admisión en las doce tribus. Confundi6 una agitación dirigida contra la exclusivista política del Estado con una agitación contra la existencia del Estado mismo. Una franquicia amplia hubiera hecho á su República tan firme como permanente; una minoría de los Uitlanders era tan sólo la que deseaba amoldarse al sistema inglés; eran una muchedumbre cosmopolita unida tan sólo por los lazos de una injusticia común; la mayoría de los inmigrantes ingleses no tenían el menor deseo de alterar el orden del Estado; pero cuando todo otro medio hubo fracasado ya, y su petición reclamando los derechos de hombres libres se les había arrojado á la cara, fué muy natural que sus ojos se volbiesen hacia aquella bandera que ondeaba al Norte, al Oeste y al Sur de ellos; aquella bandera que significaba pureza de gobierno, con iguales derechos é iguales deberes para todos los hombres. La agitación legal se dejó, pues, aparte; se entraron armas de contrabando y se preparó todo para un levantamiento bien organizado.

Habíase convenido en que la ciudad se levantaría en cierta noche; que se atacaría á Pretoria, se tomaría el fuerte, y que los fusiles y municiones servirían para armar á los Uitlanders. Parecía cosa factible, aunque á nosotros, que tenemos cierta experiencia de las virtudes militares de los burghers, nos parecía un caso desesperado; pero se concibe muy bien que los rebeldes podían haberse sostenido en Johannesburg hasta que la simpatía universal que su

causa inspiraba en Sud-África hubiera obligado á Inglaterra á intervenir en favor de ellos. Pero, desgraciadamente, ellos complicaron las cosas pidiendo auxilio extraño. Mr. Cecil Rhodes, hombre de inmensa energía y que había prestado grandes servicios al Imperio, era presidente del Consejo de Ministros del Cabo. Los motivos de su acción fueron oscuros, y aunque en ninguna manera fueran sórdidos, porque siempre fué hombre de ideas avanzadas y de costumbres muy sencillas, sea por lo que fuere, ya por un mal regulado deseo de consolidar á Sud-África bajo la dominación inglesa, ó por la ardiente simpatía que le unía á los Uitlanders en su lucha contra la injusticia, lo cierto y lo seguro es que permitió á su lugarteniente, el Dr. Jameson, reunir la policía de á caballo de la «Chartered Company», de la cual Rhodes era organizador y director, con el objeto de cooperar con los rebeldes de Johannesburg; y más aún: que cuando la revuelta de Johannesburg se pospuso, á causa del desacuerdo sobre la bandera bajo que habían de alzarse, parece que Jameson (con órdenes de Rhodes ó sin ellas) obligó á los conspiradores á invadir el país con una fuerza enteramente inadecuada á la empresa que había tomado á su cargo; 500 hombres de policía, con dos cañones de campaña, fueron el destacamento que de las cercanías de Mafeking salió y cruzó la frontera del Transvaal en 29 de Diciembre de 1895. En 2 de Enero fueron cercados por los boers entre el desigual terreno que hay cerca de Dornkop, y después de perder un buen número de hombres entre muertos y heridos: sin viveres y con los caballos muertos de cansancio, se vieron obligados á rendir las armas. Seis burghers perdieron la vida en aquel encuentro.

Ha habido resueltas tentativas para mezclar al Gobierno inglés con este fiasco y para dar á entender que el ministro de las Colonias y otros hombres de Estado eran sabedores de ello, y esa impresión ha sido fundada en la aparente repugnancia de la Comisión investigadora á llevar sus investigaciones al último límite. Es muy de sentir que no se hayan mandado producir en aquella ocasión todas cuantas cartas y telegramas hubiera sido posible; pero la idea de que eso no se hizo por miedo de que Mr. Chamberlain y el Gobierno inglés no se vieran complicados en ello, resulta absurda en presencia del hecho de que la Comisión investigadora se componía de individuos como Sir Henry Campbell Bannerman y Sir William Harcourt. ¿Es concebible que estos señores callaran por miedo de perjudicar al Gobierno, ó que Mr. Chamberlain pudiese tener después la desvergüenza de negar pública y solemnemente todo cono-

cimiento de aquel asunto en presencia de caballeros que habían consentido en la supresión de las pruebas que él tenía? Tal suposición es ridícula, y, sin embargo, la aducen, diciendo que era porque aquéllos tenían miedo de hacer ver que su país había obrado sin razón.

Aún hay más: el más acerbo enemigo de Mr. Chamberlain ha de confesar que éste es un hombre de cabeza despejada, un hombre resuelto y hombre que tiene una clara idea de la proporción que debe haber entre los medios y los fines de una acción; y siendo esto así, como lo es, y conociendo, como conocía, las condiciones militares de los burghers, ¿era él el hombre que había de asentir á la invasión de aquel país boer con solos 500 hombres de policía y dos cañones? ¿Había verosimilitud de que él, aunque aprobase la idea en general, sancionase aquel acto de insensatez? Y dado que lo hubiese sancionado, ¿hubiera sido tan débil en sus intenciones para tomar, como tomó, enérgicas medidas en el instante en que tuvo noticia de la invasión, á fin de deshacer lo que se supone que él mismo había hecho y para ocasionar el fracaso de su propio proyecto? Si aquella suposición fuese cierta, ¿por qué envió enérgicos telegramas á Johannesburg prohibiendo á los ingleses que cooperasen con los invasores? La acusación es toda ella tan absurda, que sólo la manía de los odios de partido ó del odio nacional pudo inducir á alguno á creerla.

Además, supongamos por un instante que el Gobierno inglés hubiese tenido noticia de la invasión que se tramaba; ¿qué es lo primero y lo más obvio que hubiera debido hacer? Ya hubiera vuelto Jameson salvo á Johannesburg, ya no, era evidente que había probabilidad de una lucha de raza en Sud-África; y siendo esto así, ¿no hubiera el Gobierno, con un pretexto ú otro, aumentado el número de las fuerzas inglesas en el país, de aquellas fuerzas que tan débiles é impotentes habían sido para decidir del curso de los sucesos? No puede negarse que esto sea cierto, y, sin embargo, nada de esto se hizo.

La misma negativa de Mr. Chamberlain es clara y terminante: «Quiero hacer constar de la manera más explícita que no tuve entonces, ni he tenido nunca, ó á lo menós, según creo, hasta el día anterior á aquel en que tuvo lugar la invasión, la menor sospecha de nada que tuviese el carácter de una demostración armada hostil al Transvaal». («British South African Committes», 1897, Q. 6.223.)

El conde de Selborne, subsecretario del Ministerio de las Colonias, no fué menos explícito: «Ni entonces, ni en una época subsi-

guiente que fuese anterior á la invasión, tuvimos conocimiento de lo que ahora se llama el «Jameson's plan», ni de que la revolución de Johannesburg había sido, en su mayor parte, dirigida y pagada desde el Cabo y Rodesia... Sir Hércules Robinson no tenía sospecha alguna de lo que se preparaba, ni, al parecer, la tenían el presidente Krüger, ni Mr. Hofmeyr, ni ningún hombre público de Sud-África, á excepción de aquellos que preparaban el plan. Y, de todas maneras, lo que es un hecho positivo es que el Ministerio de las Colonias no recibió aviso de ninguna parte advirtiéndoselo, y, por lo tanto, creo que hubiese sido la cosa más extraordinaria el que se nos hubiese ocurrido una sospecha de esa naturaleza».

La decisión de la Junta—Junta compuesta de hombres de todos los partidos, algunos de cuyos hombres nos consta que estaban deseosos de hacerle pegar una caída á «Joe»—fué unánime en condenar la invasión, é igual unanimidad tuvo en absolver al Gobierno de todo conocimiento de ella. Su informe decía: «La Junta acepta en absoluto las declaraciones del ministro de las Colonias y del subsecretario y exonera por completo á los empleados del Ministerio de las Colonias del cargo de que hayan sido sabedores de los planes que dieron por resultado la incursión de la [fuerza del Dr. Jameson en la República Sudafricana...»

Ni el ministro de las Colonias, ni ninguno de los empleados de su Ministerio, recibió información alguna que les hiciera, ó les hubiera podido hacer á todos ó á alguno de ellos, sabedores del complot durante su desarrollo».

Y, sin embargo, aun en el día de hoy es un artículo de fe para algunos fanáticos sin sentido de este país, y aun para muchos y mal informados directores de periódicos del Continente, que el Gobierno inglés fué el responsable de la incursión.

Los Uitlanders han sido severamente criticados por no haber enviado fuerzas que ayudasen á Jameson en sus dificultades; pero es imposible comprender cómo pudieran haber obrado de distinto modo que lo hicieron. Habían hecho cuanto les fuera posible para impedir que Jameson viniera á su socorro, y no era razón suponer ahora que ellos debían ir á libertar á su libertador. Como que hasta tenían una idea exagerada de las tropas que llevaba consigo, y recibieron con incredulidad la noticia de su captura. Cuando ésta se confirmó se levantaron, pero de una manera alicaída, que no fué debida á la falta de valor, sino á lo difícil de su posición. Porque, por una parte, el Gobierno inglés no se hizo en lo más mínimo solidario del hecho de Jameson, é hizo cuanto pudo para no dar alas

al levantamiento; y por otra, el presidente tenía á los invasores en su poder en Pretoria, y había dado á entender que su suerte dependía de la conducta que observasen los Uitlanders, á quienes se había hecho creer que Jameson sería fusilado, á menos que ellos depusiesen las armas, siendo así que lo real del hecho era que Jameson y su gente se habían rendido, á condición de que se les perdonasen las vidas. El presidente Krüger se sirvió de sus rehenes tan diestramente, que con la ayuda del Comisionado inglés consiguió hacer que los millares de excitados johannesburgheses depusieran las armas sin derramamiento de sangre. Ganados de antemano por esta astuta conducta del presidente, los jefes de aquel movimiento en favor de una reforma emplearon toda su influencia en conseguir la paz, pensando que sería seguida de una amnistía general; pero cuando se vió que ni ellos ni los suyos podían ya defenderse, los esbirros y los burghers armados ocuparon la ciudad, y sesenta de ellos fueron llevados á la cárcel de Pretoria.

Con respecto á los invasores, el presidente se portó con generosidad. Tal vez no pudo hallar cabida en su corazón el sentimiento de tratar con dureza á hombres que habían conseguido con su conducta darle la razón y conquistarle las simpatías del mundo; porque el trato opresivo y antiliberal de aquél para con los recién llegados, todo, se olvidó en presencia de aquella incursión ilegal de filibusteros, y las verdaderas soluciones se obscurecieron tanto con esta invasión, que han pasado muchos años sin aclararse y tal vez no se aclararán nunca por completo. Se olvidó que la verdadera causa de aquella desgraciada incursión fué el mal gobierno del país; y aunque desde entonces acá el gobierno ha ido de mal en peor, ha sido siempre posible sacar á relucir la incursión para justificarlo todo. ¿Iban los Uitlanders á tener la franquicia? ¿Cómo podían esperarla después de la incursión! ¿Se opondría Inglaterra á la enorme importación de armas y á las manifiestas preparaciones de guerra? ¡Si no eran más que precauciones contra una segunda incursión! Y por espacio de muchos años la incursión fué un obstáculo, no sólo en cuestiones de progreso, sino en materia de cualquier reclamación; y á causa de un hecho que no pudo evitar, y que hizo todo lo posible para impedir, el Gobierno inglés se quedó con una mala causa y con autoridad moral debilitada.

Los incursionistas fueron enviados á su patria, donde los soldados fueron debidamente puestos en libertad, y los principales jefes fueron condenados á términos de prisión que, á la verdad, no se inclinaron del lado de la severidad. Entre tanto, el presidente Krü-

ger y sus burghers habían mostrado para con los presos políticos de Johannesburg mayor severidad que para con los secuaces armados de Jameson. La nacionalidad de estos prisioneros es interesante y da lugar á ciertas deducciones; había veintitrés ingleses, diez y seis sudafricanos, nueve escoceses, seis norteamericanos, dos galeses, un irlandés, un australiano, un holandés, un bávaro, un canadiense, un suizo y un turco; la lista es suficiente comentario para afirmar que sólo los Uitlanders ingleses eran los que se quejaban de la sujeción y de la injusticia. Los presos lo fueron en Enero, pero el juicio no se verificó hasta fines de Abril; todos fueron condenados como reos de alta traición, y Mr. Lionel Phillips, el coronel Rhodes (hermano de Mr. Cecil Rhodes), Jorge Farrar y Mr. Hammond, el ingeniero norteamericano, fueron condenados á muerte; sentencia que se conmutó luego por el pago de una enorme multa; los demás presos fueron condenados á dos años de prisión, con multa de 2.000 libras cada uno. La prisión fué de lo más penoso y se acerbaba por la dureza del carcelero Du Plessis; uno de aquellos desgraciados se cortó el cuello, y varios cayeron gravemente enfermos, pues el régimen y las condiciones sanitarias eran igualmente antihigiénicos; por fin, á fines de Mayo, todos los pre-os, menos seis, fueron puestos en libertad, y aun de estos seis, pronto lo fueron cuatro; pero los otros dos, Sampson y Davies, dos hombres bien templados, rehusaron firmar toda petición y permanecieron en la cárcel hasta 1897. En total, el Gobierno transvaalés percibió en multas, de los presos por este movimiento, la enorme suma de 212.000 libras. Un desencano, hasta cierto punto cómico, se dió después á tan grave episodio con la presentación al Gobierno de la Gran Bretaña de una reclamación por 1.677.938 libras, 3 sh., 3 d., la mayor parte de cuya suma iba encabezada «por daños morales é intelectuales».

Pasó la incursión y pasó también el movimiento de reforma; pero las causas que los produjeron quedaron.

Apenas puede concebirse que un hombre de Estado, amante de su país, pudiera abstenerse de hacer cualquier esfuerzo, por pequeño que fuese, para acabar con un estado de cosas que había ya ocasionado tan graves peligros y que, evidentemente, había de hacerse de año en año cada vez más grave. Pero á Paul Krüger se le había endurecido el corazón y no podía conmovérselo, y los agravios de los Uitlanders se hicieron mayores que nunca. El único poder del país al cual habían podido recurrir en busca de alguna clase de alivio en medio de sus trabajos eran los Tribunales de justicia, y entonces se declaró que los Tribunales dependerían en adelante

del Volksraad; el presidente del Tribunal Supremo, que protestó contra aquella degradación de su alto cargo, fué, en consecuencia, declarado cesante sin sueldo; el juez que había condenado á los reformistas fué elegido para cubrir la vacante, y la protección de leyes inalterables les fué, así, quitada á los Uitlanders.

Una Comisión, nombrada por el Estado y presidida por mister Shaik Burger, uno de los boers más liberales, fué enviada á examinar el estado de la industria minera y los agravios que los recién llegados sufrían, y el modo como aquélla procedió fué del todo eficiente é imparcial, dando por resultado un informe en que se vindicaba ampliamente á los reformistas y se indicaban remedios que hubieran ido muy lejos en materia de satisfacer á los Uitlanders. Con legislación tan ilustrada como la que proponían, los motivos que aquéllos tenían para desear la franquicia hubieran sido menos apremiantes; pero el presidente y el Raad no aceptaron ninguna de las recomendaciones de la Comisión, y aquel seco y viejo autócrata declaró que Shaik Burger era traidor á su patria por haber firmado semejante documento, y se eligió un Comité nuevo y reaccionario para informar sobre aquel informe. Palabras y papeles fué lo único que se sacó en limpio de aquel asunto, pero no la mejora de los recién venidos. Pero, cuando menos, habían expuesto públicamente su causa y la habían visto apoyada por los más respetados de entre los burghers; gradualmente, en la prensa de los países que hablaban la lengua inglesa la incursión iba dejando de obscurecer la solución, y se veía más y más claramente que allí donde una mitad de la población era oprimida por la otra mitad no era posible fijarse de un modo permanente. Habían recurrido á los medios pacíficos, y habían fracasado; habían acudido á las armas, y habían fracasado también. ¿Qué les quedaba, pues, por hacer? Acudir á su propio país, á aquel poder moderador de Sud-África, que no les había ayudado nunca y que tal vez, de apelar á él directamente, podría hacerlo; pues no podía, aunque no fuese sino por su propio prestigio imperial, dejar para siempre á sus hijos en un estado de sujeción. La pequeña chispa que produjo una explosión final fué la muerte, de un tiro, de un súbdito inglés llamado Edgar, por un policía boer, Jones, en Johannesburg; el acto del policía fué defendido por las autoridades, y los ingleses comprendieron entonces que sus vidas no podían tener seguridad en presencia de una policía armada y tiránica. En otra ocasión el incidente hubiera podido ser de escasa importancia; pero en aquellos momentos pareció ser el colmo de la injusticia, de aquella injusticia bajo la cual gemían

los mineros. La reunión para protestar del hecho, convocada por los ingleses allí residentes, fué interrumpida por cuadrillas de obreros á las órdenes de empleados boers. Llevados ya á la desesperación los Uitlanders, determinaron elevar una petición á la reina Victoria, y al hacerlo así sacaron sus agravios de los límites de una controversia local al ya más ancho campo de la política internacional: la Gran Bretaña debía, ó bien protegerles, ó bien reconocer que el protegerles no estaba en poder de ella. La petición dirigida á la reina pidiéndole protección fué firmada, en Abril de 1899, por 21.000 Uitlanders.

Los principios en que se basaba aquella ya histórica petición pueden juzgarse del siguiente extracto:

«La condición de los súbditos de vuestra majestad en este Estado ha llegado, en verdad, á hacerse casi intolerable.

Las reconocidas y admitidas quejas de que los súbditos de vuestra majestad se quejaron con anterioridad á 1895, no sólo no se han remediado, sino que existen aún hoy en día en forma más agravante. Continúan aún privados de todos los derechos políticos; se les niega toda voz en el gobierno del país; se les fijan contribuciones muy superiores á las necesidades del país, y el ingreso procedente de éstas no se aplica á lo que debiera y se consagra á fines que mantienen vivo un continuo y bien fundado sentimiento de irritación, sin progreso alguno del interés general del Estado. La mala administración y la defraudación del dinero público se dan la mano, sin que se adopten medidas vigorosas para poner fin á tal escándalo. La educación de los hijos de los Uitlanders se ha sujetado á condiciones imposibles; la policía no da la debida protección á las vidas ni á las personas de los habitantes de Johannesburg, siendo antes bien una fuente de peligro para la paz y la seguridad de la población uitlander.

Un nuevo agravio se ha hecho evidente desde principios de este año: el poder conferido al Gobierno por medio de la ley de reuniones públicas ha venido siendo una amenaza para los súbditos de vuestra majestad desde la promulgación de la ley de 1894. Este poder se ha aplicado ahora, á fin de descargar un golpe que va contra el inherente é inalienable derecho que desde el nacer tiene todo súbdito inglés: el derecho de petición á su soberano. Violando hasta más no poder las palabras y el sentido de la ley, el Gobierno ha arrestado á dos súbditos ingleses que ayudaron á presentar á vuestra majestad una petición en nombre de 4.000 de sus conciudadanos, vuestros súbditos, y aún no contento con esto, cuando los leales súbditos de

vuestra majestad intentaron por segunda vez poner delante de vuestra majestad sus quejas, permitió que una reunión que celebraban fuese interrumpida y que el objeto de ella fuese anulado por una banda de boers organizada por empleados del Gobierno y bajo la protección de la policía. Así, pues, por razón, tanto del directo como del indirecto acto del Gobierno, los leales súbditos de vuestra majestad se han visto privados de ventilar de un modo público sus agravios y de exponerlos á vuestra majestad.

Por todo lo que, los exponentes, con el debido respeto á vuestra majestad humildemente suplican se sirva extender su real protección á estos leales súbditos de vuestra majestad residentes en Sud-África y hacer que se abra una información acerca de los agravios y quejas enumerados y expuestos en esta humilde petición, y ordenar al representante de vuestra majestad en Sud-África que adopte aquellas medidas que sean conducentes á una pronta reforma de los abusos de que presentamos queja, y obtener segura garantía de parte del Gobierno de este Estado del reconocimiento de sus derechos como súbditos ingleses».

Desde la fecha de esta directa petición de nuestra maltratada gente á su soberana, los sucesos se encaminaron inevitablemente en una dirección bien marcada; algunas veces la superficie estaba agitada, y otras tranquila; pero la corriente se dirigía rápidamente y el estruendo de la caída resonaba aún más estrepitoso en todos los oídos.

CAPITULO III

LAS NEGOCIACIONES

Ni el Gobierno inglés ni el pueblo inglés desean una autoridad directa en Sud-Africa. Su único y supremo interés es que los diversos Estados de ella vivan en armonía y prosperidad y que no haya necesidad de la presencia del uniforme inglés en toda aquella gran Península. Los críticos extranjeros, con su desconocimiento del sistema colonial inglés, no pueden comprender nunca que el mero hecho de que la bandera cuadricolor del Transvaal ó la bandera inglesa ondee sobre las minas de oro de una colonia independiente no constituiría ni la diferencia de un chelín para los ingresos ingleses. El Transvaal, como provincia inglesa, tendría su propia legislación, sus propios ingresos, sus propios gastos y su propia tarifa con respecto á la madre patria, así como con respecto á los demás países del mundo, y la Gran Bretaña no sería más rica por este cambio; esto es una cosa tan obvia para el inglés, que ya ha dejado de insistir en ello, y tal vez sea esta la razón porque es tan generalmente mal comprendido en el extranjero. Por otra parte, aunque la Gran Bretaña no saldría gananciosa con el cambio, la mayor parte de los gastos que en sangre y dinero aquél ocasiona caen sobre la madre patria; en presencia de estos hechos, la Gran Bretaña tenía absoluta razón en evitar tarea tan formidable como la conquista de la República Sudafricana, porque, aun sucediendo lo mejor, nada tenía que ganar, mientras que, sucediendo lo peor, tenía muchísimo que perder. No había lugar ni á la ambición ni á la agresión, era sencillamente cuestión de quitarse de encima un deber en extremo arduo ó de cumplirlo.

No había posibilidad alguna de un complot para anexionarse el Transvaal, puesto que en un país libre el Gobierno no puede obrar más allá de lo que quiere la opinión pública, y la opinión pública está influida por los periódicos y se ve reflejada en ellos. Pueden examinarse los riñeros de todo lo que ha publicado la prensa durante los meses de las negociaciones, y no se encontrará ni una autorizada opinión en favor de tal idea, ni nadie en los círculos socia-

les encontró un partidario de tal medida; pero se había inferido un gran agravio, y todo lo que se pedía era la menor cantidad de cambio posible que diera satisfacción á aquel agravio y restableciese la igualdad entre la raza blanca de Sud Africa. «Que Krüger sea liberal en la extensión de la franquicia, decía el diario que mejor representaba la parte más sana de la opinión inglesa, y ya verá cómo el poder de la República no sólo no se hará más débil, sino que, por el contrario, se fortalecerá infinitamente más. Que conceda tan solo á la mayoría de la población residente masculina de mayor edad el derecho de votar, y habrá dado á la República una estabilidad y poder, que ninguna otra cosa puede darle. Si rechaza toda demanda de esta naturaleza y persiste en su política actual, podrá ser que consiga retardar el día aciago y conservar su codiciada oligarquía por unos cuantos años más; pero el resultado será el mismo». Este extracto refleja el tono de toda la prensa inglesa, á excepción de uno ó dos periódicos, que consideraban que ni aun el continuo maltrato de los nuestros ni el hecho de que los ingleses éramos especialmente responsables de ellos en aquel Estado, justificaba el que nos entrometiésemos en los asuntos interiores de la República. No puede negarse que la incursión de Jameson había debilitado la fuerza de aquellos que deseaban intervenir enérgicamente en favor de los súbditos ingleses. Existía una vaga, si bien muy general, creencia de que tal vez los capitalistas estaban minando y explotando esta situación para sus propios fines, y aunque es difícil imaginar cómo pueda un estado de intranquilidad y de inseguridad (para no decir un estado de guerra) ser ventajoso para el capital, y aunque es cierto hasta la evidencia que si algunos explotadores estaban valiéndose de los agravios de los Uitlanders para sus propios fines, lo mejor, para darles el mate, hubiera sido el satisfacer aquellos agravios; sin embargo, existía aquella sospecha entre aquellos que gustan de no hacer caso de lo evidente y de agrandar lo lejauo, y durante todo el curso de las negociaciones la mano de la Gran Bretaña se vió debilitada, como indudablemente su adversario había calculado que se vería, por una minoría ruidosa maniática.

La época en que los Uitlanders ingleses enviaron la petición pidiendo protección á la madre patria fué por Abril de 1899; pero desde Abril del año anterior se había mantenido una correspondencia entre el doctor Leyds, secretario de Estado de la República Sudafricana, y Mr. Chamberlain, Ministro de las Colonias, acerca de la existencia ó no existencia de la soberanía. Se disputaba por una de las dos partes que la substitución de un segundo convenio había

anulado completamente el primero, y por la otra que el preámbulo del primer convenio era aplicable al segundo. Si lo que el Transvaal sostenía era correcto, claro era que la Gran Bretaña había sido engañada y burlada hasta ser puesta en aquella situación, puesto que, no había recibido un *quid pro quo* en el segundo convenio, y ni aun del más descuidado de los ministros de las Colonias se hubiera podido esperar el dar algo que valía mucho por nada; pero el debate nos lleva otra vez á la cuestión académica de qué cosa sea la soberanía: el Transvaal admitía un veto sobre su política exterior, y esta sola admisión, á menos de que abiertamente rompiesen el convenio, los privaba en absoluto de la condición de Estado soberano.

Pero entonces á este debate, que tenía en sí tan poca urgencia que se habían dejado pasar siete meses entre la declaración y la contestación á ella, se agregó la acerba cuestión vital de los agravios y de la apelación de los Uitlanders. Sir Alfred Milner, comisario inglés en Sud Africa, hombre de política liberal y que había sido nombrado por un Gobierno conservador, merecía el respeto y la confianza de todos los partidos, y su fama era la de un hombre capaz, de cabeza despejada y demasiado justo para ser ni cómplice ni tolerante con la injusticia; se le encomendó á él el asunto, y se arregló una conferencia entre el presidente Krüger y él en Bloemfontein, capital del Estado Libre de Orange, y allí se reunieron en 31 de Mayo de 1899.

Tres distintas clases de asuntos había que tratar en la conferencia; comprendía una todas aquellas pretendidas faltas de cumplimiento á la Convención de Londres, que tanta molestia habían ocasionado entre los dos Gobiernos, y que por tres veces, en diez y ocho años, habían llevado á los Estados á dos dedos de la guerra, y entre estos asuntos se contaban las anexiones que los boers habían hecho del territorio nativo; tal interferencia en el comercio, como el paro de los barcazos, la cuestión de la soberanía y la posibilidad de un arbitraje. La segunda base de asuntos trataba de los agravios de los Uitlanders, problema que no se hallaba comprendido en las Convenciones, y la tercera contenía la cuestión del mal trato de los indios ingleses y otras causas de desavenencia. Sir Alfred Milner se vió frente á frente con la alternativa de tener que discutir cada una y todas estas cuestiones una tras otra, cosa interminable é infructífera, ó de ofrecer á prueba una cuestión que cortase de raíz las cosas y demostrase si el Gobierno boer estaba ó no dispuesto á hacer una tentativa real para disminuir aquella tensión; y la cuestión que escogió fué la de la franquicia de los Uitlan-

ders, puesto que era evidente que de obtener, no ya una participación razonable (pues tal súplica no se hizo nunca), sino una participación, siquiera visible, en el Gobierno del país, podría con el tiempo llegar á dar satisfacción á sus propios agravios y ahorraría así al Gobierno inglés la pesada tarea de tener que obrar como campeón de ellos. Pero la Conferencia fracasó bien pronto por causa de esta cuestión; Milner quería una franquicia de cinco años con efecto retroactivo y con disposiciones que asegurasen la adecuada representación de los distritos mineros; Krüger ofrecía una franquicia de siete años, cortapisada por numerosas condiciones que le quitaban la mayor parte de su valor; consentía en conceder cinco hombres de cada treinta y uno en representación de la mitad de la población masculina adulta, y añadía la disposición de que todas las diferencias se someterían al arbitraje de las potencias extranjeras, condición que es incompatible con todo derecho á la soberanía. Este ofrecimiento hizo rebajar el término para la franquicia de catorce años á siete; pero contenía un gran número de condiciones que la hubieran hecho ilusoria, mientras que por otra parte exigían en cambio del Gobierno inglés otra condición que era de lo más importante. Las proposiciones de una parte eran inaceptables para la otra, y á principios de Junio sir Alfred Milner se volvió á la Ciudad del Cabo y el presidente Krüger á Pretoria sin haber convenido en nada, excepto en la extrema dificultad de convenir en algo.

El 12 de Junio sir Alfred Milner recibió una diputación de la Ciudad del Cabo é hizo un resumen de la situación. «El principio de la igualdad de razas era, dijo, esencial para Sud-Africa, y el único Estado en que existía la desigualdad mantenía á los demás en perpetua fiebre. Nuestra política no era una política de agresión, sino de singular paciencia, que, sin embargo, no podía llegar hasta la indiferencia». Dos días después Krüger dirigió la palabra al Raad: «La otra parte no había querido conceder una cosa pequeña y yo no pude dar más. Dios ha estado siempre de nuestra parte; no quiero la guerra, pero no concederé nada más; aunque se nos quitó una vez la independencia, Dios nos la devolvió». No cabe duda que habló con sinceridad; pero es muy duro el oír invocar á Dios con tanta confianza en favor de un sistema que estimula el tráfico del licor entre los indígenas y produce la más corrompida colección de empleados que haya visto el mundo moderno.

El despacho de sir Alfred Milner exponiendo sus oponiones acerca de la situación hizo comprender al público inglés, como da se lo había hecho comprender hasta entonces, cuán grave

era aquélla y cuán esencial que se hiciera un serio esfuerzo nacional para normalizarla. Decía en él:

«La cuestión de intervención se hace apremiante. La única respuesta que nos dan es que las cosas se normalizarán por sí mismas; pero en hecho de verdad, la política de dejar ir las cosas se ha puesto ya á prueba por espacio de muchos años, y sólo ha servido para que vayan de mal en peor. No es cierto que esto sea debido á la incursión, porque antes de ella íbamos de mal en peor y estábamos ya á dos dedos de la guerra, y el Transvaal estaba á punto de una revolución; las consecuencias de la incursión han sido dar un nuevo plazo de vida á la política de dejar ir las cosas, con todas las consecuencias de antaño.

»El espectáculo de millares de súbditos ingleses, reducidos permanentemente á la condición de ilotas, sufriendo constantemente bajo indudables agravios y apelando en vano por remedio al Gobierno de Su Majestad, mina sordamente cada vez más la influencia y reputación de la Gran Bretaña dentro de los dominios de la Reina. Una parte de la prensa, y no sólo ya en el Transvaal, predica abierta y constantemente la doctrina de una República que abarque todo el Sud-Africa, y la sostiene por amenazadoras referencias á los armamentos del Transvaal, á su alianza con el Estado Libre de Orange y á la activa simpatía que, en caso de guerra, recibiría de una parte de los súbditos de Su Majestad. Siento tener que declarar que esta doctrina, apoyada como se ve por una incesante corriente de malignas mentiras acerca de las intenciones del Gobierno de Su Majestad, está produciendo ya su efecto entre un gran número de nuestros colonos holandeses. Empléase frecuentemente un lenguaje que parece significar que el holandés tiene aún en esta colonia un derecho superior al de sus conciudadanos de nación inglesa, y miles de hombres de disposición pacífica, y que, dejados en paz, estarían muy satisfechos con su posición como súbditos ingleses, están siempre llevados al descontento, al paso que también existe una exasperación correspondiente por parte de los ingleses.

»Nada veo que pueda poner fin á tan maligna propaganda sino la prueba cierta de que el Gobierno de Su Majestad abraza el firme propósito de no dejarse arrebatar su posición en Sud-Africa.»

Tales eran las graves y comedidas palabras con que el procónsul inglés prevenía á sus compatriotas contra lo que iba á suceder. El vió acumularse en el Norte la nube de la tempestad; pero ni aun sus ojos advirtieron cuán cerca estaba y cuán terrible era.

Durante los últimos días de Junio y los primeros de Julio se esperó mucho de la mediación de los jefes del Africander Bond, agrupación política de los colonos holandeses del Cabo; pues, por una parte, eran de la misma raza que los boers, y, por otra, eran súbditos ingleses y gozaban de las ventajas de aquellas instituciones liberales que tan ansiosos estábamos de ver extendidas al Transvaal; todo cuanto nosotros queríamos se encerraba en esta súplica: «Tratad á nuestro pueblo tal como nosotros os tratamos». Pero nada resultó de la misión, aunque un proyecto, secundado por Mr. Hofmeyr y Mr. Herholdt, del Bond, y por Mr. Fisher, del Estado Libre de Orange, se presentó en el Raad y fué aplaudido por Mr. Schreiner, presidente africander del Consejo de ministros de la Colonia del Cabo. En su forma primitiva, las disposiciones de aquel proyecto eran obscuras y complicadas, puesto que la franquicia variaba desde nueve años á siete, según ciertas condiciones; pero durante el debate se corrigieron las condiciones hasta reducir la franquicia á siete años y fijar en cinco la propuesta representación de los terrenos auríferos. La concesión no era muy grande ni la representación (cinco por cada treinta y uno), podía ser considerada como concesión generosa para la mitad de la población adulta total; pero la reducción de los años de residencia fué ávidamente recibida en Inglaterra como señal de que aún podía llegarse á un convenio. Toda Inglaterra respiró de satisfacción, y el ministro de las Colonias dijo: «Si esta noticia se confirma, este importante cambio en las proposiciones del presidente Krüger, juntamente con las anteriores enmiendas, hace esperar al Gobierno que la nueva ley podrá ser la base de un arreglo en los términos propuestos por sir Aifred Milner en la Conferencia de Bloemfontein». Añadió que aún había unidas al caso algunas condiciones vejatorias; pero concluyó diciendo: «El Gobierno de Su Majestad tiene la seguridad de que habiendo aceptado el presidente aquel principio que nos disputaba, estará dispuesto á examinar de nuevo cualquier detalle de este proyecto, que puede mostrársele que es un obstáculo para la completa realización del objeto de que se trata, y que no permitirá que los fines que se persiguen sean anulados ó desmerezcan de valor por ninguna alteración posterior de la ley ó de cualquier acto administrativo». Al mismo tiempo *The Times* declaraba que había terminado la crisis: «Si los hombres de estado holandeses del Cabo han inducido á sus hermanos del Transvaal á aprobar ese proyecto, habrán merecido la eterna gratitud, no sólo de sus propios conciudadanos y de los colonos ingleses de Sud-Afri-

ca, sino del Imperio británico y de todo el mundo civilizado». La sola admisión de la idea de que la crisis estaba ya terminada es la prueba más fehaciente de lo poco que en Inglaterra se deseaba que la crisis condujese á la guerra.

Pero aquel proyecto tan razonable se vió pronto destinado á ser oscurecido. Surgieron cuestiones de detalle que, examinadas de cerca, resultaron ser cuestiones de importancia trascendental. Los Uitlanders y los ingleses sudafricanos que en tiempos pasados habían podido ver por experiencia cuán ilusorias podrían resultar las promesas del presidente, insistieron en la cuestión de garantías. Los siete años que se les ofrecían eran dos años más de lo que sir Alfred Milner había declarado ser el *mínimum* irreductible, y aunque la diferencia de dos años no hubiera sido un obstáculo para la aceptación, aun á costa de cierta humillación para nuestro representante, sin embargo había condiciones que producían desconfianza por estar redactadas por diplomático tan astuto. Era una de ellas que el extranjero que aspirase á la ciudadanía debía presentar un certificado de no interrumpida inscripción durante cierto tiempo; mas como la ley de inscripción había caído en desuso en el Transvaal, esta disposición podía hacer que resultase nulo todo el proyecto; pero como desde el momento en que se conservara la ley, claro está que debería ser para ponerse en práctica, resultaba que por una parte dejaban abierta la puerta, mientras por otra tenían buen cuidado de estorbar la entrada con una piedra. Además, el que el derecho de ciudadanía de los recién llegados se continuase ó no se hizo depender de la resolución del primer Raad; de modo que en caso de que los miembros de los mineros propusiesen cualquier medida de reforma, no sólo su proyecto de ley, sino ellos mismos podían ser barridos de la Cámara por una mayoría boer. ¿Y qué podía hacer una minoría si el simple voto del Gobierno podía en cualquier tiempo echarla de la Cámara? Era evidente que una medida que contenía tales disposiciones debía pesarse muy cuidadosamente antes de que el Gobierno inglés la aceptara como un arreglo final y como una completa concesión de justicia hecha á sus súbditos. Por otra parte, parecía natural repugnar el rechazar aquellas cláusulas que ofrecían alguna esperanza de mejorarles las condiciones; así, pues, se tomó la resolución de proponer que cada Gobierno nombrase delegados para formar una Comisión mixta que se cerciorase acerca del modo como había de aplicarse aquella ley antes de que se le diese la forma definitiva, y la proposición fué sometida al Raad en 7 de Agosto, añadiéndose que cuando aquello

se hiciera sir Alfred Milner estaba dispuesto á discutir todo lo demás, incluso el arbitraje, sin la intervención de las potencias extranjeras.

La proposición de que se nombrara una Comisión mixta ha sido criticada como una intrusión injustificada en los asuntos interiores de otro país, sin tener en cuenta que, desde buen principio, toda la cuestión versaba sobre los asuntos interiores de otro país, puesto que no podía haber tranquilidad en Sud-Africa mientras una raza tratase de dominar á la otra. Es fútil el querer poner analogías é imaginar lo que Francia haría si Alemania se mezclase ó interviniese en una cuestión de franquicia francesa, porque suponiendo que Francia contuviese tantos alemanes como franceses y que aquéllos se viesen maltratados, Alemania intervendría inmediatamente, y continuaría haciéndolo hasta que se hubiese establecido un *modus vivendi* razonable. Pero la cuestión es que el caso del Transvaal es único, que tal estado de cosas no se había visto nunca, y que no se le puede aplicar precedente de ninguna clase, salvo la regla general de que los blancos, á quienes se les echan crecidas contribuciones, tienen que tener cierta representación en el poder. El sentimiento podrá inclinarse en favor de la más pequeña de las dos naciones; pero la razón y la justicia están absolutamente de parte de la Gran Bretaña.

La proposición del secretario de las Colonias fué seguida de una demora muy grande; no venía respuesta de Pretoria, pero de todas partes llegaba la evidencia de que aquellas preparaciones de guerra que á la callada se habían estado haciendo, aun antes de la incursión de Jameson, se estaban completando entonces á toda prisa; empleábanse enormes sumas, para un Estado como aquel tan pequeño, en preparativos militares: cajas de rifles y de cartuchos afluían como un río en el arsenal, no sólo desde la bahía de Delagoa, sino, para mayor indignación de los colonos ingleses, por la vía de la Ciudad del Cabo y Port Elizabeth. Enormes cajas de embalar marcadas «Instrumentos de agricultura» y «Maquinaria de minas» llegaban de Alemania y Francia para ser colocadas en los fuertes de Johannesburg ó de Pretoria, y ya en Mayo, entiéndase bien, en Mayo el presidente del Estado Libre de Orange, á quien el sencillo y confiado inglés consideraba como el honrado corredor que iba á arreglar la paz, escribía á Grobler, el empleado del Transvaal, reclamándole la parte que le correspondía de los veinticinco millones de cartuchos que entonces habían sido ya importados. Tal era el hombre que quince días después hacía el papel de mediador entre ambas partes en Bloemfontein.

Por espacio de tres años el Transvaal había estado armándose hasta los dientes, y tantos fusiles de repetición se habían importado, que había bastantes para dar cinco de ellos á cada boer del país; la importación de municiones se había hecho en la misma gigantesca escala. Ahora bien, ¿para qué aquellas formidables preparaciones? Evidentemente para una guerra con la Gran Bretaña, no para una guerra defensiva, pues no es para una guerra defensiva para lo que un Estado se provee de fusiles suficientes para armar á todo hombre de Sud Africa que tenga sangre holandesa en las venas. Ningún refuerzo inglés se había enviado durante los años en que el Transvaal se estaba preparando manifiestamente para la lucha, y en este solo y elocuente hecho se halla la prueba más completa de cuál fué la parte que promovió la guerra y cuál la que deseaba evitarla. Durante las tres semanas y más en que Krüger guardó silencio, aquellas preparaciones se continuaron más enérgicamente y de una manera más abierta.

Pero una cosa había que no estaba á su alcance, una cosa de muchísima mayor importancia, que tenía las riendas de la situación y retardaba la crisis, y era que el burgher no puede ir á la guerra sin su caballo, su caballo no puede andar sin hierba, la hierba no puede venir sino después de la lluvia, y faltaban aún unas semanas para el período de las lluvias; las negociaciones no debían, pues, precipitarse indebidamente cuando el campo era aún una árida llanura de color rojizo barrida por el viento. Mr. Chamberlain y el público inglés esperaron semana tras semana una respuesta, pero su paciencia tenía un límite, y á este límite se llegó en 26 de Agosto, cuando el ministro de las Colonias, con una claridad de lenguaje tanto mejor recibida cuanto menos usual es en la diplomacia, hizo ver que la cuestión no podía estar en suspenso para siempre. «Las arenillas del reloj de arena van cayendo y cayendo, dijo, y si caen del todo no nos consideraremos limitados por lo que hemos ofrecido, sino que tomaremos este asunto en nuestras manos y no lo dejaremos hasta haber dejado aseguradas aquellas condiciones que de una vez para siempre establezcan quién es el poder moderador en Sud-Africa y haber garantizado á los súbditos, que son nuestros compatriotas, aquella igualdad de derechos y de privilegios que se les prometiera por el presidente Krüger cuando se garantizó por la reina la independencia del Transvaal, que es lo menos que en justicia puede concedérseles». Poco tiempo antes lord Salisbury había sido igualmente explícito: «Nadie en este país de sea romper los tratados en tanto que se reconozca que mientras

por una parte se garantiza la independencia del Transvaal, por la otra se garantizan iguales derechos políticos y civiles para los colonos de todas las naciones; pero estos tratados no son como las leyes de los medos y persas, sino que son mortales, y pueden destruirse... y una vez destruidos, nunca podrán volverse á hacer en la forma que tuvieron». Aquella tan sufrida paciencia de la Gran Bretaña empezaba á dar señales de tener fin.

Al mismo tiempo se hacía presión al presidente del Transvaal y á sus consejeros, si es que puede decirse que alguna vez haya tenido consejeros, á fin de inducirles á que aceptasen la proposición inglesa de una Comisión mixta investigadora. Sir Henry de Villiers, que representaba lo más acentuado de la opinión africaner del Cabo, escribió enérgicamente en favor de la paz, encareciendo á Mr. Fisher, del Estado Libre de Orange, que tratase de dar un tono más amistoso á las negociaciones. «Procure usted inducir al presidente Krüger á que oiga á Mr. Chamberlain de una manera amistosa y á que remueva todas las causas de intranquilidad que por tanto años han alterado á este desgraciado país». El mismo consejo se les daba desde Europa. El ministro holandés telegrafiaba como sigue:

«4 Agosto 1899. Comuníqueme confidencialmente presidente que habiendo sabido por ministro Transvaal la proposición inglesa de la Comisión internacional, recomiendo al presidente, en interés del país, no rechace en absoluto esa proposición.»

«15 Agosto 1899. Sírvase comunicar confidencialmente al presidente que el Gobierno alemán participa completamente de mi opinión expresada en mi despacho del 4 Agosto de no rechazar la proposición inglesa. El Gobierno alemán está, como yo, convencido de que toda apelación á cualquiera de las grandes potencias en estos críticos momentos sería absolutamente sin resultados y muy peligrosa para la República.»

Pero ni sus hermanos africaners ni sus amigos del extranjero podían desviar á aquel viejo un solo paso del camino en que había puesto el pie. Lo positivo es que sabía muy bien que las proposiciones de la franquicia no resistían al examen, y que, citando las palabras de un eminente abogado, «lo mismo hubieran sido siete años que setenta»: tan complicadas é imposibles eran las condiciones. Por largo tiempo se mantuvo callado, y cuando, por fin, habló fué para dar un nuevo giro á las negociaciones; era que no tenía aún en su poder todas las municiones, que los fusiles no se habían distribuido aún todos y que la hierba no había crecido aún en los

campos; el juego tenía que continuarse aún por un par de meses. «¡Sois tan maestros en el arte de ganar tiempo!», le decía Mr. La-bouchere á Mr. Montague White. El presidente se dispuso á probarlo.

Sus nuevas proposiciones fueron presentadas en 12 de Agosto. En ellas se hacía caso omiso de la Comisión mixta, y se hacía la proposición de que el Gobierno boer accedería á las proposiciones de sir Alfred Milner sobre la franquicia á condición de que el Gobierno inglés retirase ó abandonase su reclamación con respecto á la soberanía, conviniese en un arbitraje ante un tribunal inglés y sudafricano y prometiese no intervenir jamás en los asuntos interiores de la República. A esto respondió la Gran Bretaña que convenía en tal arbitraje, que esperaba no tener jamás ocasión de intervenir en favor de la protección de sus súbditos, pues con la concesión de la franquicia todo motivo para tal intervención desaparecería y, finalmente, que jamás consentiría en renunciar á su posición de poder soberano. El despacho de Mr. Chamberlain terminaba recordándole al Gobierno del Transvaal que había otras cuestiones en disputa éntre los dos Gobiernos aparte de la de la franquicia, y que valdría la pena de que se arreglasen al mismo tiempo. Con estas palabras quería referirse á cuestiones como la de la situación de la razas indígenas y el trato de los indioingleses.

Pareció por un momento entonces que había fundadas esperanzas de paz; no había ya un abismo entre las dos partes, y si las negociaciones hubieran sido en realidad de buena fe parece increíble que la distancia no se hubiera salvado. Pero el Transvaal estaba ya para entonces seguro de la alianza del Estado Libre de Orange, creía que la Colonia estaba ya preparada para la rebelión y sabía que con 60.000 caballos y 100 cañones era sin comparación la potencia militar más fuerte de Africa. No pueden leerse las negociaciones sin convencerse de que nunca se creyó que se realizasen y de que el partido que no creía que se realizasen era el partido que durante todo el tiempo se había estado preparando para la guerra. De Villiers, crítico benévolo, dice del Gobierno del Transvaal: «Durante todo el curso de las negociaciones se ha estado siempre enroscando para impedir una decisión clara y precisa». Y, en efecto, el resultado muestra con sobrada claridad que esto fué así. Su baraja militar era más fuerte que su baraja política, y con aquélla era con la que querían jugar la partida y, por lo tanto, no les convenía que las negociaciones llegasen á un estado en que la solución pacífica fuese inevitable. ¿Para qué servían todos aquellos fusiles y cañones si

al fin y al cabo la pluma era la que iba á hacer el arreglo? «Lo único que tememos, escribía el joven Blignant, es que Chamberlain con su bien conocido caprichoso carácter nos birle la guerra y, por consiguiente, la oportunidad de anexionarnos la Colonia del Cabo y el Natal y de crear la República de los Estados Unidos de Sud-Africa»; lo cual, aunque ambición legítima tal vez, no era compatible con negociaciones pacíficas de buena fe.

Era ya por entonces tiempo de dar un giro menos halagüeño á la situación, y en 2 de Septiembre el Gobierno del Transvaal dió la respuesta, que era breve y á nada comprometía; retiraba la oferta de la franquicia y reiteraba que no existía tal soberanía; las negociaciones quedaron, pues, interrumpidas, y era difícil prever cómo podrían reanudarse. En vista del armamento de los burghers la pequeña guarnición del Natal había tomado posiciones para cubrir la frontera, y el Transvaal pidió explicaciones de aquella actitud, á lo cual respondió sir Alfred Milner que estaban allí para proteger los intereses británicos y en preparación de cualquier contingencia; el rumor de la catarata se oía cada vez más fuerte y cercano.

En 8 de Septiembre se celebró un Consejo de ministros (uno de los más importantes de los últimos años). La situación militar era apremiante, el puñado de tropas que había en Africa no podía dejarse á merced de la inmensa y formidable fuerza que los boers podían á la hora menos pensada acumular contra ellos, mientras que, por otra parte, era necesario no parecer que se amenazaba ó que se apelaba á la fuerza; por tal razón, los refuerzos que se mandaron fueron sólo en escala suficiente para demostrar que se enviaban con propósitos de defensa y no de ataque, y se enviaron 5.000 hombres de la India al Natal, mientras que las guarniciones del Cabo se reforzaron con tropas de Inglaterra.

Al mismo tiempo que se tomaban estas medidas defensivas se envió un mensaje á Pretoria, que aun los adversarios del Gobierno reconocen que fué moderado, ofreciendo la base de una solución pacífica. Empezaba por repudiar enfáticamente el derecho del Transvaal á ser Estado independiente en el mismo sentido en que el Estado Libre de Orange lo era; y decía que ninguna proposición, basada en aquella condición, sería escuchada, que el *status* del Transvaal se había fijado ya por ciertos tratados celebrados entre ambos Gobiernos y que nada había ocurrido para hacernos consentir en un cambio radical respecto á ese punto. Que á pesar de eso el Gobierno británico estaba dispuesto á aceptar los cinco años de franquicia, como se estipulaba en la nota de 19 de Agosto, con el

bien entendido de que en el Raad cada miembro usase su propio idioma, que la aceptación por parte de la República Sudafricana de estas condiciones haría desaparecer la tensión existente entre los dos Gobiernos, y con toda probabilidad haría innecesaria para lo futuro toda intervención para satisfacer quejas que los Uitlanders mismos podrían entonces hacer llegar á oídos del Consejo Ejecutivo y del Volksraad. El Gobierno de Su Majestad se convence más y más cada día de lo peligroso de una nueva dilación en materia de suavizar la actual tensión que tanto daño ha causado ya á los intereses de Sud-Africa, y suplica encarecidamente una pronta y definitiva respuesta á estas proposiciones; y de accederse á ellas, está dispuesto á hacer los arreglos necesarios... para ultimar los detalles del propuesto tribunal de arbitraje... Pero, sin embargo, si, como en ninguna manera esperan y desean, la respuesta de la República Sudafricana fuese negativa ó no fuese categórica, tengo que manifestar que el Gobierno de Su Majestad se reserva el derecho de volver á examinar *de nuevo* la cuestión y formular las proposiciones propias para un arreglo final».

Este despacho era tan moderado en la forma y tan cortés en el tono, que no sólo la prensa, sino los políticos todos, sin distinción de matices, estuvieron unánimes en aprobarlo, y confiaban en que una respuesta digna de él vendría á calmar la tensión que existía entre los dos Estados. Mr. Molney, Mr. Leonard Courtney, el *Daily Chronicle*, que eran los adversarios más acérrimos del Gobierno, estaban convencidos de que era un mensaje de paz. Pero nada, nada en aquel entonces, nada, á no ser una rendición completa y abyecta por parte de los ingleses hubiera podido satisfacer á los boers, que tenían la más exagerada idea acerca de sus propias proezas militares y no muy alta opinión de las nuestras. La fábula continental acerca del lobo inglés y del cordero transvaalés hubiera provocado una carcajada en Pretoria, donde el resultado de la guerra se consideraba como una cosa segura. Los burghers no estaban de humor de hacer concesiones; sabían su fuerza propia y deducían, con justicia, que eran para lo sucesivo la potencia militar más fuerte de Sud-Africa. «Le hemos pegado ya á Inglaterra antes de ahora; pero eso no es nada en comparación con la paliza que ahora le vamos á dar», decía un ciudadano distinguido. De Villiers decía: «Reitz parece tratar todo este asunto como una gran broma». Tales eran las extravagantes ideas que les movían á dejar á un lado el ramo de olivo de la paz.

En 18 de Septiembre se publicó en Londres la respuesta oficial

del Gobierno boer al mensaje del Consejo de ministros; y si en la forma era inquebrantable y nada conciliadora, en el fondo era la más completa negativa á todas las demandas inglesas; rehusaba recomendar ó proponer al Raad los cinco años de franquicia y las demás disposiciones que se habían declarado como el minimum de lo que el Gobierno de la madre patria aceptaría como medida razonable de justicia respecto á los Uitlanders; y la indicación de que los debates del Raad serían en dos lenguas, como lo son en la Colonia del Cabo y en Canadá, fué en absoluto dejada aparte. Había declarado el Gobierno inglés en su último despacho que si la contestación fuese negativa ó no categórica se reservaba el derecho de volver á examinar la cuestión *de nuevo* y de formular sus propias proposiciones para un arreglo final». La respuesta había sido á la vez negativa y poco concluyente, y en 22 de Septiembre se reunió un Consejo para decidir cuáles serían los términos del próximo despacho. Fué éste breve y enérgico, aunque concebido de tal modo que no cerraba la puerta á la paz. Su contenido era que el Gobierno inglés había recibido con profundo sentimiento la respuesta negativa á las templadas proposiciones que habían sometido en su último despacho y que ahora, de acuerdo con lo que en él habían ofrecido, procedería en breve á presentar sus propias proposiciones para un arreglo. El mensaje no era en sí un ultimátum, pero dejaba entrever un ultimátum para el día de mañana.

Entre tanto, en 21 de Septiembre se había reunido el Raad del Estado Libre de Orange, y se hacía cada vez más evidente que esta República, con quien no teníamos el menor motivo de querella, sino, por el contrario, á quien profesábamos una gran amistad y admiración, se inclinaba á echar su espada en la balanza contra Inglaterra. Ya algún tiempo antes se había celebrado entre los dos Estados una alianza ofensiva y defensiva, que hasta que se escriba la historia secreta de estos sucesos parecerá un negocio hecho precipitadamente y de poco provecho para el más pequeño de los dos Estados. En efecto, nada tenía éste que temer de la Gran Bretaña desde el momento que ésta, de su propia voluntad, lo había convertido en una República independiente y había vivido en paz con ella por espacio de cuarenta años; sus leyes eran tan liberales como las nuestras; pero por este tratado suicida convino en unir su suerte á la de un Estado que deliberadamente buscaba la guerra con su persistente actitud enemistosa y cuya reaccionaria y estrecha legislación podría esperarse que hubiera debido enajenarla las simpatías de su vecino, tan amante del progreso. La dirección en que iban los

sucesos se había visto ya claramente en tiempos del presidente Brand, que era un político sano y experimentado. «El presidente Brand», dijo Paul Botha (que era también un emigrante y un boer de pura raza), vió claramente lo que nuestra política hubiera debido ser; siempre evitó ofender al Transvaal; pero amaba al Estado Libre de Orange y su independencia por sí misma, y no como una independencia del Transvaal, y con el fin de conservar su propio carácter abogó siempre por la amistad con Inglaterra.

«El presidente Brand comprendió bien que la íntima unión con el turbulento y mal aconsejado Transvaal, llevado de la política ofensiva de Krüger, conduciría inevitablemente á una desastrosa guerra con Inglaterra.

»Yo (sigue Pablo Botha) lo comprendí tan bien como él y nunca dejé de combatir todo lo que fuera una unión íntima; recuerdo haber expuesto estos mismos argumentos en el Voolksraad y haber terminado mi discurso diciendo: «Quiera el cielo que me equivoque en lo que temo, porque si un día tengo razón, ¡ay! ¡ay de la República libre de Orange!»

Es evidente que si el Estado Libre de Orange iba derecho á su ruina, no era por falta de voces prudentes que trataran de guiarle por más seguro sendero; pero parece haber habido una alucinación completa en lo referente á la respectiva fuerza de los dos combatientes y en cuanto al probable porvenir de Sud-Africa; y aunque, cualquiera que este porvenir fuese, el Estado Libre de Orange no hubiera podido mejorar de la condición en que estaba, esto es, ser una República libre é independiente; sin embargo, el país se dejó llevar por las preocupaciones de raza difundidas en todas direcciones por una prensa comprada y un púlpito anticristiano. «Cuando pienso en el mal uso que el púlpito ha hecho de su influencia, dice Pablo Botha, me parece como si no pudiera hallar palabras bastante fuertes para expresar mi indignación, porque ha prostituído la palabra de Dios y se ha valido de la religión de un pueblo religioso para llevarle á la destrucción. Un ministro del Señor me dijo, guiñándome el ojo, que él tenía que predicar contra los ingleses, porque de lo contrario perdería el favor de los que estaban en el poder». Tales fueron las influencias que indujeron al Estado Libre de Orange á celebrar un tratado insensato que le obligaba á tomar las armas contra un Estado que nunca le había injuriado en lo más mínimo y que no tenía para con él más que buena voluntad.

El tono del presidente Steyn al reunirse el Raad y el apoyo que recibió de la mayoría de los burghers prueba inequívoca-

mente que las dos Repúblicas iban á obrar como una; pues en él discurso de apertura, Steyn se declaró resueltamente contra las pretensiones de Inglaterra, y declaró que su Estado estaba unido al Transvaal por todo aquello que le rodeaba y le era querido. Entre las precauciones militares de cajón, y que no podían ya descuidarse ni por un momento más, se contaba el envío de una pequeña fuerza para proteger la larga y expuesta línea del ferrocarril que se extiende precisamente á la otra parte de la frontera del Transvaal, desde Kimberley á Rodesia, y sir Alfred Milner se dirigió al presidente Steyn con respecto á este movimiento de tropas, manifestándole que en manera alguna se dirigía contra el Estado Libre de Orange, y añadiéndole que el Gobierno Imperial conservaba aún esperanzas de un arreglo pacífico con el Transvaal; pero que si esas esperanzas se desvaneciesen, confiaba en que el Estado Libre de Orange guardaría estricta neutralidad é impediría la intervención armada de cualquiera de sus ciudadanos. Y finalmente, manifestaba que no existía en absoluto causa para interrumpir las buenas relaciones entre el Estado Libre de Orange y la Gran Bretaña, pues nosotros nos hallábamos animados de las mejores intenciones hacia ellos. A esto el presidente dió una respuesta un tanto descortés, diciendo que desaprobaba nuestra actitud respecto al Transvaal y que sentía aquel movimiento de tropas, que sería considerado por los burghers como una amenaza. La subsiguiente resolución que tomó el Raad del Estado libre y que terminaba con las palabras: «suceda lo que suceda, el Estado Libre de Orange cumplirá honrada y fielmente sus obligaciones para con el Transvaal, en virtud de la alianza política que existe entre las dos Repúblicas», prueba cuál imposible era que aquel país que nosotros formamos y que no tenía ni sombra de queja contra nosotros, pudiera librarse de ser envuelto en el torbellino.

Entre tanto se hacían por ambas partes preparativos militares, moderados por parte de la Gran Bretaña, considerables por parte de los boers.

En 15 de Agosto, hacia la época en que las negociaciones habían ya adquirido un carácter muy grave, después del fracaso de la conferencia de Bloemfontein y del despacho de sir Alfred Milner, las fuerzas inglesas en Sud-Africa eran en absoluto inadecuadas hasta lo absurdo para la defensa de nuestra propia frontera; y este es, sin disputa, un hecho que tiene que abrir los ojos á aquellos que, contra toda evidencia, persisten en que la guerra fué provocada por los ingleses. Un hombre de Estado que provoca una gue-

rra se prepara antes para ella, y eso es precisamente lo que Krüger hizo y lo que las autoridades inglesas no hicieron; pues mientras aquella imperiosa potencia soberana tenía en aquella fecha esparcidos á lo largo de una frontera extensísima dos regimientos de caoallería, tres baterías de campaña y seis batallones y medio de infantería, digamos 6.000 hombres, los inocentes Estados, compuestos de pastores, podían poner en campaña más de 50.000 tiradores de á caballo, cuya movilidad duplicaba su número, y una artillería de lo mejor, que contaba con los cañones de más grueso calibre que se hayan visto en un campo de batalla. Es indudable que en aquel entonces los boers hubieran podido abrirse fácilmente paso hasta Durban ó la Ciudad del Cabo. La fuerza inglesa, condenada á estar á la defensiva, hubiera podido ser burlada y después destruída, mientras el cuerpo principal de los invasores hubiera encontrado sólo una resistencia irregular local que hubiera sido neutralizada por la apatía ú hostilidad de los colonos holandeses. Es una cosa extraordinaria que nuestras autoridades parezcan no haber previsto nunca la posibilidad de que los boers tomasen la iniciativa y que no hubiesen advertido que en tal caso nuestros tardíos refuerzos hubieran tenido que desembarcar bajo el fuego de los cañones republicanos; y aunque es cierto que con su inacción incurrieron en un gran peligro militar, á lo menos dejaron ver claramente á todos cuantos no quieren ser ciegos obstinados cuán lejos del pensamiento y de los deseos del Gobierno inglés estaba la idea de que la cuestión se resolvería por la fuerza.

Respondiéndole á las representaciones del presidente del Consejo de ministros de la Colonia, la guarnición del Natal se aumentó gradualmente, parte con tropas de Europa y parte con el envío de 5.000 soldados ingleses desde la India, y con su llegada, á fines de Septiembre, el total de las tropas en Sud-Africa se elevó á 22.000, fuerza inadecuada para una lucha en campo abierto con aquel numeroso, movable y valiente enemigo á quien se habían de oponer, pero que probó ser bastante fuerte para retardar aquel amenazador desastre, que hoy, con conocimiento pleno de los hechos, podemos ver que nos amenazaba entonces.

Durante las semanas que siguieron al envío del despacho del Consejo de ministros de 8 de Septiembre, la situación militar había dejado de ser desesperada, pero era precaria aún: había sobre el terreno 22.000 soldados regulares, que podían reforzarse con 10.000 coloniales; pero estas fuerzas tenían que cubrir una extensa frontera, y la actitud de la Colonia del Cabo distaba mucho de sernos

simpática, mientras que la población negra podía ser que pudiese en la balanza su peso contra nosotros. Sólo una mitad de las tropas regulares podía dejarse para la defensa del Natal, y no se les podría reforzar en menos de un mes desde el comienzo de las hostilidades. Si Mr. Chamberlain estaba jugando al juego de imponerse, es preciso reconocer que no tenía los triunfos en la mano.

A fin de poder hacer comparaciones vamos á dar una idea de las fuerzas que Mr. Krüger y Steyn podían poner en campaña. El cálculo general de la prensa respecto á la fuerza de las dos Repúblicas varía entre 25.000 y 30.000 hombres. Mr. Robinson, amigo personal del presidente Krüger y hombre que había pasado gran parte de su vida entre los boers, considera exagerada la última cifra. Este cálculo no tenía base cierta de que partir, porque el determinar el censo de una población que vive diseminada y aislada y compuesta por lo general de familias numerosas, es de lo más difícil. Algunos lo calculaban por el supuesto natural crecimiento durante diez y ocho años, pero la cifra que en aquella fecha se dió era sólo la que se presumía tener; otros basan su cálculo en el número de votantes en la última elección presidencial, pero nadie pudo decir el número de abstenciones que hubo, y la edad para el servicio militar es menor en cinco años que la edad para votar en las Repúblicas. Sea como sea, ahora sabemos que todos los cálculos estaban muy por debajo de la cifra verdadera, aunque, sin embargo, es probable que los informes del departamento de estadística inglesa no estuviesen lejos de la verdad, pues ningún departamento del servicio militar ha salido más airoso que éste de una severa prueba, y sus informes antes de la guerra fueron tan exactos, así en los hechos como en los pronósticos, que parecen una profecía.

Según dicho informe, la fuerza militar del Transvaal tan sólo era de 32.000 hombres y la del Estado libre de Orange de 22.000; con mercenarios y rebeldes de las colonias podrían sumar 60.000 hombres, y un considerable levantamiento del Cabo holandés los podría elevar á 100.000. Los hombres que actualmente tenemos presos llegan á 40.000, á los que podemos agregar 10.000 bajas, de modo que, contando otros 10.000 boers que se han puesto en salvo, la fuerza boer, excluyendo un gran número de rebeldes del Cabo, llegaría á 62.000. De la cualidad de esta gran fuerza no hay necesidad de hablar. Los hombres eran valientes, sufridos y disparaban con un extraño entusiasmo religioso; todos eran del siglo XVII, excepto los fusiles. Montados en sus sufridas jacas poseían una movilidad que prácticamente duplicaba su número y hacía imposible en ab-

soluto envolverles, y como tiradores nadie les igualaba. Añádase á esto que tenían la ventaja de operar en líneas interiores con comunicaciones más breves y seguras, y se comprenderá cuán formidable tarea se han echado los soldados del Imperio. Y cuando de esta enumeración de su fuerza volvemos la vista á nuestros 12.000 hombres, divididos en dos destacamentos, que les esperaban en el Natal, reconoceremos que más bien que lamentar nuestros desastres deberíamos felicitarnos por habernos librado de perder aquella gran provincia, que, situada entre la Gran Bretaña, India y Australia, debe considerarse como la piedra angular del arco del Imperio.

Y ahora, en presencia de todas estas cifras, preguntaremos otra vez si es posible sostener que Inglaterra atentase deliberadamente á destruir por medio de la fuerza la independencia de las Repúblicas.

Después de recibirse el despacho del Transvaal de 18 de Septiembre, que rechazaba las proposiciones inglesas de 8 de Septiembre, hubo una calma en los cambios políticos que se verificaron: En África toda esperanza ó temor de guerra había cesado ya, pues los Raads se habían disuelto, y las últimas palabras del viejo presidente habían sido que la guerra era cierta, y había terminado con una austera invocación al Señor como árbitro final, mientras que la Gran Bretaña, tal vez de una manera menos ostentosa, pero no menos decidida, estaba dispuesta á referir aquella querrela al mismo temido Juez.

En 2 de Octubre el presidente Steyn informó á sir Alfred Milner que había creído necesario llamar á las armas á los burghers del Estado Libre de Orange; esto es, movilizar las fuerzas, y sir A. Milner le contestó que sentía tales preparativos, declarándole que aún no desesperaba de un arreglo pacífico, pues estaba seguro de que cualquier proposición razonable sería recibida con buenos ojos por el Gobierno de S. M.; á lo que contestó Steyn que era inútil proseguir las negociaciones á menos de que cesase de affuir á Sud-África la ola de refuerzos británicos; pero como nuestras fuerzas estaban aún en gran minoría, era imposible suspender los refuerzos, de modo que aquella correspondencia no condujo á nada. En 7 de Octubre se llamaron en la Gran Bretaña las reservas del primer cuerpo de ejército, y otros signos demostraron igualmente que se había determinado enviar á África una fuerza considerable: convocóse también el Parlamento á fin de obtener el consentimiento nacional para aquellas graves medidas que, á no dudar, estaban pendientes.

Se ha dicho que la causa del ultimátum de los boers y de tan

precipitada guerra fué el acto de llamar Inglaterra á sus reservas, y tal pretensión es absurda, puesto que es tomar el rábano por las hojas. Las columnas del Transvaal se habían movilizado en 27 de Septiembre, y las del Estado Libre de Orange en 2 de Octubre, el Estado se había ya apoderado del ferrocarril, y la salida de la gente de Johannesburg había comenzado ya, al paso que ya se había cometido un acto de guerra deteniendo un tren y confiscando el oro que por él se remitía. Y el acto de Inglaterra fué posterior á todo esto y no podía ser causa de esto. Pero ningún Gobierno podía ver tales hazañas y dilatar ni por un momento más la adopción de aquellas medidas que tan crítica situación reclamaba; y en hecho de verdad el ultimátum boer estaba ya preparado antes de la fecha del llamamiento de las reservas, y no se envió hasta más tarde únicamente porque los últimos detalles de la guerra no estaban completamente terminados.

El 9 de Octubre fué el día en que los, hasta cierto punto, lentos preparativos del Ministerio de las Colonias inglés fueron llevados á la seriedad por el inesperado y audaz ultimátum del Gobierno boer. En lides de agudeza así como de armas, debe confesarse que nuestros sencillos vecinos patriarcales de Sud-África nos han dado ciento y raya, y este último ejemplo no fué una excepción de la regla. El documento era muy enérgico y explícito; pero los términos en que estaba redactado eran tan imposibles de aceptar que se echaba de ver estaba, á no dudar, concebido con el deliberado propósito de llevar á una guerra inaudita: «Pedía que las tropas situadas en las fronteras de la República fuesen retiradas inmediatamente; que todos los refuerzos que durante el año anterior habían llegado á Sud-África la dejaran, y que los que se habían hecho ya á la mar se volviesen sin desembarcar. Á falta de satisfactoria respuesta dentro de las cuarenta y ocho horas, el Gobierno del Transvaal se vería, con sentimiento, obligado á considerar el acto del Gobierno de S. M. como una formal declaración de guerra, de cuyas consecuencias no sería el Transvaal responsable». Este audaz mensaje fué recibido en todo el Imperio con una irrisión mezclada de cólera, y al día siguiente se despachó la contestación por medio de sir Alfred Milner.

«Octubre 10.—El Gobierno de S. M. ha recibido con profundo sentimiento las perentorias demandas de la República Sudafricana contenidas en su telegrama de 9 de Octubre. Sirvase informar al Gobierno de la República Sudafricana, en contestación, que las condiciones exigidas por el Gobierno de la República Sudafricana son tales que el Gobierno de S. M. juzga imposible discutir las.»

CAPITULO IV

EXAMÍNANSE ALGUNOS PUNTOS

Tal es la descripción general del curso de las negociaciones y de los sucesos que condujeron á la guerra. Ahora, bajo distintos encabezamientos, examinaré, en tan corto espacio como me sea posible, las críticas á que el Gobierno británico se ha visto expuesto. Se han presentado varias teorías perjudiciales, así como diversos modos de obrar, cada uno de los cuales puede discutirse brevemente.

1.º *Que Mr. Chamberlain estaba directamente complicado en la incursión de Jameson, y que en venganza de aquel fracaso, ó bien por estar en manos de Mr. Rhodes, dió ocasión á la guerra.*—La teoría de que mister Chamberlain gozaba de la confianza de los incursores se ha examinado ya y se ha declarado inadmisibile. Que supiese que tal vez podría resultar una insurrección de la desesperación de los Uitlanders, está en lo probable, puesto que su deber era saber hasta donde pudiese, lo que pasaba, y no hay razón para que sus simpatías personales no estuviesen, como las de todo inglés, de parte de sus maltratados conciudadanos; pero que proyectase una invasión del Transvaal con un puñado de agentes de policía, eso es absurdo, porque si lo hizo, ¿por qué adoptó entonces las medidas más enérgicas para hacer abortar la invasión? ¿Y qué pudo hacer para que las cosas abortasen, que no hiciese? Y si tenía conciencia de que estaba en manos de Mr. Rhodes, ¿cómo se atrevió á oponerse con tal vigor al proyecto favorito de ese caballero? Precisamente los hechos y los telegramas en que los críticos se apoyan para probar la complicidad de Mr. Chamberlain, vistos con ojos imparciales, muestran de la manera más evidente su falta de complicidad. Así, cuando Rhodes ó Harris, en nombre de Rhodes, telegrafía: «Diga Chamberlain que si él me apoya saldré adelante con todo esto; pero que no debe enviar cablegrama como envió al comisario mayor»; y también: «A menos pueda usted conseguir que Chamberlain ordene comisario mayor ir en seguida Johannesbergh toda la situación está perdida», ¿no es evidente que no había inteligencia de ninguna clase y que los conspiradores trataban de obtener la ayuda del secre-

tario de las Colonias? También dan mucha importancia los críticos al hecho de que poco antes de la incursión, Mr. Chamberlain, en su capacidad oficial, había vendido á la «Chartered Company» el pedazo de territorio del cual había partido la incursión, y que había hecho un buen negocio sacando por él 200.000 libras esterlinas. Realmente, lo perverso del argumento no puede llegar más allá: porque si Mr. Chamberlain gozaba de la confianza de los incursores y favorecía su plan, lo seguro es que les hubiese impuesto condiciones fáciles y no onerosas por el terreno que ellos le pedían. Además, la suposición de que Chamberlain fuera un instrumento en manos de Mr. Rhodes en la declaración de la guerra, lleva á presuponer que Mr. Chamberlain podía imponer incondicionalmente su voluntad en un Gabinete que estaba compuesto de lord Salisbury, lord Lansdowne, Arturo Balfour, Hicks-Beach, y los demás ministros, y tal suposición es demasiado monstruosa para merecer la discusión.

2.º *Que es una guerra de los capitalistas, maquinada por promovedores de Compañías y por judíos.*—Después de la incursión de Jameson, una gran parte del público participó de esta opinión, y esto fué lo que en gran parte ató las manos al Gobierno y le impidió adoptar la enérgica línea de conducta que hubiera podido impedir la acumulación de aquellos considerables armamentos, que sólo podían dirigirse contra nosotros. Años costó disipar aquella idea; pero cuán por completo se haya disipado de entre la opinión pública, se demuestra claramente por la paciente fortaleza con que nuestro pueblo ha sobrellevado la larga y pesada lucha, en la que apenas hay familia en el país que no haya perdido un amigo ó un pariente. La complacencia del público inglés para con los capitalistas no va más allá de concederles sus estrictos derechos legales, pero de ningún modo se extiende hasta derramar como agua el dinero y la sangre para apoyarles. Tal suposición es absurda, y nadie podrá indicar qué razón haya para que un cuerpo de personas de elevadas miras y hombres de honor, como lo son los ingleses que componen el Gabinete, sacrificaran su país por unos cuantos financieros cosmopolitas, la mayor parte de los cuales son judíos alemanes. La contribución que se tendrá que imponer en su día á la industria minera del Transvaal para contribuir á pagar los gastos de la guerra probará por sí sola que los capitalistas no tienen gran voto en los Consejos de la nación. Ahora sabemos ya que los principales capitalistas de Johannesburg fueron los que más enérgicamente rechazaron toda agitación que pudiese llevar á la guerra; y esto es lo que parece más natural cuando se considera cuánto exponían los capitalistas y cuán-

to tenían que perder con la guerra. La agitación por la franquicia y otros derechos fué una agitación liberal de buena fe, iniciada por hombres pobres, por dependientes y mineros que pensaban vivir en el país, y no en Park Lane, y los capitalistas fueron los últimos que se juntaron á ella; y cuando digo capitalistas, quiero decir capitalistas que gozan de las simpatías de Inglaterra; porque, en verdad, hay mucho que decir en apoyo de la idea de que la guerra sea una guerra de capitalistas, en cuanto ha sido en gran parte causada por la actitud antibritánica de la Compañía sudafricana de los Países Bajos, el monopolio de la dinamita y otras sanguijuelas que ocupaban al país. Para ellos, un gobierno libre y honrado significaba la ruina, y hacían todo lo posible, incluso pagar fingidos agitadores ingleses, á fin de poner obstáculos á la causa de la reforma: á no dudar, su actitud, entró por mucho en hacer que los boers se mantuviesen inflexibles impidiendo así toda concesión.

3.º *Que la Gran Bretaña quería las minas de oro.*—No puede haber acusación que sea más popular ni más generalmente creída en el Continente y, sin embargo, ninguna es más ridícula cuando se la examina. Las minas de oro son compañías particulares, con acciones tenidas por accionistas particulares, alemanes y franceses, lo mismo que ingleses; y que la bandera inglesa ó la boer ondeasen en el país, no le quitaría una sola acción al accionista, ni la riqueza de la Gran Bretaña sería mayor por ningún concepto; lo que sí sucederá es que será la más pobre por los inmensos gastos de la guerra, y no es muy probable que más de una tercera parte de estos gastos puedan ser cubiertos por un impuesto sobre los beneficios de las minas de oro. Aparte de esta reducida contribución para pagar los gastos de la guerra, ¿cómo ha de ser la Gran Bretaña más rica porque su bandera ondee sobre el Rand? El Transvaal será, como todas las demás colonias inglesas, una colonia autónoma, con ministro de Hacienda propio, presupuesto propio, contribuciones propias, y hasta su propio poder, para fijar impuestos sobre las mercancías inglesas, y pagará 10.000 libras esterlinas á un gobernador inglés, que se verá obligado á gastar 15.000 libras esterlinas; y todo esto lo sabemos porque forma parte del sistema inglés, aunque no es familiar á aquellas naciones que consideran las colonias como fuentes de ingresos directos de la madre patria. Es, pues, aunque la crítica más general en el Continente, la más insostenible de todas. La segunda guerra del Transvaal fué la secuela lógica de la primera, y ésta se hizo antes de que se descubriese el oro en el país.

4.º *Que ha sido una monarquía contra una república.*—Indudable-

mente, este argumento ha tenido cierto peso para con esas repúblicas verdaderas, como los Estados Unidos, Francia y Suiza, en donde la gente que estaba ignorante de los hechos se dejó llevar por los nombres; puesto que en hecho de verdad, la Gran Bretaña y las colonias británicas son de las comunidades más democráticas del mundo: pues aunque parte por sentimiento, y parte por conveniencia política, conservan un jefe hereditario, la voluntad del pueblo en todas las cuestiones es decisiva, y cada hombre, con su voto, contribuye á labrar los destinos del Estado. El sufragio universal existe allí de un modo práctico, y los más altos cargos del Estado están al alcance de cualquier ciudadano que tenga la aptitud competente para ellos. Por otra parte, el Transvaal es una oligarquía, no una democracia, donde una mitad de los habitantes pretenden estar á un nivel completamente distinto del de la otra mitad, gobierno que representa la ascendencia de una raza sobre otra, ascendencia semejante á la que existía en Irlanda en el siglo XVIII: en teoría, pues, uno de los dos países es una república, y el otro una monarquía; pero en realidad, el imperio ha sido siempre el mantenedor de la libertad, mientras que la república lo ha sido de la tiranía, de la ascendencia de raza, de la corrupción, de la imposición de contribuciones sin la adecuada representación social á los contribuyentes, y, en fin, de todo cuanto hay más opuesto al amplio concepto de la libertad.

5.º *Que era una nación fuerte atacando á una débil.*—Este llamamiento al sentimiento y á los instintos de lucha de la raza humana, tiene que hacer siempre mucha fuerza, pero en este caso carece por completo de aplicación; porque la preparación para la guerra, el ultimátum, la invasión y hasta el primer derramamiento de sangre, todo ha venido de parte de la nación que, según los resultados, es la más débil; y la razón de que esta nación, que era la más pequeña, atacase tan audazmente, era que sabía muy bien que en aquel entonces era con mucho la potencia más fuerte de Sud-Africa, y que todos cuantos informes tenía la llevaban á creer que podría continuar siéndolo aun cuando la Gran Bretaña hiciese uso de toda su fuerza. Y, en verdad, parece que su creencia era justificada; pues los principales peritos militares del Continente, declararon que la cifra mayor que Inglaterra podría poner en campaña sería la de 100.000 hombres, contra los cuales sabían ellos que sin acudir á un levantamiento de su raza en el Cabo podían poner en pie de guerra de cincuenta á sesenta mil hombres, y su historia militar les había llevado, desgraciadamente, á creer que tal fuerza boer, ope-

rando bajo condiciones propias, con sus propios caballos y en su propio país, era superior con mucho á aquel número de soldados ingleses. Sabían, además, lo excelente que era su artillería y lo completos que habían sido sus preparativos, y para demostrar lo confiados que estaban en un buen resultado, pueden darse una docena de extractos, desde la carta de Blignant, manifestando el temor de que Chamberlain les impidiera el que llevasen á cabo la guerra, hasta el dicho jactancioso de Esselen, de que no se lavaría hasta que llegase al mar. Lo que si no previeron, y lo que les trastornó todos los planes, fué aquella oleada de indignación pública que corrió de un extremo á otro de Inglaterra, y que triplicó, como de ser necesario hubiera decuplicado también la fuerza del ejército, y permitió vencer la resistencia boer. Cuando se declaró la guerra, y aun por mucho tiempo después, los boers eran los fuertes y los ingleses los débiles, y toda simpatía basada en la idea contraria, fué una simpatía mal tenida; pero desde entonces acá la guerra ha tenido que seguir su curso, y los ingleses no podían hacer otra cosa que encaminarla á su fin.

6.º *Que los ingleses rehusaron el arbitraje.*—Esto se ha repetido hasta la saciedad, pero es una alegación que no resiste al examen. Hay ciertos asuntos que pueden resolverse por el arbitraje, é Inglaterra consentía de su espontánea voluntad en resolver esos asuntos de tal modo, ante un tribunal que se limitaría á la Gran Bretaña y á Sud-Africa; y tal tribunal, no era, por cierto, necesario que se compusiese de jueces que perteneciesen á la una ó á la otra parte, pues había muchos hombres cuya moderación y discreción reconocían ambas partes, como era Rose Innes entre los ingleses, y de Villiers entre aquellos que tenían simpatías por los africaners; pero aunque el Transvaal y el Gobierno inglés convenían en que tal tribunal era el competente, no convenían acerca de un punto, era que el Gobierno inglés deseaba exceptuar de aquel arbitraje ciertos puntos.

Este deseo de parte de la Gran Bretaña de excluir á los extraños del tribunal de arbitraje, era debido al hecho de que el admitirles equivalía á abandonar su causa antes de acudir al tribunal, pues el Transvaal sostenía que era un Estado soberano internacional, y esto precisamente era lo que la Gran Bretaña le negaba: si el Transvaal podía apelar al arbitraje, como un par ante los pares, en un tribunal de naciones, se constituía *ipso facto* en un Estado internacional, y, por lo tanto, la Gran Bretaña hizo muy bien en rehusar tal tribunal.

Pero ¿por qué no referir todos los asuntos á tal tribunal sudafricano, como se había aceptado al fin por ambas partes? La respuesta es que es una hipocresía monstruosa el llevar ciertos asuntos ante un tribunal de arbitraje, cuando se sabe de antemano que esos asuntos son, por su naturaleza, de aquellos que no se pueden resolver por ese tribunal; ó copiando las palabras de Milner: «Es, naturalmente, absurdo el suponer que la cuestión de si la República sudafricana trata ó no con justicia á los residentes ingleses de aquel país, y al Gobierno británico con la consideración debida á una potencia amiga, por no decir su soberana, es una cuestión posible de someterse á arbitraje; pues no puede haber arbitraje en amplias cuestiones de política, como no lo puede haber en cuestiones de honra nacional». Acerca de este punto de la limitación del arbitraje, los jefes del Transvaal parecían tan unánimes como los ingleses; de modo que es contrario á toda verdad echar la culpa de la restricción á una sola parte. Mr. Reitz, en su proyecto de arbitraje formulado en 9 de Junio, consigna la expresa cláusula de «que cada parte tendrá el derecho de reservar y excluir aquellos puntos que le parezcan demasiado importantes para someterse á arbitraje». Y á esto se adhirió el Gobierno británico, haciendo, además, la no pequeña concesión de que el natural del Estado Libre de Orange, no sería considerado como extranjero; en este estado se hallaba la cuestión cuando se envió el ultimatum. Hasta que se disparó el primer tiro, el Gobierno británico había continuado ofreciendo la única forma de arbitraje que era posible, á menos de abandonar el derecho que se estaba discutiendo, y el Transvaal fué quien, después de convenir en ese tribunal, recurrió de repente al arbitraje del Mauser y el Creusot.

7.º *Que la guerra se hizo para vengar á Majuba.*—No hay duda que nuestra derrota en aquella escaramuza había dejado en los corazones un gran resquemor que no era de calmar dada la actitud posterior de los boers y su pretensión (atestiguada por Bryce y otros observadores amigos) de que lo que habíamos hecho después de aquella acción, no fué debido á un magnánimo deseo de reparar un error sino á un miedo cerval; y ya desde el comienzo de la guerra hubo de parte de los soldados un gran deseo de vengar á Majuba, deseo que se les satisfizo por completo cuando, en el aniversario de aquel día, Cronje y sus 4.000 valientes compañeros se vieron obligados á enarbolar la bandera blanca; pero que este deseo de vengar á Majuba moviese la política del país, es cosa que no puede sostenerse considerando: qué habían pasado desde entonces diez y ocho años;

que durante aquel tiempo los boers habían faltado una y otra vez á los tratados, extendiendo sus fronteras, y que las cosas habían estado ya, en tres distintas ocasiones, en tal estado, que se hubiera podido ocasionar una guerra, y, sin embargo, se había podido conseguir mantener la paz. Se les hubiera podido hacer la guerra á los boers muchos años antes, cuando no habían convertido aún su país en un arsenal, y cuando hubiera sido imposible para ellos sostener una larga campaña, y el que eso no se hiciese, y que el Gobierno inglés se mantuviese paciente hasta recibir el ultrajante ultimátum, es una prueba de que Majuba, aunque viviese en nuestra memoria, estaba muy lejos de inspirar nuestra política.

8.º *¿Qué pruebas hay de que los boers hubieran abrigado nunca intenciones agresivas contra los ingleses?*—Sería no usar el propio término el llamar conspiración á las intenciones que por lo general abrigan los boers contra los ingleses; porque se mantenía abiertamente en la prensa, y se predicaba en el púlpito, y se sostenía en la plataforma que el holandés debía predominar en Sud-Africa, y que la porción de ella que existía bajo la bandera inglesa debía ser absorbida por la porción que estaba alrededor; y esta ambición estaba tan generalizada y arraigada, que era evidente que la Gran Bretaña, temprano ó tarde, debía, ó ceder á ella, ó mantener su posición por la fuerza de las armas. La Gran Bretaña estaba dispuesta á dar á los ciudadanos holandeses que tenía dentro de sus fronteras el voto, el poder de hacer sus propias leyes, completa libertad religiosa y política, y todo lo que sus conciudadanos ingleses pudieran tener, sin distinción de ninguna clase; pero cuando se llegó al caso de tener que arriar la bandera, llegó ciertamente la hora de hacer una firme resistencia.

Cómo sucedió todo esto, no puede expresarse más claramente que con las palabras de Paul Botha, quien, como he dicho ya, había sido, como Krüger, uno de los voortrekert (emigrantes), y era un boer entre los boers, con la excepción de que parece haber sido un hombre de miras más anchas y liberales que sus conciudadanos: era diputado por Kroonstad en el Raad del Estado Libre.

«Estoy íntimamente convencido, dice, que la influencia de Krüger ha cambiado por completo el carácter del Africaner Bond, organización que creo fundó Hofmeyr en el Cabo con el legítimo propósito de obtener ciertos privilegios políticos, pero que, bajo los secuaces de Krüger-Sauer, Merriman, Te Water y otros, sembró la intranquilidad en la Colonia del Cabo.

»El éxito de esta política antibritánica de Krüger creó un gran

número de imitadores, como Steyn, Fisher, Esselen, Smuts, y un gran número de jóvenes Africaners bien educados del Transvaal, el Estado Libre de Orange y la Colonia del Cabo, que, alucinados por el éxito de aquéllos, esperaban ambiciosamente, y por los mismos medios, elevarse al mismo pináculo.

»Bajo ellos, el krugerismo se convirtió en el reinado del terror, y si uno era antikrugerista se le estigmatizaba como «Engelschgezind», y como traidor á su patria é indigno de ser escuchado. Yo mismo he sufrido mucho de ese escarnio, especialmente bajo el régimen de Steyn; cuanto más hostil era uno á Inglaterra, tanto más se le tenía por patriota.

»Esta pandilla, que quiero que se sepa claramente, estaba separada por todo el Sud-Africa, el Transvaal, el Estado Libre de Orange, y la Colonia del Cabo, y se valía del Bond, de la prensa y del púlpito para llevar á cabo sus planes.

»Reitz, á quien siempre tuve por un honrado entusiasta, se metió á segundo patrocinador del Bond, y fué proclamando las doctrinas de esta pandilla: «Africa para los Africaners. Barrer á los ingleses y echarlos al mar». Con grito tan fascinador como éste, bien se comprenderá cuán fácil fué inflamar la imaginación del boer ignorante y falto de educación, y explotar su vanidad y sus preocupaciones. Aquel pernicioso trapo, no periódico, de Carl Borckenhagen, *Bloemfontein Express*, contribuyó enormemente á difundir esta doctrina en el Estado Libre de Orange, y yo, por mi parte, creo positivamente que Krüger daba una subvención al *Express*. No era un misterio para mí de donde aquel Borckenhagen, alemán de pura sangre, sacaba su ardiente patriotismo de ciudadano del Estado Libre de Orange.

»Lo mismo se hacía en el Transvaal por medio del *Wolksten*, escrito por un holandés y subvencionado por Krüger, y por el *Rand Post*, también escrito por un holandés y también subvencionado por Pablo Krüger; y en la Colonia del Cabo, por medio del *Patriot*, que se fundó por intrigantes y rebeldes á su propio Gobierno en el Paarl, que era un nido de falso africanismo; y aunque el *Ons Land* pueda considerarse como un periódico de buena fe, también nos hizo un daño incalculable acariciando ideas tan imposibles. Pena me causa el pensar que mi pobre pueblo, por falta de instrucción, hubo de tragar puro todo aquel veneno.

¿Es posible imaginar que Steyn, Fisher y los demás hombres instruidos del Estado Libre de Orange no supiesen que, el seguir la hostil política de Krüger de eliminar aquel preponderante poder

del Sud-Africa, significaba que aquella potencia, en justa defensa, se vería obligada, ó bien á combatir, ó bien á desaparecer ignominiosamente? Porque yo sostengo que sólo dos caminos le quedaban abiertos á Inglaterra en contestación á la agresiva política de Krüger, y eran, ó pelear, ó retirarse de Sud-Africa; y sólo para hombres que, como nuestros jefes de partido, sufrían tan atrozmente de neuralgia cerebral, era posible no ver lo que era evidente, ó dudar de sus resultados.

Hay que rendir un tributo de admiración á esta recta exposición de las fuerzas que se ponían en acción, y de las influencias que hacían contraposición á estas fuerzas. Pinta la situación de un modo claro y transparente, aunque ya lo era ella misma de suyo y dominaba la política del Cabo. Las ambiciones del Africanismo se discutían á la luz del día en la prensa, en el púlpito, en la plataforma, aunque los detalles acerca del modo como aquéllas habían de realizarse solamente se decían al oído en los dinteles de las casas holandesas.

Vamos á exponer ahora las opiniones de Reitz, que es, con la sola excepción de su jefe, quien más que nadie tiene sobre su conciencia la sangre que se ha derramado; están tomadas de las *Reminiscencias* de Mr. Teófilo Schreiner, hermano del ex presidente del Consejo de ministros del Cabo.

«Conocí á Mr. Reitz (entonces juez del Estado Libre de Orange) en Bloemfontein, hará de diez y siete á diez y ocho años, poco después de la retrocesión del Transvaal, y cuando se hallaba atareado con la formación del Africander Bond. Es evidente para todo el mundo que, á lo menos por aquella época, ni Inglaterra ni su Gobierno tenían la menor intención de quitarle la independencia al Transvaal, puesto que se la acababan de conceder de una manera tan magnánima; que no tenían intención de hacer la guerra á las Repúblicas, puesto que acababa de hacer la paz con ellas, y que no había la intención de apoderarse de las minas del Rand, supuesto que éstas no se habían descubierto aún. En aquella época, pues, fué cuando conocí á Mr. Reitz, quien hizo cuanto pudo para conseguir que me hiciese socio de su Afrikander Bond, aunque yo, después de estudiar su constitución y su programa rehusé hacerlo; acerca de lo cual pasó entre los dos el siguiente coloquio, que doy en substancia, pues se me quedó desde entonces indeleblemente grabado en la memoria:

«Reitz: Pero ¿por qué lo rehusa usted? ¿No es un buen fin el hacer que la gente tenga interés en las cuestiones políticas?»

—Yo: Sí, lo es; pero me parece que veo muy claro entre líneas en el reglamento que, en último término, se aspira á algo más allá.

—Reitz: ¿A qué?

—Yo: Veo bien claramente que en último término se aspira á derribar el poder inglés y á quitar de Sud-Africa la bandera inglesa.

—Reitz (con cierta sonrisa de satisfacción íntima, como la del hombre que ha visto adivinado su secreto pensamiento y propósito y que no está del todo disgustado de ello): Bueno, ¿y aunque lo fuese?

—Yo: ¿Pero usted no supondrá que esa bandera vaya á desaparecer de Sud-Africa sin una lucha y una pelea tremendas?

—Reitz (con el mismo orgullo y el mismo aire de satisfacción, y con una sonrisa medio apologética): Bueno, supongamos que no; pero aunque así fuese, ¿qué?

—Yo: ¿Que qué? Pues nada más que esto: que cuando esa lucha tenga lugar usted y yo estaremos cada uno en distinto lado, y lo que es más, que el Dios que se puso de parte del Transvaal en la última guerra, porque el Transvaal tenía de su parte el derecho, se pondrá esta vez de parte de Inglaterra, porque tiene que ver con horror todo complot y maquinación para derribar aquel poder y aquella posición en Sud-Africa que han sido ordenados por él.

—Reitz: Ya lo veremos.»

Así terminó la conversación, pero durante los diez y siete años que han pasado desde entonces, he visto que la propaganda para arrojar de Sud-Africa el poder inglés ha sido difundida incesantemente por la prensa, el púlpito, la plataforma, la escuela, el colegio, la legislatura, hasta haber llegado á la guerra actual, de la cual Mr. Reitz y sus colaboradores son el origen y la causa. Seme puede creer: el día en que M. F. W. Reitz se sentó para redactar el ultimátum á la Gran Bretaña, fué el momento de mayor satisfacción y el más feliz de su vida, momento que durante años y años había estado anhelando con la mayor ansiedad.»

Compárense estas manifestaciones de un político holandés del Cabo, y de otro político holandés del Estado Libre de Orange, con el siguiente pasaje de un discurso pronunciado por Krüger en Bloemfontein en el año 1887, mucho antes de la incursión de Jameson ó de la agitación por la franquicia:]

«Creo que es demasiado pronto para hablar de unos Estados Unidos de Sud-Africa bajo una sola bandera, porque ¿qué bandera

había de ser ésta? La reina de Inglaterra se opondría á que se arriase la suya, y nosotros, los burghers del Transvaal nos oponemos arriar la nuestra. ¿Qué hay que hacer, pues? Por ahora somos pequeños y de poca importancia, pero estamos creciendo y estamos preparando el camino para ocupar nuestro lugar entre las grandes naciones del mundo.

El sueño de nuestra vida, dice otro, es una unión de los Estados de Sud-Africa; y esto ha de venir de dentro, y no de fuera. Cuando eso se realice, Sud-Africa será grande.»

Siempre la misma teoría de cualquier parte en que se pensase en holandés, teoría que iba acompañada de muchas señales de que la idea se preparaba para la práctica. Digo y repito que todo historiador fiel é imparcial no puede desechar este movimiento como un mito.

Pero á todo esto se podría replicar: ¿y por qué no habían de hacerlo? ¿Por qué no podían tener sus propias miras respecto del porvenir de Sud-Africa? ¿Por qué no habían de tratar de tener una bandera común, y una lengua común? ¿Por qué no tratar de vencer á nuestros colonos, si podían, y hacerles ir á la mar? No veo por qué razón no habían de hacerlo: que lo intenten, si es que pueden, pero impidámoslo nosotros, si podemos. Pero no hablemos ya de agresión inglesa, ni de los designios de los capitalistas sobre las minas de oro, ni de las sinrazones del pueblo patriarcal, ni de los demás velos que han servido para encubrir el resultado. Que los que hablan de los designios ingleses sobre las dos Repúblicas, fijen su atención en la evidencia que hay de los designios de las dos Repúblicas sobre las colonias; que piensen en el sistema inglés todos los blancos son iguales; mientras que en el boer una raza ha perseguido á la otra, y que consideren en qué sistema de los dos existe la verdadera libertad, cuál de los dos defiende la libertad universal y cuál la reacción y el odio de raza; que pesen y respondan á todas estas preguntas antes de decidir de parte de quién deben estar las simpatías.

Mucho antes de la guerra, cuando el público inglés, y el Gobierno inglés también, tenían absoluta confianza de que la solución se hallaría en la paz, todo burgher había sido provisto de su fusil, sus municiones y sus instrucciones respecto á la parte que había de desempeñar en la guerra que ya consideraban como cierta, y parecía haber prevalecido entre los labradores aquella tremenda conspiración acerca de lo futuro, conspiración que se podía discutir verbalmente, pero que no se podía escribir, y la evidencia, bien singular de ello, llegó á mis propias manos de esta manera: Después de

una corta acción, en la que me hallé presente, entré en una granja boer abandonada que había formado parte de las posiciones del enemigo, y con la idea de llevarme un recuerdo que no fuese de gran valor, cogí unos papeles que parecían ser cuadernos de escritura para los niños; y lo eran, pero entre ellos había dos cartas, una de las cuales copio á continuación con toda su franqueza y sencillez. Su fecha es de cosa de unas catorce semanas antes de la declaración de la guerra, cuando los ingleses estaban ansiosos por la solución pacífica, y la esperaban.

«Paradys, 25 Junio, 1899.

Mi querido Enrique: Tomo la pluma para escribirte estos cortos renglones y decirte que todos estamos con buena salud, y esperamos saber lo mismo de todos vosotros. La carta del 18 ha llegado á mis manos, y te doy muchas gracias por hacerme saber que todos estáis con buena salud... Aquí los campos están muy secos, y los canales secos también. Querido Enrique, la guerra está ya con nosotros, y con vosotros ¿qué tal? Hay pocas noticias que escribir, pero muchas de qué hablar aparte, entre nosotros. Cierro esta carta porque comprendo que te cansarás de leerla. Con el mayor cariño para ti y toda tu familia, quedo tu afectísimo amigo,

Pieter Wiese.»

Aquí está, según mi parecer, la prueba de aquella conspiración y no de ambiciones (porque no había razón para que no se pudiesen discutir abiertamente), sino de armas, y de fechas en que usarlas, conspiración que se había estado tramando constantemente á cubierto de aquella nube de sospechosas negociaciones con que los Gobiernos boers habían ocultado su resolución de atacar á los ingleses. Era una pajita, no hay duda, pero el resultado ha demostrado cuán profunda y peligrosa era la corriente que indicaba. Y ahora va una carta de uno de los Snymans á su hermano, de fecha posterior, pero todavía un mes antes de la guerra.

Habla de Krüger:

«El viejo casi se volvió loco de rabia con eso, y decía que los burghers le querían atar las manos, y así, hermano, la cosa es pura y simplemente la guerra, y nada más. Decía que habíamos ido demasiado lejos, y que se nos había prometido auxilio de allende el mar, pero que debía de haber unanimidad de opinión entre nosotros, ó de lo contrario, no podríamos esperar ni obtener auxilio. Hermano, á este viejo, y á sus perros holandeses, les cuesta muy poco hablar de esto, pero ¿qué haremos si cuando uno habla contra ello se le tiene por un rebelde? Así, me callo.

En los umbrales de las puertas no se habla más que de guerra; pero en el Raad todo es paz y la Reina. Esta es la política de que hablan. Nada más tengo que decir, aunque tengo que decirte mucho. Hermano, el viejo Reitz dice que Chamberlain tendrá una gran sorpresa uno de estos días, y que los burghers deben dormir con un ojo abierto.

Aquí se dice que nuestros oficiales militares trabajan día y noche para enviarle á la vieja Victoria el ultimátum antes de que ella se prepare.

En los umbrales de las puertas todo es guerra, pero en el Raad todo es paz.»

No hay que admirar que todas las proposiciones inglesas fuesen rechazadas .

CAPITULO V

LAS NEGOCIACIONES DE PAZ

El objeto de este libro no es escribir la historia de la guerra, lo cual he hecho ya en otro, sino el tocar ciertos puntos acerca de los cuales se ha tratado de desviar la opinión en el Continente y en los Estados Unidos. Procuraré tratar cada uno de esos puntos por su orden; pero no á la manera del abogado que prepara un informe, sino con la recta intención de pintar la cosa tal cual es, aun en aquello en que me atrevo á diferir, ya del modo de obrar del Gobierno inglés, ya del de los generales en el campo. Trato en este capítulo de la cuestión de la paz, y examino hasta qué punto sean de censurar los ingleses por no haber llevado á feliz conclusión las negociaciones que por dos veces se han entablado.

El principio de la guerra vió á los boers agresivos y vencedores: se esparcieron por el territorio inglés, arrollando hasta posesiones atrincheradas á las pequeñas fuerzas que se les opusieron, y las tuvieron encerradas en Ladysmith, Kimberley y Mafeking, al propio tiempo que hacían retroceder hasta Colenso y Magersfontein las fuerzas que acudían en socorro de estas plazas. Durante este largo período de su predominio, desde Octubre de 1899 á Febrero de 1900, no se habló una palabra de paz; antes, por el contrario, una pulgada de territorio inglés que se ocupase era al instante anexionada, ya por el Transvaal, ya por el Estado Libre de Orange; esto está admitido y fuera de disputa. ¿Qué se ha hecho, pues, de aquella teoría de la guerra defensiva, y cómo pueden clamar contra la justicia de aquel acto por el cual alcanzaron el mismo fin las porciones de territorio boer cuando, á su vez, fueron ocupadas por los nuestros? Los boers no hicieron un uso moderado de sus victorias pasajeras. Á fines de Enero de 1900, el doctor Leyds, que por entonces había ido á Berlín, decía: «Creo que Inglaterra nos tendrá que devolver una buena parte del territorio que antes nos arrebató... Probablemente, los boers pedirán la cesión del pedazo de costa que se extiende entre Durban y la bahía de Delagoa, con los puestos de Lu-

cía y Kosi. El Estado Libre de Orange y el Transvaal se unirán y formarán un solo Estado, juntamente con las partes del Natal y los distritos septentrionales de la Colonia del Cabo».—(Corresponsal del *Daily News* en Berlín, Febrero 1, Marzo 16, 1900.)

Querían ir al mar, y nada que no fuese ir al mar les satisfacía; y la guerra se acabaría tan sólo cuando su bandera tremolase en la Ciudad del Cabo. Pero luego las cosas se les volvieron al revés: la resistencia de las guarniciones, la tenacidad de las fuerzas que acudieron en socorro y el genio militar de lord Roberts cambiaron por completo la situación, y los boers fueron batidos en retirada hasta la primera de sus capitales. Entonces fué cuando por primera vez nos hicieron proposiciones de paz, lo que nunca habían hablado mientras el éxito estaba de su parte. He aquí el telegrama del presidente Krüger:

«Los presidentes del Estado Libre de Orange y de la República sudafricana al marqués de Salisbury.

Bloemfontein, 5 Marzo, 1900.

La sangre y las lágrimas de los millares de personas que han sufrido por esta guerra, y la perspectiva de toda la ruina moral y económica de que se ve ahora amenazada Sud-África, hacen necesario, para ambos beligerantes, el preguntarse uno á otro, como lo harían en la presencia del Dios uno y trino, por qué pelean, y si los fines á que cada cual aspira justifican toda esta horrorosa miseria y devastación.

Con este objeto, y en vista de las aseveraciones de varios hombres de Estado ingleses, de que esta guerra se empezó y se está llevando á cabo con el deliberado propósito de minar la autoridad de S. M. en Sud-África y de establecer una Administración en toda Sud-África independiente del Gobierno de S. M., creemos de nuestro deber declarar solemnemente que esta guerra fué sólo emprendida como una medida defensiva para salvar la amenazada independencia de la República Sudafricana, y que se continúa únicamente con el fin de asegurar y proteger la incontestable independencia de ambas Repúblicas, como Estados soberanos internacionales, y de obtener la seguridad de que aquellos súbditos de S. M. que han tomado parte en nuestro favor en esta guerra no sufrirán menoscabo alguno en sus personas ni haciendas.

Con estas condiciones, y tan sólo con estas condiciones, estamos ahora, como lo hemos estado antes, prontos á ver restablecida la paz en Sud-África, y á poner fin á cuantos males hoy reinan en toda ella; al paso que, si el Gobierno de S. M. está resuelto á acabar

con la independencia de las Repúblicas, no nos queda, ni á nosotros ni á nuestro pueblo, otro recurso sino perseverar hasta el fin en la carrera que hemos emprendido, á despecho de la abrumadora superioridad del Imperio británico, confiados en que Dios, que encendió en nuestros corazones y en el de nuestros padres el inextinguible fuego del amor á la libertad, no nos abandonará, sino, antes bien, cumplirá su obra con nosotros y con nuestros descendientes.

Habíamos titubeado en hacer antes esta declaración á V. E., porque temíamos que mientras la ventaja estaba de nuestra parte, y mientras nuestras fuerzas ocupaban posiciones defensivas muy al interior de las colonias de S. M., tal declaración pudiera herir los sentimientos de honor del pueblo británico; pero ahora que el prestigio del Imperio británico puede considerarse como recobrado por la captura de una de nuestras fuerzas por las tropas de S. M., y que, en consecuencia, nos vemos obligados á evacuar otras posiciones que nuestras fuerzas habían ocupado, tal dificultad ha desaparecido, y no podemos titubear ni por un momento en informar al Gobierno de V. E. y á su pueblo, en presencia de todo el mundo civilizado, por qué razón combatimos, y bajo qué condiciones estamos prontos á restablecer la paz».

He aquí la respuesta de lord Salisbury:

«Ministerio de Estado, 11 Marzo, 1900

Tengo el honor de acusar recibo del telegrama de VV. EE. de 5 de Marzo, desde Bloemfontein, cuyo principal objeto es exigir del Gobierno de S. M. que reconozca la «incontestable independencia» de la República Sudafricana y del Estado Libre de Orange, «como Estados soberanos internacionales», y ofrecer, con esas condiciones, el poner fin á la guerra.

Á principios de Octubre próximo pasado había paz entre S. M. y las dos Repúblicas, según los tratados que entonces se hallaban vigentes, y se venía sosteniendo por espacio de algunos meses una discusión entre el Gobierno de S. M. y la República Sudafricana, la que tenía por objeto el obtener remedio á los muy serios agravios de que sufrían los súbditos ingleses residentes en la República Sudafricana. Durante el curso de esas negociaciones, la República Sudafricana había hecho, con conocimiento del Gobierno de S. M., considerables armamentos, y el Gobierno de S. M. había, en su consecuencia, tomado medidas para enviar los correspondientes refuerzos á las guarniciones inglesas de la Ciudad del Cabo y del Natal, y hasta aquel punto no había habido por parte de los ingleses la menor infracción de los derechos garantidos por los tratados. Pero

bruscamente, y sin dar más que dos días de aviso, la República Sudafricana declaró la guerra á S. M.; y el Estado Libre de Orange, con quien ni siquiera había habido discusión, dió el mismo paso; los dominios de S. M. fueron inmediatamente invadidos por las dos Repúblicas, se puso sitio á tres ciudades dentro de la frontera inglesa, corrióse una gran parte de las dos colonias con gran pérdida de haciendas y vidas, y las Repúblicas creyeron tener el derecho de tratar á los habitantes de dilatadas porciones de los dominios de S. M., como si aquellos dominios hubiesen sido anexionados á una ú otra de las dos Repúblicas. En la expectativa de estas operaciones, la República Sudafricana había estado acumulando durante años pertrechos militares en enorme escala, los cuales, dado su carácter, no podían hacerse sino para usarlos contra la Gran Bretaña.

VV. EE. hacen algunas observaciones de caracter negativo acerca del objeto con que se hacían estas preparaciones; no creo necesario discutir la cuestión que VV. EE. pretenden; sólo diré que el resultado de esos preparativos ha sido el obligar al Imperio británico á tener que hacer frente á una invasión que ha acarreado al Imperio una costosa guerra y la pérdida de millares de preciosas vidas; y esta gran calamidad ha sido el castigo que la Gran Bretaña ha sufrido por haber consentido, en años pasados, á la existencia de estas dos Repúblicas.

En vista del uso que las dos Repúblicas han hecho de la posición que se las dió, y de las calamidades que con su ataque, no provocado, han ocasionado en los dominios de S. M., el Gobierno de S. M. puede tan sólo responder al telegrama de VV. EE. diciendo que no está dispuesto á asentir á la independencia ni de la República Sudafricana ni del Estado Libre de Orange».

¿Hay algún hombre cuerdo, de cualquier nación que sea, que pueda decir que un hombre de Estado inglés podía haber adoptado otra actitud? Desde que se disparó el primer tiro, la lógica de los hechos demostró que, ó bien las Repúblicas debían dominar en África, ó bien tenían que dejar de existir. En pro del Estado Libre de Orange, creo que pudiera haber habido un argumento algo excusable, pero él mismo se había puesto fuera de la ley anexionándose la menor porción del territorio inglés que podía coger en sus manos; pero en cuanto al Transvaal, no había razón de ninguna clase. De haberse reconstituido este Estado, nos hubiéramos visto otra vez frente á frente con la cuestión de la franquicia, la cuestión Uitlander, la corrompida oligarquía, la conspiración antibritánica, y todo aquello que tanta sangre y dinero nos ha costado poner en

orden. La desesperada situación de la que el poder británico empe-
zaba á salir por aquel entonces estaba tan viva aún en nuestros co-
razones que no nos creímos con derecho á dejar por herencia á nues-
tros hijos la posibilidad, mejor dicho, la certidumbre de su repeti-
ción. Recuerden los que nos juzgan, que antes de ocurrir todo esto
lo habíamos hecho todo, y que ya una vez antes, en un período que
conservábamos aún en la memoria, habíamos hecho una paz, paz á
medias, puesto que dejó á esa gente el poder de hacernos daño. ¿Y
qué había resultado de todo eso? Disgustos sin fin, para acabar en
una gran guerra que ha puesto á prueba los recursos del Imperio.
¿Se nos podía pedir que volviéramos á hacer lo mismo? Ninguna
nación del mundo, ¿volvería á hacer eso otra vez? Desde el día en
que firmásemos la paz nos convenceríamos que al Norte de nos-
otros teníamos un implacable y formidable enemigo, que estaba
guardándonos sus resentimientos y preparando su fuerza para el
día en que pudiera asestarnos el golpe con ventaja, y nuestras co-
lonias hubieran estado siempre á la sombra de su amenaza. ¿Quién
puede, pues, censurarnos porque hayamos decidido que la cosa
deba hacerse ahora de modo tal que nunca tenga que volverse á
hacer otra vez, á lo menos en cuanto nosotros podamos evitarlo?

Tal fué el fin de las primeras negociaciones de paz. Reanudóse
la guerra, y con el tiempo se tomó la segunda capital de los boers,
y el presidente Krüger se retiró á Europa, dejando á Sud-África en
el cieno á que la había reducido. Entonces, á iniciativa del general
Botha, se entablaron por segunda vez negociaciones de paz, que
condujeron á la entrevista de 28 de Febrero de 1901 entre Kitchener
y Botha. Kitchener había hecho saber ya de antemano que, por
las razones arriba expresadas, la restauración de la independenciam
era imposible, y las negociaciones se seguían en aquella intelligen-
cia. He aquí la relación que el mismo lord Kitchener hace de la en-
trevista y de los puntos que se discutían:

(Telegrama) «Pretoria, 1.º Marzo, 1901 (2,2) t.».

28 de Febrero.—He tenido una larga entrevista con Botha,
que mostró muy buenas disposiciones y parecía deseoso de con-
cluir una paz. Me pidió informas acerca de una porción de puntos
que dijo deseaba someter á su Gobierno y á su pueblo, y que, si
convenían en ellos, iría á la colonia del Río Orange para hacer que
los aceptasen. Que todos entregarían las armas y se acabaría la
guerra. Me dijo que podían resistir aún por algún tiempo y que no
estaba seguro de poder conseguir la paz sin la independenciam. Hizo
cuanto pudo por conseguir cierta independenciam, de una clase ú

otra; pero rehusé discutir ese punto y le dije que cualquier forma modificada de independencia sería de lo más peligroso, y probablemente conduciría en lo sucesivo á una guerra. Se dejó entonces aquel asunto, y

1.º Acerca de la naturaleza del futuro Gobierno de las colonias.—Quería más detalles de los que se daban por el ministro de las Colonias, y le dije que, dejando á salvo mejor interpretación de parte del Gobierno, lo que yo comprendía era que, tan pronto como cesaran las hostilidades, la guardia militar sería réemplazada por la administración Real de la Corona, consistente en un Poder ejecutivo que se nombraría con un Consejo electivo que aconsejase en materias de administración, lo cual, al cabo de cierto tiempo, sería seguido de un Gobierno representativo; y aunque él hubiera deseado, desde luego, ese Gobierno representativo, pareció satisfecho con lo arriba expresado.

2.º Si el boer podría tener un fusil para defenderse del indigena.—Dije que creía que sí, mediante licencia y la debida inscripción.

3.º Preguntó si se permitiría la lengua holandesa.—Le dije que creía que el ingles y el holandés gozarían de los mismos derechos. Dijo que abrigaba la esperanza de que los empleados que debieran entenderse con los labradores hablarían el holandés.

4.º La cuestión Kaffir.—Esta giró, desde luego, sobre la franquicia de los kaffires, y pareció hallarse una solución en que no se les concediese la franquicia á los kaffires hasta que se hubiese otorgado á las colonias el Gobierno representativo. Se consideraba que las leyes del Estado Libre de Orange eran buenas para los kaffires.

5.º Que no se tocaría á la propiedad de la iglesia holandesa.

6.º Que las Cajas de depósitos («Public trusts») y los fondos de los huérfanos se dejarían intactos. Me preguntó si el Gobierno inglés, al hacerse cargo del activo de las Repúblicas, se haría también cargo de las deudas legales. De esto hizo casi una cuestión capital, y quería que aquí se comprendiesen también las deudas legalmente contraídas desde que empezó la guerra. Se refería á pagarés emitidos por valor de menos de un millón.

7.º Preguntó si se impondría á los labradores algún impuesto de guerra.—Le dije que creía que no.

8.º Que cuándo volverían los prisioneros de guerra.

9.º Hizo indicaciones acerca de que se concediese asistencia pecuniaria para reparación de las casas de labor quemadas, y habilitar á los labradores á que volviesen á trabajar de nuevo.—Dije que creía que se les concedería algún auxilio.

10. Amnistía general después de la guerra.—Hablamos de los coloniales que habían hecho causa común con las Repúblicas, y no parecía opuesto á que á éstos se les privase de la franquicia.

Quedamos en que le escribiría y le haría saber la contestación del Gobierno acerca de estos puntos. Todo lo que durante la conferencia dije, quedó entendido que estaba sujeto á confirmación por parte de mi Gobierno. Tiene gran interés en obtener pronto una respuesta».

Siguióse una correspondencia entre lord Kitchener, sir Alfred Milner y Mr. Chamberlain acerca de las condiciones definitivas que se podrían ofrecer á Botha, y terminaron con la siguiente oferta, que se le sometió en 7 de Marzo, á cambio de la rendición militar completa:

1) Que habría completa amnistía para todos los burghers de las Repúblicas por todos aquellos actos de guerra que se hubieren cometido de buena fe. En el caso de los rebeldes de las colonias, si volvían á ellas se harían informaciones acerca de su conducta.

2) Que todos los prisioneros serían enviados á su país inmediatamente.

3) Que tan pronto como fuera posible se concedería á las colonias un Gobierno dependiente de la Corona, que á su tiempo se convertiría en un Gobierno representativo, como en todas las demás posesiones inglesas. Que los Tribunales de justicia no dependerían del Gobierno.

4) Que la lengua inglesa y la holandesa se pondrían bajo el mismo pie.

5) Que el Gobierno daría auxilios con el fin de volver los labradores á sus granjas, repararles los edificios; que se comprometía á no imponerles ninguna contribución especial, y que, como un acto de gracia, pagaría un millón de libras esterlinas para enjugar las deudas incurridas por los Gobiernos de las Repúblicas para con su pueblo durante la guerra.

6) Que se les permitiría á los burghers el uso de armas de caza.

7) Que los kafires gozarían de la protección de la ley; pero no tendrían el voto.

En conclusión, dice lord Kitchener, debo informar á V. E. que si estas condiciones no se aceptan después de un período de tiempo razonable para examinarlas, se considerarán como canceladas».

Pero el prudente y caballeroso Botha se vió dominado por los hombres que le rodeaban, muchos de los cuales tenían poco que perder con la continuación de la lucha. Era evidente que él no consideraba la independencia como una cuestión vital, desde el mo-

mento en que había discutido condiciones que se basaban en la pérdida de la independencia; pero se pusieron en juego otras influencias, y he aquí su respuesta, que ha costado la vida á tanta gente de una y otra parte:

«Tengo el honor de acusar recibo de la carta de V. E. manifestando las medidas que el Gobierno de V. E. está dispuesto á tomar en caso de una cesación completa de las hostilidades. He dado noticia á mi Gobierno de la carta de V. E.; pero después de un mutuo cambio de opiniones en nuestra conferencia de Middelburg en 27 de Febrero próximo pasado, no sorprenderá ciertamente á V. E. que no me halle dispuesto á recomendar á mi Gobierno que preste seria consideración á las condiciones de dicha carta. Debo también añadir que mi Gobierno y mis principales oficiales participan por completo de mi opinión».

Se observará que en esta respuesta Botha funda su negativa en sus propias oposiciones, expresadas en la primera entrevista con Kit-chener; y de su propia autoridad sabemos que no obraba movido por los cambios que Chamberlain pudiera haber hecho en las condiciones, acusación favorita de los enemigos de este hombre público.

Es imposible decir cómo, á menos de darles la independencia, hubiera podido Inglaterra mejorar estas condiciones; y ya se ha demostrado que el ofrecerles la independencia hubiera significado tener que volver otra vez á la guerra. Se ha dado á entender que la Gran Bretaña hubiera podido fijar una fecha definitiva para el funcionamiento de las instituciones representativas; pero tal promesa hubiera sido poco genuina, porque eso dependía, á todas luces, no de una fecha, sino del estado del país. El ofrecimiento de préstamos á los labradores para el acopio y la reedificación de las casas de labor era, en verdad, generoso para con unos enemigos vencidos, y ahora se ve bien claro que en algunos puntos nuestra generosidad fué demasiado lejos, y que, de ser aceptadas estas condiciones, los intereses del Imperio hubieran sufrido. Haberles dado más hubiera sido, no ofrecerles la paz, sino suplicársela.

Cualesquiera que hayan de ser en su día las condiciones de la paz, es de esperar, pero muy de esperar, que no regresen, como una cuestión de derecho, esos 40.000 hombres, hoy prisioneros, sin que se obtenga antes una garantía de su conducta para lo sucesivo. Y es de esperar también que la tosca lengua del taal, que carece de literatura y que es tan ininteligible para el holandés como lo es para el inglés, dejará de ser reconocida oficialmente. Estas dos limitaciones podrán tal vez pagar, con el tiempo, muchos meses

de ansiedad, que la innecesaria continuación de la guerra está causando, supuesto que, ante la negativa de Botha, el Gobierno inglés retiró esas dos concesiones, y la manecilla se ha movido ya hacia el lado del destino para no volver; nunca atrás.

Refiriéndose á las condiciones de paz de lord Kitchener, De Wet había dicho:

«¿De qué sirve el examinar todos estos puntos si precisamente por lo que combatimos es por nuestra independencia y por nuestra existencia nacional?». Pero es evidente que Botha no consideraba ésta como un obstáculo absoluto para la reanudación de las negociaciones, por cuanto dos meses después, en 10 de Mayo, escribía á lord Kitchener, la carta siguiente:

«Campo del comandante en jefe, 10 Mayo, 1901.

Excmo. Sr.:—Conforme le he asegurado ya á V. E., tengo vehementes deseos de terminar esta guerra y sus tristes consecuencias; pero como para acceder á los deseos del «Grondwet» de esta República y por otras razones, es necesario que antes de adoptar una resolución en ese sentido se pongan en conocimiento de S. E. el presidente del Estado, Krüger, hoy en Europa, la situación de nuestro país y de nuestra causa, deseo en su consecuencia enviarle dos personas á fin de hacerle sabedor por entero de la situación.

Y como en esta cuestión la diligencia es de suma importancia para ambas partes contendientes, y el envío de esas personas sin la ayuda de V. E. llevaría tiempo considerable, agradecería á V. E. me dijese si estaba dispuesto á prestarme su ayuda para la ejecución de este propósito, permitiendo que tal ó tales personas fueran y volvieran sin ser molestadas; si fuera necesario, por los medios de comunicación que dependan de V. E.—Tengo el honor, etc.».

A lo cual, lord Kitchener contestó:

«Luis Botha, comandante en jefe:

Cuartel general de Sud-África, Pretoria, 16 de Mayo, 1901.

Excmo. Sr.:—Tengo el honor de acusar recibo de la carta de V. E. de 10 de los corrientes, y en contestación manifestarle que para la cesación de las hostilidades sólo puedo tratar con V. E. y con sus oficiales superiores en el campo, y que no reconozco el carácter oficial de ninguna otra persona en las que fueron Repúblicas del Río Orange y del Transvaal.

Con todo, si al objeto de poner fin á las hostilidades desea V. E. consultar con cualquier persona de Europa, haré llegar á sus manos cualquier telegrama que tocante á ese asunto desee V. E., y le co-

municaré la respuesta. Pero si V. E. insistiese en enviar mensajeros, y me informase de sus nombres y calidad, referiría este asunto al Gobierno de S. M., para que él decida.—Tengo el honor, etc.—El general Kitchener, comandante en jefe de las tropas inglesas en Sud-Africa.

En aquella época (la segunda semana de Mayo) la causa boer iba de capa caída, puesto que en esa misma fecha vemos á Botha reanudando las negociaciones que él había dicho quedar terminantemente rotas, y á Reitz (aquel hombre que solía considerar todo aquel asunto como una gran broma) le vemos escribir una carta desconsoladora á Steyn, diciéndole que todo estaba ya descubierto y que había llegado la hora de adoptar la última resolución. Recibióse la respuesta de Krüger, que animaba á los boers á continuar su imposible y fatal resistencia, puesto que decía que aún había grandes esperanzas de que el resultado de la guerra les fuese favorable, y que había adoptado las medidas necesarias en favor de los prisioneros boers y de las mujeres refugiadas; esas medidas, que por cierto eran muy eficaces, habían sido dejarlas á merced de la generosidad de aquel Gobierno, á quien tan amigo era él de vilipendiar. Hay indicios de que por entonces debía haber ocurrido algo que les daba nuevas esperanzas y también nuevo auxilio material. Y á primera vista parece que por aquel tiempo debían haber recibido grandes suministros de fusiles, municiones, y que tal vez les debían de haber llegado de alguna parte reclutas, ya del Damalaland alemán, ya de la costa portuguesa. De todos modos, se han gastado tantas municiones desde entonces que, ó bien Reitz debió estar soñando, ó bien les debieron llegar grandes cantidades de ellas á los boers por algún conducto desconocido.

Este era el caso que había de hacerse de las tentativas oficiales de paz.

Se han dado éstas algo detalladamente con el fin de probar cuán falso es que el Gobierno inglés haya insistido en una rendición incondicional, pues lejos de ser así, las condiciones ofrecidas por el Gobierno inglés han sido tan generosas que han causado en el país la mayor desconfianza y levantado las más severas críticas, pues parecía que se quería entregar por medio de la pluma todo lo que se había ganado por medio de la espada. Nada se le ha rehusado al enemigo sino la independencia, y ésta no puede concedérseles nunca, aunque la guerra tenga que durar hasta que el último boer haya sido deportado de Africa.

En cuanto á las tentativas no oficiales de los boers con respecto á la paz, no hay necesidad de referirlas sino someramente. Un nú-

mero considerable de boers, entre ellos muchos hombres de influencia y de inteligencia, estando dispuestos á aceptar la bandera inglesa y á establecerse en paz. Los que se hallaban á la cabeza de este partido eran: el bravo Piet De Wet, hermano de Cristián De Wet, Paul Botha, de Croonstad, Fraser, de Bloemfontein y otros. Piet De Wet, que había combatido contra nosotros tan furiosamente, como hombre alguno pudiera hacerlo, escribió á su hermano: «Cuál de las dos cosas es mejor, ¿que las Repúblicas continúen la lucha y corran el riesgo de una ruina total como nación, ó que se se metan? ¿Podemos imaginar siquiera que vamos á hacernos cargo del país, aunque nos lo ofrecieran, con millares de personas que tendrían que ser ayudadas por un Gobierno que no tiene un céntimo? Deja aparte todo apasionamiento y haz uso por un momento del sentido común, y entonces convendrá conmigo que lo mejor para el pueblo y para el país es ceder, ser leal al nuevo Gobierno, y tener un Gobierno responsable». Tales eran los sentimientos de muchos de los mejores burghers que trataban de persuadir á sus compañeros. Así en el Transvaal como en el Estado Libre de Orange se formaron Comités de paz entre los burghers, que enviaron comisionados á exponer el estado de cosas ante sus hermanos en armas en el campo. Los resultados fueron trágicos: dos de los enviados, Morgendaal y De Koch, fueron fusilados á sangre fría, el primero después de haber sido apaleado; algunos otros fueron apaleados, y todos maltratados.

Semejante severidad no detuvo el movimiento, antes bien le dió más ardiente carácter, pues los burghers que estaban en favor de la paz, al ver que era inútil discutir con sus conciudadanos, y comprendiendo que su país se estaba arruinando sin remedio por tan insensata resistencia, adoptaron el partido extremo de tomar las armas contra ellos. Existen hoy en día tres fuertes columnas de burghers que pelean al lado de los ingleses y están mandados por tres generales boers, Marais, Celliers y el joven Cronje, todos los cuales se habían hecho un nombre peleando contra nosotros. Y este hecho entra por mucho para desacreditar esas historias de brutalidad inglesa de que me ocuparé más adelante, y que son creídas en Inglaterra por políticos fanáticos, y en el extranjero por inocentes. Pero la respuesta que muchos de los boers que están sobre el terreno dan á esas historias es alistarse bajo la bandera inglesa y pelear á su lado. Ellos están en las mejores circunstancias de saber la verdad; y ¿de qué mejor manera pueden demostrar lo que ellos creen ser la verdad?

CAPITULO VI

LA QUEMA DE LAS CASAS DE LABOR

En la correspondencia oficial entre los jefes ingleses y boers que se publica en Sud-Africa, se puede encontrar muy claramente cómo este asunto llegó á adquirir las proporciones que han horrorizado á la opinión pública. Debe reconocerse, empero, que los hechos no han justificado ese horror, y que, dejando aparte toda cuestión de moral hubiera sido una cosa de resultados contraproducentes, pues la familia á quien se le ha quemado una casa de labor sería con toda probabilidad la última en establecerse en el país, y nosotros esperamos que en su día se establezcan los boers en el país como súbditos ingleses. Por otra parte, cuando una nación adopta la táctica de la guerra de guerrilla, busca para todo su país todos aquellos sufrimientos que semejante táctica lleva siempre consigo, y que han sido los mismos en todas las guerras y en todos los tiempos. El ejército que se ve picado por guerrillas se revuelve furiosamente y algunas veces sin consideración. Un ejército que se ve continuamente fusilado y acosado, se encoleriza, y su general se cree obligado á tomar aquellas severas medidas que él estima oportunas y la experiencia sugieren; y que esas medidas no han sido llevadas al extremo por las autoridades inglesas, se prueba por el hecho de que las partidas que han sido cogidas se han tratado como simples prisioneros de guerra, al revés de lo que les sucedió á los francos tiradores en 1870. La cuestión general de las guerrillas se podrá discutir más tarde, pero por ahora limitaremos toda nuestra atención á la quema de las casas de labor.

La primera protesta de parte de los boers lleva la fecha de 3 de Febrero de 1900, y en ella los dos presidentes acusan á las tropas inglesas de haber quemado y volado por medio de la dinamita las casas de labor, y devastado las granjas. El documento contiene también la acusación de haber empleado indígenas armados contra los boers.

Lord Roberts constestó en 5 de Febrero diciendo que se habían dado á las tropas inglesas las órdenes más severas para que respetasen la propiedad particular; «toda destrucción innecesaria ó daño al pacífico ciudadano, es contraria á la práctica y á la tradición in-

glesas, y de ser necesario, será severamente castigada por mí». Añadía que era una aserción falsa la de que los oficiales ingleses hubiesen alentado á los indígenas á cometer depredaciones. Esta acusación, que ha servido de asunto á muchos catones del Continente, es tan absurda como la mayor parte de las demás obras de los mismos artistas; pues un Estado que rehusa el auxilio de su propio y bien disciplinado ejército de la India, compuesto de 150.000 hombres, no había de valerse del de los salvajes. Lord Roberts negó la aserción con todo el calor que se merecía, y no se ha vuelto á repetir en el curso de los despachos.

En este documento lord Roberts no se contentaba con negar la aserción boer, sino que llevaba esta acusación al campo enemigo:

«Siento tener que decir que las fuerzas republicanas son las que en algunos casos se han hecho responsables de hacer la guerra de un modo que no está de acuerdo con el proceder de un pueblo civilizado; y me refiero especialmente á la expulsión de los leales subditos de S. M. de sus casas, en los distritos que han sido invadidos en esta Colonia, simplemente porque se negaban á alistarse bajo los invasores. Es bárbaro querer obligar á los hombres á tomar partido en contra de su soberano por medio de amenazas, de privarles de su propiedad y de expulsarlos: hombres, mujeres y niños han tenido que dejar sus casas en virtud de semejante imposición, y muchos de aquellos que estaban antes en muy buena posición, se ven ahora mantenidos por caridad».

Y añade: «Tengo que llamar la atención de VV. EE., á la inútil destrucción de la propiedad por las fuerzas boers en el Natal, pues no sólo se apropian libremente el ganado y demás propiedad de los labradores, sino que destruyen completamente cuanto existe en muchas casas; y, como ejemplo, citaré la casa de labor de Mr. Teodoro Wood, llamada «Longwood», cerca de Springfield. Y pongo de manifiesto cuán diferente es la conducta de las tropas inglesas: se me informa de Modder River que casas de labor que se encuentran dentro del área del campamento inglés ni siquiera han sido pisadas por las tropas, y que las casas, jardines, cosechas están completamente intactas».

En 26 de Marzo el bando de lord Roberts se expresó de una manera clara y terminante acerca de la propiedad particular; diciendo: «El siguiente bando publicado por mí en nombre del Gobierno de Su Majestad en 26 de Marzo, empieza: «Se hace saber que todos aquellos que dentro del territorio de la República Sudafricana ó del Estado Libre de Orange, autoricen ó sean culpables de innecesaria

destrucción ó daño, ó de haber aconsejado, ayudado ó asistido en la innecesaria destrucción de propiedad pública ó particular, destrucción ó daño que no estén justificados por los usos de la guerra civilizada, serán responsables con sus personas y propiedades de tal innecesaria destrucción y daño».

Lo siguiente ocurrió durante el período del asalto de Bloemfontein, y puedo recordar muy bien que entonces y por mucho tiempo después las consideraciones que se guardaban en este asunto nos parecían, á los que estábamos sobre el terreno, exageradas y absurdas. Recuerdo que cuando pedíamos permiso para utilizar las casas de campo abandonadas á fin de poner en ellas á los soldados enfermos (pues las hospitales estaban llenos), se nos contestaba que sólo podríamos hacerlo mediante un arreglo particular con sus dueños que entonces se hallaban de columna en el campo enemigo; y recuerdo también que habiendo yo propuesto que la cerca de hierro corrugado del campo de cricket se emplease en construir chozas, se me constató que era imposible, pues era de propiedad particular.

El mismo severo respeto á la propiedad personal se observó durante el avance de lord Roberts. El país que atravesó estaba cubierto de rebaños y de ganados; pero con el mismo escrupuloso miramiento que Wellington tuvo en el Sud de Francia; ningún soldado, por hambriento que estuviese, se permitió coger ni tanto como una gallina. El castigo que se daba por robar era pronto y severo. Es cierto que en algunas ocasiones se quemaron casas de labor y que el ganado se confiscó; pero esto era un castigo por una determinada ofensa y no parte de un sistema. El pobre Juan soldado miraba con tentación los lucidos gansos que cubrían las acequias que bordeaban de las carreteras; pero por nada del mundo se hubiera atrevido á poner la mano en sus blancos cuellos. Con agua sucia y carne en conserva peregrinaba á través de un país de abundancia.

El ejemplo más sorprendente de la disciplina inglesa, y de sufrimiento, nos lo da este período cuando la guerra podía aún llamarse regular por parte de los boers, en la división de Rundle, llamada «la hambrienta octava» por el ejército; esta división tuvo durante varios meses la desgracia de hallarse acantonada á cierta distancia de la línea del ferrocarril, y en su consecuencia tuvo gran dificultad en obtener provisiones; estuvieron á media ración por mucho tiempo y la gente llegó á debilitarse tanto, que su fuerza militar se vió muy reducida; y, sin embargo, vivían en un país de abundancia, país de grandes casas de labor, bien provisto de toda clase de alimentos. ¿Por qué no era posible obtener ese alimento para los soldados? no lo sé; pero lo

que si sé es que el precio del pan, de los huevos, de la leche y de cosas así se mantenía muy alto por las mujeres de los labradores que estaban de columna, y que los hambrientos soldados no podían en absoluto comprar aquel alimento que les era esencial y que tampoco se les permitía coger.

En 19 de Mayo, cuando la fuerza de lord Roberts, avanzaba contra Pretoria, De Wet envió un despacho quejándose de la destrucción de dos casas de labor, Paarde Kraal y Lieuw Kop. Lord Roberts replicó que aquellas dos casas de labor habían sido destruidas porque mientras ondeaba en ellas la bandera blanca se hizo fuego desde allí á las tropas: «He hecho destruir dos casas de labor cerca de Kroonstad por igual razón, y continuaré castigando todos esos casos de traición con la destrucción de las granjas en donde ocurran», declaración de una regla de conducta, que es cosa bien distinta de la destrucción innecesaria de la propiedad; y es muy difícil de decir qué otra clase de medidas pueda tomar otro general que quiera ser justo para con sus soldados. Estas casas de labor y todas las que se incluían en su categoría, fueron justa y debidamente destruidas, y las familias que en ellas había trasladadas á lugar seguro.

Las nuevas quejas del jefe boer fueron ya de un carácter más concreto.

«Llegan á mis oídos repetidas quejas — escribe — de que se saquean casas particulares, y en ciertos casos se destruyen por completo, y que se arrebatan todas las provisiones á las mujeres y á los niños, de modo que se ven obligados á andar errantes, sin alimento ni ropas; y para citar varios ejemplos, acaba de llegar á mi noticia, en forma de declaración jurada, que la casa del field cornet S. Buys, en la granja «Leeuwspruit», distrito de Hindelburg, fué incendiada y destruida el 10 de Junio próximo pasado, y que á la mujer de aquél, que se hallaba en la casa, se le dieron cinco minutos para llevarse las ropas de cama y demás ropas, y que aun lo que consigo se llevó le quitaron. Que se le quitó el alimento, el azúcar, etc., de modo que no tuvo ni alimento ni abrigo para sí ni para sus hijos la noche siguiente. Que le pidieron la llave de la caja, y que después de haberla dado fué amenazada con una espada y se la pidió dinero; que se llevaron todo el dinero que había en la casa; que destruyeron todos cuantos papeles había en la caja, y que todo cuanto había en la casa y no pudo ser sacado de ella, se destruyó igualmente. Que la casa del hijo del field cornet Buys había sido también destruída, y las puertas y ventanas rotas, etc.

»También se me ha dado parte de que mis propias casas en la

granja «Varkenspruit», distrito de Standerton, así como también la casa del field cornet Badenhorst, en la granja contigua, han sido completamente destruidas, y que todo el ganado que no se llevó de allí fué muerto á tiros en la granja.

»Además hay la declaración jurada de la Sra. de Hendrik Badenhorst, que habla por sí misma.

»No puedo creer que estas impías barbaridades se cometan con el consentimiento de V. E., y, por lo tanto, juzgo un sagrado deber el protestar de la manera más enérgica contra tal destrucción y venganza, como enteramente contrarias á las leyes de la guerra».

La mayor parte de los ultrajes que se alegaban, habían ocurrido en la parte del Transvaal donde estaba el general Buller, de modo que se le dió conocimiento del asunto. Reconoció que había ordenado la destrucción de seis casas de labor:

«Las circunstancias que me obligaron á dar tal orden fueron las siguientes: Al entrar en el Transvaal hice que el adjunto bando (A) se distribuyese profusamente á lo largo de mi ruta. Fuimos de Volksrust á Standerton, en realidad sin hallar oposición; poco después de nuestra llegada á Standerton, se nos cortó el telégrafo varias noches consecutivas, y se hicieron tentativas de destruir la línea militar por medio de cartuchos de dinamita que llevaban fijos unos detonantes; todos estos atentados se cometían en las haciendas arriba citadas ó en los alrededores de ellas. Se puso vigilancia, y se descubrió que los atentados no se cometían por ninguna fuerza armada del enemigo, sino por unos pocos «bandidos» á quienes durante la noche se albergaba en las casas que luego destruí, y que desde entonces, siempre que podían, trataban de asesinar á nuestras patrullas y salían por la noche á destruir la línea. Se supo además, que estos hombres venían y se volvían generalmente por Varkenspruit. Hice que en cada casa se dejasen á las personas de ellas copias del bando (A), y que se previniese á los moradores que tales depredaciones no se consentirían, y que si gente que vivía bajo nuestra protección permitía á tal clase de hombres refugiarse en sus casas sin informarnos de ello, tendrían que sufrir las consecuencias, y que sus casas serían destruidas. Esta advertencia hizo su efecto por un día ó dos; pero en 1.º y en 2 de Julio se reprodujeron los daños, y en 7 de Julio, habiendo yo adquirido prueba plena de que las casas se usaban de una manera regular como albergue para hombres que nos eran hostiles y que no estaban al mando inmediato de nadie, es decir, hombres que en realidad no eran más que bandidos, hice destruir las casas.

»Las mujeres y niños que ocupaban dichas granjas fueron llevadas á otra parte con la menor incomodidad que nos fué posible».

Y en este caso tampoco es posible dudar que los jefes ingleses estaban en su derecho; porque si bien el art. 23 de la Convención de La Haya declara ilegal la destrucción de la propiedad del enemigo, también añade: «A menos de que tal destrucción sea imperiosamente demandada por las necesidades de la guerra», y nada hay de más imperativo en la guerra que el conservar las comunicaciones de un ejército. Otra cláusula anterior del mismo artículo declara ilegal «herir ó matar á traición á individuos pertenecientes al ejército hostil», y es incontestable que el ponerse á cubierto de una granja en donde ondea la bandera de paz, con el fin de llevar á cabo ataques, es «herir ó matar á traición»; de modo que con doble motivo el acto de los ingleses es legal y hasta inevitable. El despacho de lord Roberts á De Wet, fechado en 3 de Agosto de 1900, explica á la vez cuáles fueron sus intenciones y cuáles sus razones para ello:

«Ultimamente se ha hecho fuego á muchos de mis soldados desde casas de labor en donde ondeaba la bandera blanca, se han cortado las líneas telegráficas y se ha hecho descarrilar los trenes, y por lo tanto, he creído necesario, después de habérselo advertido á V. E., tomar aquellas medidas que están sancionadas por los usos de la guerra, al objeto de poner fin á estos y semejantes actos; y he quemado las casas de labor en donde, ó cerca de donde se habían perpetrado esos actos, y lo continuaré haciendo siempre y cuando la ocasión lo exija.

El remedio de esto está en manos de V. E.; y como la destrucción de la propiedad es una de las cosas que más me desagradan, tendré una inmensa satisfacción el día aquel en que la cooperación de V. E. en este asunto la haga de todo punto innecesaria».

Esto promueve otra cuestión, la de la legalidad de quemar las casas de labor en las cercanías del lugar en donde se haya cortado el ferrocarril; y la cuestión se presentó imperiosamente en mi imaginación cuando con mis propios ojos vi alzarse aquellos largos penachos de humo de seis granjas, entre ellas dos de De Wet, en las cercanías de Roodeval. No cabe la menor duda de que en la guerra de 1870, tipo clásico de las guerras modernas, los pueblos y la población próximos al lugar en que se había cortado el ferrocarril, fueron severamente castigados; pero la Convención de La Haya no estaba firmada aún. Por una parte podrá alegarse que sin tales medidas disciplinarias es imposible conservar una línea de 1.000 millas que corre á través de un país hostil ó amigo á medias, y también

que «lo piden imperativamente las necesidades de la guerra»; mientras que por otra, existe el art. 50 de la Convención de La Haya, que dice: «No podrá imponerse á la población ningún castigo general por razón de actos individuales de los cuales no pueda ser tenida como colectivamente responsable». Pero aunque cada parte puede presentar su argumento, lo que realmente decide la cuestión es el argumento más fuerte de todos: el de la propia conservación; porque un ejército situado como el inglés lo estaba, y que en lo tocante á su aprovisionamiento dependía de sus comunicaciones, debía mantenerlas no interrumpidas, aunque para conseguirlo tuviese que violar el Tratado de La Haya. En realidad, bien podría ser que la quema de las granjas no fuese de ningún resultado en materia de acabar con la cortadura del ferrocarril, y que consiguiese tan sólo exasperar á la población; pero el general que ve cortada la comunicación con su base de operaciones treinta veces en un mes, se ve obligado á dejar la cuestión de legalidad á los juristas y á adoptar aquellas medidas que le parecen más conducentes para acabar con el daño: el castigo no hay duda de que cayó con cruel injusticia sobre algunos individuos; pero en cuanto á otros, bien habría entre ellos alguno de los merodeadores.

En 2 de Septiembre lord Roberts comunicó sus intenciones al general Botha:

«Muy señor mío: Tengo el honor de dirigirme á V. E. con respecto á las operaciones de esas partidas, comparativamente pequeñas, de boers armados que se esconden en las casas de labor, en las cercanías de nuestras líneas de comunicación, y desde allí tratan de destruir el ferrocarril, poniendo así en peligro las vidas de los viajeros que circulan por los trenes, ya sean combatientes ya no lo sean.

»2. Las razones que tengo para referirme nuevamente á este asunto, son que, á excepción de los distritos ocupados por el ejército á las propias órdenes de V. E., no hay ahora un verdadero cuerpo de tropas boers en el Transvaal ni en la Colonia del Río Orange, y que la guerra ha degenerado en operaciones llevadas á cabo por guerrillas irregulares é irresponsables, y esto sería tan ruinoso para el país y tan deplorable desde cualquier punto de vista, que me veo obligado á hacer todo cuanto esté en mis manos para impedirlo.

»3. Las órdenes que por ahora he dado para conseguir ese objeto son: que toda casa de labor próxima al lugar donde se haya intentado cortar la línea ó hacer descarrilar un tren, sea quemada; y que las casas de labor, en un radio de diez millas á la redonda, sean desocupadas de todo ganado, provisiones, etc.»

Admitido que el castigo sea legal, debe concederse que se aplica en forma mínima, puesto que tan sólo se destruye en cada caso una casa de labor; y en cuanto á la disposición de sacar todo el ganado y provisiones, queda indudablemente justificada, por cuanto tiende á dificultar la movilidad de los merodeadores boers que se acercaran á la línea, y, sin embargo, una casa de labor por cada atentado da un total enorme allí donde los atentados son, por término medio, uno diario.

Hemos examinado dos de las razones por las cuales se quemaban las casas de labor, ó sea 1) por usarlas como puntos cubiertos para los tiradores (snipers), y 2) como castigo para las cortaduras de ferrocarriles. Pero ahora se presenta un tercer caso, y es: que un gran número de burghers habían prestado juramento de neutralidad, en virtud del cual se les había permitido por los ingleses el volver á sus casas de labor; y estos hombres, ya persuadidos, ya aterrorizados por las columnas boers, quebrantaron la palabra y abandonaron aquellas casas de labor en que habían jurado permanecer. Estas casas de labor claro está que eran la fianza que ellos habían prestado, y entonces lord Roberts mandó que se les confiscase. En 23 de Agosto anunció esta decisión al general Botha:

«Quéjase V. E. de que familias bien dispuestas hacia nosotros y que vivían en sus casas de labor, se han visto arrojadas de ellas, y que se les ha arrebatado ó destruido la propiedad, y esto es sin duda alguna cierto, aunque no en el sentido que parece indicar el despacho de V. E., pues los burghers que han visto arrebatada su propiedad y han sido amenazados de muerte, y esto por las columnas boers, han sido aquellos que estando bien dispuestos para con el Gobierno inglés y deseosos de someterse á mi autoridad, han rehusado tomar las armas contra las fuerzas inglesas. Y la observación de V. E. de que el solemne juramento de neutralidad que los burghers voluntariamente prestaron con el fin de vivir en sus casas de labor sin ser molestados, es nulo y no válido porque V. E. no dió su autorización para él, no puede discutirse seriamente; y como no se ha obligado á ningún burgher á prestar tal juramento, sino que lo han hecho de su voluntad, continuaré castigando y confiscándoles la propiedad á aquellos que lo quebranten».

Es evidente que el Gobierno boer cometió una infracción bien manifiesta de la Convención de La Haya al obligar ó siquiera permitir que aquellos hombres se alistasen en sus filas. «En tales casos, dice el art. 10, no les exigirá ni aceptará de ellos ningún servicio incompatible con la palabra que dieron». Esto es claro por lo que

respecta al Gobierno, pero por lo que respecta á los hombres es diferente; porque su promesa dependía en cierto modo de una condición, que era la protección efectiva por parte de nuestras tropas; y no teníamos derecho á colocar á un hombre en tan terrible situación como la de escoger entre quebrantar su palabra ó recibir la muerte á manos de sus conciudadanos. Si no hubiéramos estado seguros de poderlos proteger, hubiéramos podido retenerles en campos, bien guardados, como en su día lo hicimos; pero si nos decidimos por dejarlos libres en sus campos, fué más bien culpa nuestra que no suya el que se vieran obligados á ingresar en las filas del enemigo; y sea dicho en honra suya, aun bajo semejante presión, muchos de ellos fueron fieles á su juramento.

Pues entonces, si su culpa no es mayor que la nuestra, ¿cómo nos creemos justificados á quemarles las casas de labor? Me parece á mí que estos casos son muy distintos de los otros dos, y que la cuestión de compensar á estos hombres debe, por lo menos, tomarse en consideración; y mi opinión es que en los numerosos casos en que en la lista oficial se lee, á continuación de «casa de labor quemada», las palabras «en la facción», debe entenderse que el hombre se ha vuelto á la facción después de haber dado su palabra, y la destrucción de su casa en las circunstancias especiales del caso es una medida dura; pero si «en la facción» significa simplemente que el hombre estaba en la facción sirviendo á su patria, sin que mediase cuestión de haber dado una palabra, entonces nuestra conciencia no puede permitirnos el dejar á ese hombre sin una compensación.

En esta relación de los despachos mediados entre los jefes, podemos hallar cómo fueron desarrollándose y tomando cuerpo esas duras medidas que tan generalmente se han deplorado en este país. Mientras la guerra fué regular, nada pudo ser más regular que la conducta de los ingleses; pero cuando por parte de los boers se hizo irregular y su ejército se desbandó en pequeñas partidas que acosaron las líneas de comunicación, los pequeños puestos y los convoyes, hubo un cambio correspondiente de parte de nuestras tropas, y hacia fines de 1900 aquel cambio adquirió mayores proporciones. Ciertos distritos que habían sido centros boers, donde generalmente se reunían una y otra vez, fueron devastados y destruidos; tales distritos eran los de Kroonstad, Heilbron, Ventersburg y Winburg; en estos cuatro distritos se destruyeron unas ciento setenta casas; la aldea de Bothaville, que era un depósito del enemigo, fué destruída también: constaba de cuarenta y tres casas. El número de casas que para fines estratégicos se destruyeron en el Transvaal, parece haber

sido mucho menor; en la lista oficial sólo se mencionan unas doce casas. En resumen: las casas que se han quemado por razones que están sujetas á controversia, incluso las casas de los hombres que están en la facción, parece no exceder de doscientas cincuenta.

Debe reconocerse que el caso de estas casas es enteramente distinto del de aquellas que han sido destruidas porque se usaban para operaciones activas de guerra: de los 630 edificios que sabemos se han destruido, más de la mitad habían sido un instrumento en manos de los tiradores (snipers), ó de otra manera, también directa, caían dentro de las leyes de la guerra; pero no puede decirse lo mismo de aquellas otras. El coste medio de una casa de labor es una bicoca; por cien libras puede construirse una pequeña y por trescientas una grande; y si tomamos la cifra intermedia, tendremos que con un gasto de 50.000 libras se compensarían todos aquellos casos en que la política militar y la internacional no han estado de acuerdo. La quema de casas cesó en 1900, y salvo muy especiales casos en que había una imperiosa necesidad militar, no se ha recurrido á ella desde entonces. En la marcha que para limpiar de enemigos el país realizaron, French en el Transvaal occidental y Blood al Norte del ferrocarril de Delagoa, no parece que se destruyera ningún edificio, aunque fué una necesidad militar el hacer desembarazar las granjas de toda clase de provisiones para embarazar los movimientos de los comandos (columnas enemigas). La destrucción de las cosechas y de los ganados de los boers, por desagradable que tal obra sea, es exactamente análoga á la destrucción que por parte de ellos se comete de nuestros trenes de víveres, de los cuales depende el ejército para su mantenimiento; y en fin, la guerra de guerrilla no puede gozar de todas sus ventajas, sin amoldarse á sufrir todas sus consecuencias; es un arma de dos filos, y la responsabilidad de las consecuencias está de parte del combatiente que la usó primero.

CAPÍTULO VII

LOS CAMPOS DE CONCENTRACIÓN

Cuando considerables distritos del país se hubieron desembarazado de provisiones á fin de dificultar los movimientos de las columnas enemigas, y cuando, en las circunstancias antes mencionadas, se hubo destruido un gran número de casas de labor, fué evidente que el deber de los ingleses, como pueblo civilizado, era el de formar campo de refugio para las mujeres y los niños, donde, fuera del alcance de todo daño (como confiábamos), pudieran esperar la vuelta de la paz; porque sólo tres caminos quedaban abiertos: el primero, enviar á las mujeres y á los niños boers al interior de las líneas boers, camino que se hizo impracticable cuando el ejército boers se diseminó en partidas y no tuvo ya líneas ciertas; el segundo, dejarles en donde estaban; y el tercero, reunirles y cuidarles del mejor modo que pudiéramos.

Es curioso observar que aquellos que más critican la línea de conducta que de entre aquellas tres se ha adoptado, fueron también los más severos en sus juicios cuando parecía que se iba á adoptar una de las otras dos. La nación inglesa hubiera arrojado sobre sí una marca indeleble si hubiera dejado á aquellas mujeres y niños sin protección en campo abierto y en presencia de una numerosa población kafir. Ni Mr. Stead pudo hacer fracasar este proyecto con su exageración, aun cuando al rumor de que iba á realizarse hizo horribles pinturas de la degradación física y moral de las mujeres boers en las cercanías de los campos ingleses. No hay palabras bastante fuertes con que estigmatizar tales aserciones, á menos de que las pruebas en que se funden sean en absoluto irrefutables; y, sin embargo, la única «prueba» aducida es la simple afirmación de un escritor parcial (en un diario parcial), que no pretende tener ningún conocimiento personal del asunto. No se puede oír sin indignación que un escritor inglés con tan pobre «evidencia» como esa, haya dicho de sus conciudadanos que «se han valido del hambre como de alcahuete para el placer».

Tal lenguaje, por absurdo que sea, muestra claramente los ataques á que se hubiera visto expuesto el Gobierno británico si no hubiera formado los campos de refugio. No se trataba solamente de

que era preciso dar abrigo á familias á quienes se les habían quedado las casas, sino de que ninguna mujer, aunque hubiera tenido medios de proporcionarse alimento, estaba segura en una plaza solitaria en una población negra. Además, ya sabíamos á qué atenernos con respecto á los hombres que nos habían dado su palabra, y no era cuestión de ponerles otra vez en la alternativa ó de quebrantar su juramento ó de ser castigados por los suyos. Así, pues, la necesidad de formar los campos de concentración debe admitirse como una necesidad absoluta é imperiosa. Formáronse, pues por el Gobierno, en centros convenientes, principalmente en Pretoria, Johannesburg, Krugersdorp, Hiddelburg, Poichefstroom, Rustenburg, Heidelberg, Standerton, Pieter-burg, Klerksdorp y Volksrust, en el Transvaal, y en Bloemfontein, Kroonstad, Bethulie y Edenburg, en el Estado Libre de Orange.

Tales campos de refugio no eran cosa nueva, pues los refugiados ingleses de Johannesburg habían estado viviendo por más de un año en semejantes lugares; pero como no se podía explotar de sus sufrimientos ni un capital político ni un sentimiento internacional, y como sobrellevaron sus trabajos con dignidad y moderación, no hemos sabido mucho de las condiciones en que vivieron, á pesar de que bajo muchos conceptos fueron más deplorables que las de los boers.

Una vez determinadas á formar los campos, las autoridades llevaron á cabo el plan con la mayor perfección; los sitios parece que se escogieron bien y los arreglos todos, en la mayor parte de los casos, eran todo lo que se podía desear; pero se formaron en una ocasión muy desgraciada; porque, por razón del grande ejército (más de 200.000) que había de aprovisionar con solos tres pequeños ferrocarriles que el enemigo cortaba continuamente, pesaba sobre nuestra Intendencia militar una gran carga. En Enero de 1901 invadió De Wet la Colonia del Cabo y las necesidades de la línea se hicieron excesivas, presentándose entonces aquel extraordinario espectáculo de que, mientras los ingleses hacían esfuerzos inauditos para proporcionar sustento á las mujeres é hijos de los enemigos, estos enemigos *cazaban* á los maquinistas y hacían descarrilar aquellos trenes en que se llevaban aquel sustento.

El número de los albergados en esos campos de concentración creció rápidamente, desde 20.000 á fines de 1900, hasta más de 100.000 á fines de 1901, y las autoridades militares hicieron los mayores esfuerzos para acomodar aquella avalancha de refugiados, sin que se reparase en gastos para lograr este objeto. A principios del año

1901 se produjo en Inglaterra una penosa impresión con la Memoria de miss Hobhouse, señorita inglesa que había recorrido los campos y los juzgaba de una manera desfavorable. Pero el valor de sus aserciones desmerecía, sin embargo, por la razón de que, como era sabido, sus preocupaciones políticas estaban en contra del Gobierno: Mr. Charles Hobhouse, pariente suyo y miembro radical del Parlamento, manifestó posteriormente que sentía que aquella señorita no se hubiera tomado la molestia de comprobar sus aserciones. Aun suponiéndola la mejor voluntad del mundo, sus conclusiones no hubieran podido ser fidedignas, puesto que podía hablar poco el holandés, ni tenía experiencia del carácter boer, ni sabía nada de las condiciones normales de la vida en Sud-Africa.

Sus principales objeciones eran que el régimen alimenticio era insuficiente; que faltaban ropas de cama; que el suministro de agua era escaso, que las condiciones higiénicas eran malas; que había demasiada acumulación de gente, y que había una mortalidad excesiva, principalmente entre los niños.

En cuanto al régimen alimenticio, la lista que da conviene en lo general con lo que oficialmente se consigna como ración diaria en el Irene Camp, cerca de Pretoria, en Julio; es como sigue:

Carne.....	$\frac{1}{2}$ libra.
Café.....	2 onzas.
Harina.....	$\frac{3}{4}$ libra.
Azúcar.....	2 onzas.
Sal.....	$\frac{1}{2}$ onza.

y una botella de leche para cada niño menor de seis años.

Debe confesarse que este régimen alimenticio es un poco escaso, y es de suponer que conforme aumentaran las provisiones se iría aumentando; pero, sin embargo, la ración se podía completar comprando el resto, y hay un fondo aparte, en su mayoría suscrito por ingleses, que se emplea en hacer más liberal la escala. Al principio se hizo una pequeña diferencia entre la ración de las familias de aquellos que se habían rendido y las de los que aún estaban en armas contra nosotros; y aunque lógicamente se puede hacer una distinción, en la práctica resultó dura y poco generosa; de modo que pronto se abandonó.

En cuanto á la deficiencia en el suministro de agua, esa es la maldición que pesa sobre toda Sud-Africa, en donde alternativamente se sufre, ya por haber demasiada agua, ya por haber muy poca. Por medio de pozos artesianos y de mejores arreglos se está venciendo esta dificultad, que se ha dejado sentir, tanto en nues-

tros propios campamentos, como en los campos de los refugiados boers.

Parece haber conformidad de opiniones en todos los campos, de que los defectos en las condiciones sanitarias son debidos á las costumbres de los albergados, contra quienes están peleando siempre los comandantes y los médicos: la vida de campamento sin la debida limpieza debe necesariamente ser antihigiénica, y los informes de los médicos están llenos de ejemplos de la extrema dificultad que han tenido en imponer la disciplina entre aquella gente, que está acostumbrada á la absoluta libertad del campo abierto.

Acerca de la excesiva acumulación de gente, hay que tener en cuenta que la demanda de tiendas en Sud-Africa es excesiva y que debe haber puesto á prueba la buena voluntad de las autoridades, la cuestión de encontrar acomodo para toda esa multitud de mujeres y niños. Desde la época de la Memoria de miss Hobhouse, el mal se ha remediado. Es sabido que á los boers en la vida usual no les importan los cuartos llenos de gente, y que los habitantes de una casa de labor están acostumbrados á condiciones que serian insoportables á la mayor parte de la gente; pero el poner demasiada gente en una tienda es, higiénicamente hablando, casi imposible, porque la atmósfera de una tienda, por llena de gente que esté, no podrá nunca viciarse en el sentido que se viciaría un cuarto.

Pero el remedio de todo esto dependía de la industria humana, y las autoridades estaban haciendo cuanto podían para poner el remedio, como la misma miss Hobhouse lo reconoció: «Creo que están haciendo todo cuanto pueden atendido lo limitado de sus medios», decía, y al hacerlo reducía el valor de su Memoria á nada; porque si estaban haciendo todo cuanto les era posible, ¿qué más se podía hacer? La única alternativa, deshacer los campos y dispersar á las mujeres; pero en ese caso ya nos estaba aguardando Mr. Stead con su cartel lleno de «sangre é infierno», para decirnos el terrible fin que esperaba á esas mujeres en el campo abierto. En fin; que tiene que ser lo uno ó lo otro, y de los dos prefiero á miss Hobhouse y sus definidas quejas, á las infinitas posibilidades de Mr. Stead. En cuanto á la idea de que esta multitud enorme de mujeres y niños se alojase entre la gente de su nación en la Colonia, está fuera de toda discusión; porque ni se ha hecho ofrecimiento de esa hospitalidad al por mayor, ni tenemos medios para imponerla.

Y ahora llegamos á la grande y miserable tragedia de los campos de los refugiados: la mortalidad y especialmente la mortalidad

entre los niños. Esto es deplorable, y hasta es más deplorable que la mortalidad de los niños en Mafeking, Ladysmith y Kimberley. Pero ¿puede evitarse, ó es una de esas desgracias que, como la epidemia de la fiebre entérica que se llevó tantos soldados ingleses, es más poderosa que la ciencia sanitaria actual, y que sólo puede soportarse con la triste resignación? La naturaleza de la enfermedad á que principalmente se debe tan alta mortalidad, no tiene relación directa con las condiciones sanitarias de los campos ni con nada que estuviese en nuestra mano evitar. Si las muertes hubiesen ocurrido por una enfermedad proveniente de la falta de limpieza, tal como la fiebre tifoidea, ó hasta de enteritis ó difteteria, bien pudieran haber sido causadas por las condiciones sanitarias de los campos; pero la gran mortalidad fué debida á una grave forma de sarampión, aparte de la cual el promedio de las defunciones no hubiera sido elevado.

Pero cuando se desarrolla el sarampión entre los niños, se extiende en cualquier comunidad, á despecho del régimen y las condiciones de la vida, y la única esperanza posible es el aislamiento del paciente; pero para obtener esta cuarentena preventiva se necesita la cooperación de los padres; y en el caso en cuestión, las madres boers, con natural instinto, preferían estar al lado de sus hijos y poner dificultades á los médicos para que no se los llevaran en los principios de la enfermedad. El resultado de esto fué el rápido desarrollo de la epidemia, que fué tanto más fatal cuanto que la mayor parte de los pacientes se hallaban en mal estado de salud, debido á las privaciones inevitables que habían tenido que sufrir en el viaje desde sus casas á los campos; y las madres, no sólo contribuyeron al desarrollo de la enfermedad, sino que, llevadas de un celo engañoso, empleaban con frecuencia remedios que eran tan fatales como la enfermedad misma: había niños que morían envenenados por el arsénico, por haber sido pintados de verde desde los pies á la cabeza; otros envenenados por el opio, pues se les habían administrado medicinas que contenían láudano. «En Potchefstroom, así como en Irene, dice el doctor Kendal Franks, el promedio de mortalidad puede atribuirse, no tanto á la gravedad de la epidemia, cuanto á la ignorancia, la perversidad ó los sucios hábitos de los mismos padres». Pero cualquiera que haya sido la causa inmediata de la muerte de tantos niños, pesa, no en la conciencia, pero sí en el corazón de nuestra nación. Sirva de cierto consuelo el saber que el promedio de la mortalidad de los niños en Sudáfrica es normalmente muy alto, y que la mortalidad en los cam-

pos era con frecuencia inferior á la de las ciudades en cuyas cercanías se hallaban aquéllos. Sea como sea, no podemos negar que la causa de la aparición del sarampión fué el haber recogido nosotros á las mujeres y á los niños en los campos; pero ¿por qué los recogimos en los campos? Porque no podíamos dejarlos en campo abierto. ¿Y por qué no podíamos dejarlos en campo abierto? Porque les habíamos destruído los medios de subsistencia. ¿Y por qué les habíamos destruído los medios de subsistencia? Para embarazar las operaciones de las partidas enemigas. Así es que al fin de cada tragedia nos vemos obligados á volver los ojos al origen de todas ellas y hacer comprender que la nación que persiste en una inútil guerra de guerrilla, prepara muchos trabajos al enemigo, pero labra también su total ruina.

En esta cuestión de los refugiados hemos llevado nuestra humanidad tan lejos, que hemos cuidado mejor á nuestros enemigos que á nuestros amigos. Confieso que no pueden compararse los dos casos, puesto que los boers han sido compelidos á vivir en los campos y los refugiados leales no; pero queda en pie el hecho de que los leales están en los campos sin tener ellos la culpa, y que están en peores condiciones que nuestros enemigos. Por ejemplo: en East London hay dos campos de refugiados: uno boer y otro inglés. El primero tiene 350 y el segundo 420 refugiados, y los primeros están mucho mejor alimentados, vestidos y albergados, y tienen su hospital, su escuela y su lavadero, todo lo cual falta en el campo inglés. En Port Elisabeth hay un campo boer: una diputación holandesa fué allí con 50 libras para emplearlas en mejorarles su condición, y se volvió sin gastar el dinero porque no carecían de nada. En Port Elisabeth los refugiados boers y los ingleses están al cuidado del mismo hombre, que recibe por cada uno de los boers 15 peniques y por cada uno de los ingleses 8 peniques. Estos son los «métodos bárbaros».

Ahora extractaré algunas opiniones de gente de los mismos campos, unas de origen inglés y otras de origen boer. Solo he visto un testigo inglés que simpatizase con miss Hohbouse, y este es una señora, cuyo nombre no se menciona, que se cita en el Apéndice de «Paz ó Guerra», de Mr. Methuen. Participa casi en absoluto de las ideas de aquélla, insistiendo principalmente en la insuficiencia de la alimentación y la falta de combustible y de ropa de cama. En contra de la opinión de estas señoras, citaré muy brevemente y en forma condensada algunos testimonios de ambas partes.

Mr. Seaton, de Johannesburg, secretario de la Iglesia Congrega-

cional y del campo burhger, dice: «Las noticias que usted nos envía nos hacen hervir la sangre, pues son horriblemente exageradas, y en algunos casos no sólo extravían la opinión, sino que son falsas... Sería difícil encontrar un lugar más sano... No hay aquí demasiada acumulación de gente.

»Hace algunas semanas hubo en el campo una epidemia de sarampión de carácter muy grave, y, naturalmente, hubo muchas muertes entre los niños. El médico y las enfermeras trabajaron cuanto les fué posible, y tengo la satisfacción de decir que se ha vencido la epidemia. No hay duda de que esto fué lo que dió ocasión á que los proboers hablaran en la Cámara de los Comunes y en otras partes; pero es una epidemia que no se podía evitar, dada la clase de gente que tenemos aquí. No tienen el menor respeto á las conveniencias higiénicas, y los empleados se han visto en las mayores dificultades para hacerles cumplir las más elementales reglas de limpieza. Otra de las dificultades que tuvimos fué la de conseguir que cuando enfermaran los niños los llevaran al hospital, donde hay todo lo necesario; pero prefieren desobedecer al médico y emplear los remedios de viejas, los cuales, como usted comprenderá, son muy numerosos entre esta gente. El médico se ha visto en la más violenta situación y ha trabajado como un negro. Casi todas las muertes han sido de sarampión. Tenemos un invierno bastante benigno: hace tres meses el frío era horrible; pero están hechos á vida al aire libre y ésta no es peor que aquella á que han estado siempre acostumbrados. Las tiendas son todas tiendas militares y no hay la menor señal de que calen; lo que yo sé es que en cuanto llegan aquí todos quieren tiendas, si es posible obtenerlas. En general, los refugiados están satisfechos, y los niños están muy contentos: corren y juegan desde la mañana hasta la noche».

El Rev. R. Rogers, ministro wesleyano escribe:

«¿De qué sirve que vengan á inspeccionar estos campos burghers personas que desconocen la manera de vivir y las costumbres de los boers? Yo mismo he visto, y no titubeo en decirlo, que la mayor parte de ellos están mejor albergados, mejor vestidos y mejor alimentados de lo que lo estaban en sus casas de mimbres y de adobe y de suelo de barro».

Mr. Howe, de las Camp Soldiers Homes, dice:

«No vamos á dar opiniones, sino á exponer hechos.

»Cuando se formó el primer campo de concentración, estábamos allí, y vimos además establecerse otros. Concedemos que se ha sufrido en ellos; pero también afirmamos solemnemente que los ofi-

ciales que estaban encargados de los varios campos que nos eran conocidos, no tenían otro deseo que hacer que aquella gente sin amparo gozase de todas las comodidades posibles. Hemos visto las grandes cajas y balas llenas de todo cuanto pudiera convenir para los albergados, y sabemos que á fin de acelerar el envío de esas cosas se ha pospuesto el envío de provisiones militares y de cañones».

El Rev. R. B. Douglas, ministro presbiteriano, escribe:

«Me alegro de saber que no da usted crédito á esas paparruchas de brutalidad y de crueldad que se hacen circular libremente por agitadores desleales acerca del trato de los boers refugiados. Pero hay un punto (acerca del cual me pide usted informes) sobre el cual vale la pena de llamar la atención: la diferencia de tratamiento entre las familias de aquellos que están en los comandos (columnas) y las otras. Tengo motivos para asegurar que toda la diferencia que se hizo consistió en dos onzas más de café y cuatro de azúcar por semana, y que aún esa desapareció por completo á mediados de Marzo. Como contraste á esto, el Comité holandés local, al distribuir unas 60 cajas de ropa, etc., enviadas por personas caritativas, rehusó dar auxilio alguno á las familias de aquellos que no estaban en comando, fundándose en que tales artículos eran sólo en favor de aquellos que estaban peleando por su país».

Mr. Gauntlétt, de Johanesburg, escribe:

«He leído algunas aserciones que usted me envía de los periódicos ingleses acerca de la crueldad para con las familias boers refugiadas, y me he quedado sorprendido ante la iniquidad de esos hombres que propalan tales mentiras y de la credulidad de aquellos que las creen. La opinión de los alemanes, franceses, norteamericanos y aun la de muchos holandeses que están aquí, sobre el terreno, es que la lenidad y la sorprendentemente liberalidad del Gobierno para con los enemigos están prolongando la guerra. Una muchacha holandesa del campo de Pretoria ha manifestado á su enfermera que hacía siete meses que no había podido tener tan buen alimento como el que se le daba por los ingleses».

Mrs. Soutar, secretario del campo de Pretoria, escribe:

«Las mujeres boers y los niños reciben todo el alimento que necesitan y tienen toda clase de conveniencias medicinales, tales como caldos, extractos de carne, gelatinas, aguardiente y vino, y la ventaja de enfermeros que tienen títulos oficiales; y no solamente se les provee de todo cuanto en absoluto necesitan, sino que hasta se les atienden sus caprichos.»

Mr. Scholtz, inspector de campos del Transvaal, dice:

«Muchos de los niños, á su llegada al campo, no eran otra cosa que huesos y pellejo, y en tan flaca condición no era de sorprender que al contraer el sarampión no pudiesen resistir á la enfermedad. Muchas de las mujeres no querían abrir las tiendas para que entrara el aire fresco, y en vez de darles á los niños las medicinas apropiadas, suministradas por las farmacias militares, preferían darles remedios caseros. Las madres no querían lavar á sus hijos y había la mayor dificultad en inducirlos á que dejaran llevar á los enfermos al hospital. La causa del crecido promedio de la mortalidad entre los niños atacados de sarampión fué debida á que las madres dejaban salir á sus hijos tan pronto como la erupción había cedido, y las consecuencias eran la aparición de neumonías y bronquitis; otra causa fué que las madres insistían en dar á los niños carne y otros alimentos indigestos, aun en aquellos casos en que los médicos lo prohibían estrictamente, y de aquí que sobreviniese la disentería. Bajo otros aspectos la salud del campo es buena, pues con 5.000 refugiados en él sólo existe un caso de tifus.»

Lo siguiente, acerca del campo de Krugersdorp, arroja bastante luz:

«Johannesburg, 31 de Julio. (Servicio especial de la Agencia Reuter.)—El comandante Alberts, jefe de los boers cerca de Krugersdorp, ha enviado una carta al comandante de las fuerzas inglesas de Krugersdorp manifestándole que lleva consigo de columna varias familias cuyos hombres se han rendido recientemente, y desea saber si querrá recibir á esas familias, pues ellas querrían ir á Krugersdorp. El comandante le replicó que tendría gusto en recibir las, y se espera que lleguen hoy.

»Este acto de parte de los boers prueba claramente que las familias no tienen ya repugnancia á los campos de refugio, donde se hace cuanto se puede para darles comodidad: ni sienten repulsión á ser confiadas á nuestra protección y cuidado.»

Del Agente de Reuter en Springfontein:

«He recorrido hoy el campo de refugiados que hay aquí y que contiene 2.700 personas. Está admirablemente situado y bien dispuesto. Hablé con varios refugiados y no oí ni una sola queja, pues todos están satisfechos del trato que reciben. La organización toda del hospital es excelente y hay pocas enfermedades [en el campo...]

De Mr. Celliers, pastor holandés de Aberdeen, Colonia del Cabo, que fué enviado á inspeccionar el campo de refugiados de Port Elizabeth:

«Escribía para demostrar que el Gobierno británico estaba haciendo todo lo posible para socorrer á los desterrados, y para demostrar que aunque los parientes y amigos de éstos estaban aún en campaña, sin embargo, las autoridades estaban demostrando la mayor compasión y atención á los refugiados sin profesarles la menor animosidad, por lo cual estaban muy agradecidos. Quería que la gente comprendiese que había gozado de plena libertad de hablarles reservadamente, y que tuvo buena ocasión de oír cualquier queja si la hubiera habido. Mr. Hess le permitió que recorriese el campo, depositando entera confianza en él, y él, por su parte, quedó completamente convencido de que si algo anormal hubiera habido lo hubiera podido saber. Siempre ha sido de opinión que las autoridades militares, al enviar allí aquellos desterrados, lo habían hecho para la mayor seguridad y ventaja de éstos, y que eso era lo que les había salvado, y que era en apariencia un mal cuyos resultados no se apreciarían sino en el porvenir.»

El testimonio del mayor Sykes, del segundo de Dragones, es como sigue:

«El organizó el primer campo de refugiados, y cuando lo dejó había en él unas 6.000 mujeres y niños á su cuidado. Todas las acusaciones de crueldad y de inhumanidad eran viles y calumniosas falsedades; peor aún: eran invenciones miserables y despreciables. La gran mayoría de las mujeres y niños que en ellos había estaban muchísimo mejor de lo que habían estado en su vida, y la única cosa parecida á la crueldad para ellos era que las autoridades militares insistían en la limpieza y en que se cumpliesen rigurosamente las prescripciones sanitarias, á las cuales el boer en general tenía una aversión horrible. Había visto cómo funcionaban estos campos y podía dar el mentís más completo á todas cuantas aserciones se habían hecho en las reuniones públicas y en la Cámara de los Comunes.»

Un oficial del campo de Kroonstad escribe lo siguiente, con fecha de 1.º de Noviembre:

«Tenemos cricket, tennis y croquet para ellos, y todos están muy contentos y bien tratados. Aparte de otras diversiones, tienen banda de música dos veces por semana, y el otro día organizaron un concierto.»

Esto es lo que Mr. Stead llama «llevar á la muerte por medio de un tormento lento á todas las mujeres y niños que hemos hacinado dentro del alambre de púas de nuestros campos-presidios.»
¿Puede ser justa la causa que se defiende en estos términos?

Vamos ahora á oír á los boers: El comandante Alberts escribe:

«Al mayor WALTER, Boksburg:—Tengo el honor de dar á V. S. y á los oficiales á sus órdenes las más sinceras gracias por la gran atención que han tenido para con mi esposa, y al mismo tiempo por el recado, y espero que esta atención sea pagada en su día.

Dios quiera que usted y yo conservemos la vida para cono-
cernos.

Tengo el honor de ponerme á las órdenes de V. S.,

(firmado) G. Alberts, comandante.»

Un pastor holandés escribe de Johannesburg al capitán Snowden, del campo boer:

«Muy señor mío: Por encargo del Comité de la Iglesia reformada holandesa de esta ciudad, tengo el honor de participar á usted la satisfacción del Comité por el amable interés y simpatía que ha demostrado usted para con las mujeres y niños que están á su cargo.»

Cien refugiados varones del campo de Kroonstad firman la siguiente declaración:

«También tenemos que dar á V. E. las más sinceras gracias por el interés que ha tomado por la educación de nuestros hijos, y confiamos que V. E. salga adelante en su empresa y que la nueva generación crezca en el temor de Dios, en la honradez, y, como leales ciudadanos, bajo la bandera inglesa. Sentimos, sin embargo, que á pesar de los esfuerzos de nuestros dignos superintendente y médicos, esfuerzos que apreciamos en mucho, ocurran diariamente en nuestro campo tantas muertes y casos de enfermedad; pero confiamos que V. E. hará cuanto esté de su parte por la salud del campo.

»Confiamos que los esfuerzos de nuestro digno superintendente en procurar nuestro bienestar en medio de tan terribles circunstancias serán apreciados por V. E., y tenemos la satisfacción de decir que el espíritu de lealtad crece de día en día en este campo y que la mayoría de los refugiados varones han prestado el juramento de fidelidad.»

Mr. Dudley Keys, burgher, que se entregó, escribe á su hermano:

«Hace ahora más de siete meses que estoy en el campo, que no me negarás es tiempo más que suficiente para toda reflexión, y la inmutabilidad de esta vida da amplio margen para divagar en ese sentido. Pues bien; no puedes imaginarte cuánto anhelamos que se venga á un arreglo, ni con cuánto disgusto é impaciencia vemos

esos esfuerzos de los *proboers*, como ellos se llaman, para evitar el natural é inevitable curso de las cosas. Y no te sorprenderá oír esto de aquel que fué un día republicano holandés, si tienes en consideración que todos los que nos hemos entregado estamos convencidos de que nosotros fuimos los agresores y que nuestros hombres de Estado son responsables de ésta nuestra situación. Claro está que habrá un gran número de *boers* que no verá nunca las cosas de este modo; pero no será debido á que piensen y reflexionen, sino, por el contrario, á la más absoluta ignorancia. Cuando *miss Hobhouse* estuvo aquí, yo mismo vi con mucha frecuencia cómo se dejaba engañar ó cómo la engañaban: algunas de nuestras mujeres eran capaces de decirle cualquier cosa por un vestido ó un par de botas; y si hubiese conocido á nuestros paisanos y mujeres como nosotros los conocemos, su historia hubiera tenido poco que contar. Ahora el Gobierno inglés está enviando esta comisión, y cuando vean á las mujeres y á los niños en los campos, naturalmente tendrán compasión de ellos: ¿quién no la tiene? Pero si consideran que esto es la guerra y no una merienda, al volver á Inglaterra podrán convencer á su pueblo de que lo que queremos es paz, pero mucha paz.»

Y añade:

«A pesar de la falta de gratitud que nuestro pueblo muestra, las Autoridades continúan haciendo mejoras y disminuyendo los sufrimientos: que esto lleva consigo enormes gastos lo verás por las estadísticas que con frecuencia se publican en los periódicos ingleses. Y cuando oigo que nuestro pueblo murmura, pienso á menudo cómo hubieran tratado ellos á los ingleses si estuviesen trocados los papeles, y tengo que reconocer que no se hubiera podido comparar favorablemente con el trato que estamos recibiendo.»

Una mujer *boer*, que escribe de *Pietermaritzburg*, dice:

«Los que se quejan de algo, mienten; porque estamos en buenas circunstancias.»

Y en otra carta dice:

«No tengo la menor queja.»

Mr. Blignant, que escribe de *Port Elizabeth*, desde el campo de refugio de *Port Elizabeth*, dice:

«Si nos quejáramos, las quejas serían infundadas, y todas esas historias de malos tratos son falsas, á lo menos en cuanto puedo yo comprobarlas.»

»Entre las mujeres que estaban cuidadas en este campo había una de *Jagersfontein*, que se vanagloriaba (y era verdad) de que

había muerto de un tiro á dos soldados ingleses indefensos con un revólver.»

Tal es parte de los testimonios que pueden ofrecerse como contraste á la Memoria de miss Hobhouse y á la de la señora de Pretoria que no se nombra; y aunque en rigor de justicia debe reconocerse que algunos campos pueden haber estado más sujetos á la crítica que no otros y que (como era de esperar) con el tiempo se perfeccionaron, no puedo creer que ningún espíritu imparcial pueda leer estos testimonios sin ver que el Gobierno inglés estaba haciendo cuanto podía en aquellas difíciles circunstancias para llevar á cabo el plan más humano posible, y que cualquiera otro plan hubiera traído consecuencias de que ninguna nación civilizada hubiera querido hacerse responsable.

A fines de 1901 se trató de disminuir la mortalidad de los campos acercándolos á la costa. El problema se complicaba por la razón de que muchos de los refugiados se oponían á dejar su propio país, y de que habían ido á los campos bajo la promesa de que no se les obligaría á ello: los que consintieron fueron trasladados á la costa, y los campos de East London, Port Elizabeth y Merebank, cerca de Durban, se ensancharon mucho. «No hay que reparar en gastos de ninguna clase, dice Mr. Chamberlain en un despacho oficial. En el Libro Azul (Cd. 853) hallamos á lord Milner y al ministro de las Colonias discutiendo todos los medios posibles para disminuir la mortalidad y aumentar las comodidades de los campos.

Vale la pena hacer constar que se ha hecho circular en el Continente y en los Estados Unidos el retrato de un niño demacrado como prueba irrefutable de los horrores del sistema de concentración; y aunque es muy probable que haya en los campos muchos niños demacrados, puesto que generalmente llegaban allí en ese estado, este retrato especial, según se me informa por personas dignas de crédito, era uno sacado por las propias autoridades inglesas en ocasión del proceso criminal de la madre del chico por los malos tratos dados á éste. Este incidente caracteriza las prácticas poco escrupulosas á que desde un principio se ha recurrido para envenenar los sentimientos del mundo entero contra la Gran Bretaña.

CAPÍTULO VIII

EL SOLDADO INGLÉS EN SUD-ÁFRICA.

Cuando lord Roberts quiso dar en pocas palabras su opinión acerca del carácter de los soldados á quienes había mandado, declaró que se habían portado como caballeros; y creo que en el dicho no hay exageración, y que cuando las acerbas animosidades de la guerra se hayan aplacado, los mismos boers reconocerán que es cierto. Muchas cosas desagradables han tenido que hacer, pues la guerra de guerrilla lleva consigo mucho que es odioso; pero tanto los oficiales como los soldados han disminuído y suavizado los rigores de la guerra, siempre que les ha sido posible hacerlo. Y, sin embargo, su reputación se ha visto atacada de la manera más indigna por políticos en la madre patria, y por ignorantes ó malévolos en el extranjero. Vamos, pues, á examinar la verdad.

Había muchos agregados militares que iban en nuestro ejército, y ¿se ha quejado alguno de la disciplina de nuestros soldados? Por lo que se sabe de sus informes, no se menciona semejante cosa. El capitán Slocum, agregado militar de los Estados Unidos, escribe de Bloemfontein:

«Los ingleses han pasado los límites de la compasión, y creo que si se hubiera adoptado una política más rigurosa al principio que el ejército entró en esta capital, y se hubiera dispersado por completo al enemigo, la guerra se hubiera acortado considerablemente.»

El agregado militar francés dijo: «Lo que más admiro en esta campaña, es la conducta de los soldados: helos ahí marchando y combatiendo diariamente en una comarca poco interesante, abrasados por el sol de día y helados de noche, sin tener que beber, y sin mujeres; cualesquiera otros soldados de Europa se hubieran amotinado tiempo hace.»

Había varios corresponsales extranjeros en nuestro ejército, y de éstos, el único francés que había, M. Carrere, de *Le Matin*, era un ardiente proboer. Léase su libro *En pleine Épopée*: critica en él acerbamente nuestra política y nuestros políticos, y tiene los ojos muy abiertos para encontrar defectos en nuestro ejército; pero desde la primera página hasta la última del libro, sólo tiene alabanzas para el fiel Tomy (Juan Soldado) y su caballeresco oficial.

Había allí tres corresponsales norteamericanos (podría haber

más de tres, pero yo sólo conocí á tres), que eran los Sres. Julián Ralph, James Barnes y Unger, y los dos primeros estaban admirados de la humanidad y disciplina de las tropas inglesas, aunque creo que Mr. Ralph, como el capitán Slocum, creía que algunas veces se había llegado demasiado lejos. Las impresiones de la guerra que ha publicado Mr. Unger confirman esta opinión.

Hasta aquí, pues, hay perfecta unanimidad entre todos los testigos imparciales. No insistiré en las opiniones de nuestros propios corresponsales; tengo la ventaja de conocerlos á casi todos, y aunque entre ellos hay varios señores que tienen una simpatía idealista y caballeresca por los boers, no puedo recordar que haya oído á ninguno de ellos ni un sólo caso en que les haya disgustado la conducta del soldado.

Y ahora permitaseme dar mi propia opinión. Fui á Sud-Africa teniendo una gran simpatía por el boer, y con la convicción de que encontraría en el campo soldados muy diferentes de los soldados en tiempo de paz; estuve tres meses en Bloemfontein, en donde había de diez mil á treinta mil hombres acampados en los alrededores de la ciudad, y durante todo aquel tiempo sólo vi un soldado borracho, y ni uno solo durante el corto tiempo que estuve en Pretoria y en Johannesburg. Oí, sí, una vez, que un soldado había pegado á un boer, pero fué porque el boer se había negado á quitarse el sombrero en el entierro de un camarada del soldado. No solamente no he visto nunca ningún ultraje, sino que en muchas conversaciones confidenciales que he tenido con los oficiales, nunca oí uno sólo. Vi veinte prisioneros boers, á los cinco minutos de haberlos cogido, y los soldados les estaban dando cigarrillos. Sólo dos atentados contra mujeres llegaron á mis oídos mientras estuve en Sud-Africa, y en ambos casos, el culpable era un kafir, y el hecho se vengó prontamente por el ejército inglés.

Miss Hobbouse ha tratado á un gran número de refugiados (muchos de los cuales, naturalmente, están muy resentidos contra nosotros), y no es muy reticente en los cuentos que la contaron, y, á pesar de eso, ninguno menciona el menor ultraje: sólo dice que un soldado borracho le pegó una patada á una mujer (por cuyo hecho fué castigado).

Un albergado del campo de los refugiados de Springfontein, Mr. Maltman, de Philippolis, escribe: «Todas las mujeres boers que hay aquí hablan en los mejores términos del trato que han recibido de parte de los soldados».

He aquí el testimonio de miss Niekirk, esposa de un boer:

«¿Quiere usted permitirme añadir mi testimonio acerca del amable trato de las tropas inglesas para con las mujeres y niños boers? Como mujer de un burgher del Transvaal, he vivido en Krugersdorp desde 1897 hasta hace tres semanas; la ciudad se tomó en Junio próximo pasado, y desde entonces ha habido en ella ó en sus cercanías, un número bastante regular de soldados, tanto, que en varias ocasiones han llegado á diez mil ó más, y han sido de regimientos muy distintos, ingleses, escoceses, irlandeses y de las Colonias.

»En tales ocasiones las calles y las pocas tiendas de la ciudad rebosaban de soldados; y aun cuando la ciudad estaba más tranquila se encontraba siempre un buen número de ellos. Al principio, las mujeres tenían miedo, pero pronto comprendieron que podían ir y venir tan libremente como en tiempos normales y sin temor de ser molestadas. Durante esos seis meses no he visto ni oído de un solo caso en que una mujer fuese tratada sin respeto; la conducta, tanto de los oficiales como de los soldados, ha sido invariablemente deferente para con toda clase de mujeres, y cariñosa para con los niños.

»En Julio próximo pasado, un destacamento de los Gordon Highlanders acampó en campo abierto por una semana enfrente de mi casa, que se halla situada casi aislada en los alrededores de la ciudad. Mi esposo estaba ausente en aquel tiempo, y yo estaba sola con mis hijos. Las hogueras más próximas del campamento, no distarían doce varas de mi casa, y sin embargo, no sufrí la menor molestia ni eché de menos en mi terreno tanto como un pedazo de leña.

»Podría multiplicar los ejemplos, pero después de éste poco se necesita decir, y á no haberlo visto, nunca hubiera creído que un ejército vencedor se hubiera portado con tal humanidad y consideración en el territorio de un pueblo que aún entonces estaba en armas contra él; y si así se portaron en Krugersdorp—en Krugersdorp, lugar donde durante seis meses su conducta no pudo ser abiertamente criticada—, ¿es de presumir que su comportamiento en otros lugares fuera tan completamente distinto? Quedo de usted, etc.»

Este es el testimonio de una mujer, y he aquí otro dado por un hombre, un viejo burgher que había tenido ocasiones muy especiales para estudiar el comportamiento de las tropas inglesas:

«Permitame usted manifestar, de una vez para siempre, que durante todo el curso de la guerra, los oficiales ingleses (y vinieron á vernos muchos de todas graduaciones), nos trataron con la mayor amabilidad y cortesía, á pesar de que sabían que yo era un

burgher y que tenía varios hijos que estaban cumpliendo con su deber y peleando por la independencia de nuestro país.

»Vuelvo una vez más por la conducta del soldado inglés.

»Vimos un gran número de convoyes, algunos de los cuales ocupaban distancias de más de diez y seis kilómetros, y que llevaban á Pretoria un gran número de prisioneros boers con sus familias, y en todos ellos el soldado inglés iba vigilando los carros y marchando, sin decir una palabra, entre nubes de polvo, y muchas veces con barro hasta el to^lillo, pero nunca le vimos portarse groseramente para con las mujeres y niños, como tan á menudo se ha repetido. Hemos oído todo lo contrario á íntimos amigos nuestros y á sus hijos.

»Durante los descansos, el soldado inglés era la criatura mejor y la más dispuesta á todo; hacía servir el agua, se prestaba á atender á los niños de mil maneras distintas, y consolaba á las desconsoladas madres; sus manos estaban prontas á ayudar á todo enfermo, y en nuestra granja, de su propia voluntad ayudó á salvar un animal que se ahogaba, ó á quitar de en medio un cerdo gordo que había sido muerto, y algunas veces hasta á reunir el ganado que se había salido de los límites, y así sucesivamente de mil modos distintos. Y por todo eso no aceptaba la menor recompensa, y la rechazaba en absoluto, por la sencilla razón de que lo que hacía lo hacía de buen corazón.

»Todo esto son hechos indisputables, que repito lo más fielmente que me es posible, dejando á los lectores que saquen las consecuencias que quieran.

UN ANTIGUO BURGHER DEL TRANSVAAL

»Rustenburg, Transvaal, Julio, 1901».

En la *Suisse Liberale* aparece una larga y curiosa carta de un joven suizo que pasó todo el tiempo de la guerra en una casa de labor en el distrito de Thabanchu, en el Estado Libre de Orange; es muy imparcial en sus juicios y observaciones, y, entre otras cosas, hablando de la vida de la guarnición local, dice:

«Nos hicieron frecuentes visitas, nos enviaron invitaciones y dispusieron meriendas, al paso que en la ciudad dieron conciertos con fines caritativos, bailes, diversiones y carreras de caballos. Es una cosa curiosa que los ingleses, aun en guerra, no pueden vivir sin sus diversiones usuales, y los vencidos no muestran la menor repugnancia en tomar parte con los vencedores en sus juegos y mezclarsè en los salones con ellos».

¿Puede compaginarse esto con las historias de brutalidad militar? Parece, por lo visto, que ese infierno suelto de que se habla, de esa parte de Sud-África, debe estar muy cambiado. Mr. y Mrs. Osborn Howe, que eran los directores de las «Camp Soldiers Homes», en Sud-África, conocen tan bien al ejército de Sud-África como cualquiera pueda conocerlo, y lo han juzgado con alguna severidad, pues he aquí algunas de sus conclusiones:

«Ni nosotros, ni nuestros em pleados, esparcidos entre De Aar y Pretoria, hemos oído hablar jamás en ningún caso de ultraje ó de mal tratamiento, y todos ellos rechazan indignamente las acusaciones dirigidas contra nuestros soldados, y nos han citado muchos ejemplos de la gran atención mostrada por nuestras tropas para con las mujeres sin amparo y los niños.

»En cuanto á nosotros, no hemos visto nada que no se pudiera decir delante de las niñas de un colegio.

»Cuando vivíamos en la Colonia del Río Orange, estábamos en el centro del distrito en donde se quemaban las casas de labor, y fuimos testigos de los esfuerzos de lord Roberts para evitar, por medio de la publicación de bandos preventivos, que la gente sufriese; vimos á los oficiales esperar, esperar hasta que los labradores tuvieron tiempo de digerir esas prevenciones, y cuando llegó la hora de hacerlas cumplir, vimos también con cuánta repugnancia oficiales y soldados llevaron á cabo la obra de destrucción; pero nunca supimos de un solo caso en que no hubiese precedido á ello un acto claro y patente por parte del enemigo.

»La narración de un ultraje que se dijo haber tenido lugar en una Casa-misión holandesa, en los barrios bajos de una gran ciudad, sometida á una investigación personal, vino á ser todo lo contrario de un atentado, pues resultó que los soldados que entraron en la Casa, después de llamar y abrirseles la puerta, se retiraron al ver que las señoras que ocupaban la Casa eran misioneras, y no quitaron ni destruyeron cosa alguna; pero tan burda historia, con el consiguiente mal apropiado empleo de la palabra «atentado» llegó á un distrito de la Colonia del Cabo, en donde contribuyó no poco á atizar las llamas de la animosidad y de la rebelión, siendo así que lo que se llamaba «atentado», ni siquiera constituía una simple ofensa.

»Se dirá que el amor que profesamos á nuestros soldados ciega nuestros juicios, pero contestaremos que antes que á nuestros soldados amamos á Dios y amamos la verdad, y que si el caso no hubiera sido así, no lo ocultaríamos».

Esto en cuanto á los hechos generales; pero como es notorio lo difícil que es probar lo que se quiere negar, vamos ahora á los casos particulares que se ha sacado de aquí y de allá, y veamos lo que sacamos de ellos. Uno de estos ocurrió al principio de la guerra, cuando se dijo que había habido dos atentados contra mujeres en el Transvaal septentrional, y ahora vamos á inutilizar esta moneda falsa.

El vicario de Dundee, Colonia de Natal, requerido por el obispo de Natal para que inquirese la verdad acerca de la aserción de que cuatro mujeres de una familia de cerca de Dundee habían sido violadas por los soldados ingleses, contestó que había tenido una entrevista con el suegro de Bester, Jacobo Maritz, uno de los labradores más influyentes del distrito, y que Maritz le dijo:

«Mr. Bailey, hace usted muy bien en dirigirse á mí, porque nuestra familia es la única familia de Bester en el distrito (Mrs. Bester era su hija), y con mi autoridad, puede usted decir que esa historia no es más que un atajo de mentiras.

El otro caso, que se dice haber ocurrido en Dundee, no cita nombres, y lo único que se especifica es que el hombre vestía el uniforme de highlander; y á esto replica el vicario: «Como sabe usted muy bien, no ha habido ningún regimiento de highlanders estacionado en Dundee durante la guerra».

Pero las armas de la calumnia vieron embotados sus filos en el mero hecho de que en Mayo de 1900, deseando el Gobierno del Transvaal aplacar el miedo de las mujeres de las casas de labor, publicó un aviso en el *Volkstem* aconsejando á los burghers que dejaran á sus familias en las granjas, pues el enemigo trataba á las mujeres y á los niños con la mayor consideración y respeto; y sabemos que el presidente Krüger y el general Botha siguieron este consejo al dejar á sus mujeres bajo nuestra protección mientras ellos nos seguían haciendo la guerra; y, en fin, precisamente en aquellos momentos en que Krüger, faltando á la verdad, manifestaba en Marsella que estábamos haciendo la guerra á los niños y á las mujeres, su propia mujer, entonces enferma, estaba tan cuidadosamente atendida por los soldados ingleses, que no se le permitía al transeunte ni mirar curiosamente á las ventanas de la casa en que aquélla estaba, ni fotografiar la casa.

Hubo un intervalo en aquella campaña de calumnia que fué ampliamente compensado por el maligno esfuerzo que luego hizo Mr. Broekhuizen: era éste un ministro de la religión protestante en Pretoria, y, como la mayor parte de los ministros holandeses, furibundo político; y como después de haber dado su palabra de refre-

nar sus sentimientos se le cogiese predicando aún los sermones políticos más inflamatorios, se le aconsejó que dejase el país, y se le dió pasaje gratuito para Europa. Dió á conocer su llegada por un artículo impreso en la *Independance Belge*, en que, entre otras aserciones, declaraba que un 30 por 100 de las mujeres boers habían sido perdidas por los soldados ingleses. Tal declaración, por venir de quien venía, levantó un sentimiento de horror en Europa, y otro sentimiento de cólera y de incredulidad en aquellos que conocían al ejército inglés. Se envió la carta á Pretoria, y obtuvo el siguiente comentario, no oficial, de M. Constançon, ex cónsul suizo en aquella ciudad, que había estado presente durante la ocupación inglesa:

«Estoy, más que asombrado, disgustado, de que un periódico de Lausanne haya impreso tan abominables y asquerosas mentiras.

»Todo el artículo, desde el principio hasta el fin, no es otra cosa que una sarta de mentiras, y su autor, ministro del Evangelio, que es común á todos los hombres, hubiera debido hacer otra cosa que faltar á sí mismo y á los deberes de su cargo del modo que lo ha hecho.

»Durante los diez y ocho últimos años he vivido en Pretoria ó en los alrededores de Pretoria, y conozco á casi todas las familias boers del distrito; pero los dos nombres mencionados por Broekhuizen, de mujeres violadas por las tropas, me son desconocidos, y con toda seguridad no son nombres boers.

»Desde la entrada de las tropas en el Transvaal he viajado continuamente por todo el distrito de Pretoria y parte del de Waterberg, y me he alojado de noche en casas boers, y me he detenido por causa de mis negocios en todas las casas del camino: en la mayor parte de estas casas los hombres se hallaban ausentes, peleando contra los ingleses, y sólo se hallaban en las casas mujeres y niños, y en ninguna parte, ni en ninguna ocasión he oído una sola palabra de queja contra las tropas; es verdad que en una que otra parte se echaban de menos algunas gallinas y se quitaban algunas estacas de las cercas, pero esto es lo que ordinariamente se espera de las tropas en marcha, mientras que por otra parte las mujeres no podían hablar mejor de los soldados y de la conducta de éstos para con las de su sexo. En cualquier parte que se establecía un campamento cerca de poblado, los oficiales ponían un piquete alrededor de la casa para impedir todo hurto, y las mujeres, ricas ó pobres, eran tratadas como señoras.—Y la razón porque las mujeres boers eran tan unánimes en sus alabanzas era porque estaban lejos de esperar tal trato de parte de los vencedores.

»Nuestra ciudad está dividida en cuarteles, y toda mujer ó niño

sin amparo han sido alimentados en ellos, y en uno de éstos tenemos ahora más de 500 personas que reciben raciones del Gobierno inglés, aunque en la mayoría de los casos los hombres están todavía combatiendo contra los ingleses. La conducta de las tropas en las ciudades ha sido admirable: se han cerrado todas las cantinas, y en los seis últimos meses sólo he visto dos casos de borrachera entre los soldados.

»Formamos aquí una pequeña colonia suiza, y no sé de ninguno de mis compatriotas que no pueda corroborar una por una todas mis palabras. Muchos puede que tengan simpatías por los boers, pero en rigor de justicia hacen siempre honor á las tropas inglesas y á sus oficiales por el modo humano con que llevan á cabo esta guerra, y por la manera admirable con que el mismo «Juan Soldado» se porta.»

Con esta misma carta se publicó en la *Gazette de Lausanne*, que había comenzado una investigación, otra de Mr. Gray, ministro presbiteriano de Pretoria, la cual dice:

«Hace pocos días recibí un extracto de su edición del 17 de Noviembre, titulado «La civilisation anglaise en Afrique», y que consistía principalmente en una carta suscrita por H. D. Broekhuizen (no Broesehuizen como se ha impreso), pastor boer de Pretoria; y permitame usted que le asegure que todas cuantas aserciones se hacen en ella con respecto á las atrocidades de los soldados ingleses son un tejido de falsedades y constituyen una intundada calumnia, á la cual sería difícil hallar semejante en los anales de la guerra. Es difícil concebir qué motivos hayan movido al autor, pero es evidente que tienen que haber sido bastante violentos para hacerle inconsiderado en cuanto á los hechos.

«Al recibir el artículo de su periódico de usted, me fuí inmediatamente á hacer averiguaciones en cuanto al posible fundamento que pudiesen tener los cargos que tan furiosamente se lanzan contra el soldado inglés, pues habiendo vivido en Pretoria durante los once últimos años conozco á muchos de los boers de la población; y aquellos á quienes pregunté me aseguraron que no habían sabido nunca de un solo caso en que los soldados ingleses hubiesen violado á una mujer. Se habló de un sólo caso, que nunca se pudo probar, y que era considerado como dudoso. Pero aun concedido que pueda haber ocurrido algún caso aislado de grosería, no sería de sorprender, en vista de las circunstancias actuales; y de todas maneras nunca podría dar motivo para calumniar á todo un ejército. Pero, sin embargo, lo asombroso del caso es que en este país no se habla

de otra cosa que de la sorpresa que en todas partes se tiene al ver la moderación del soldado inglés y su deferencia para con las mujeres».

Á esto replicó débilmente Mr. Van Broekhuizen que no había tal ex cónsul llamado Constançon en Pretoria; á lo cual observó la *Gazette de Lausanne* que aquel caballero era bien conocido, puesto que había ejercido aquel cargo durante muchos años, añadiendo que si Mr. Van Broekhuizen estaba tan mal informado en una cuestión tan sencilla no era de presumir que fuese muy exacto en otras que eran más discutibles. Así se clavó en el mostrador otra moneda falsa; pero sólo después de haber circulado tanto que muchos que la pasaron no sabrán jamás que al fin se probó que era de mala ley. Por increíble que parezca, esta falsedad se repitió por un doctor Vallentin en 1902 en la *Deutsche Rundschau*, de la cual la tomaron otros principales periódicos alemanes, sin hacer referencia á que hubiese sido refutada ya en 1901.

Vamos ahora por un momento al testimonio dado por miss Alice Bron, la cariñosa enfermera belga, que ha servido en ambos bandos durante la guerra y puede, por lo tanto, ofrecer un buen tipo de comparación. He aquí algunas frases de su informe:

«He oído decir tan á menudo, y tanto lo he oído repetir, que los soldados ingleses son la escoria de Londres y la flor y nata de los criminales, que su conducta me asombra».

Esta es la opinión de una señora que ha pasado dos años al servicio de la humanidad en campo abierto. He aquí ahora una ó dos de las cosas especiales que dice:

«¡Qué agradecidos y respetuosos son! Voy al hospital de noche sin el menor temor, y cuando el centinela me oye contestar á su «¿Quién vive?», «Hermana», me dice siempre, «usted dispense.»

He visto al último de ellos con sus atenciones afectuosas, su respeto y su confianza.

«En este concepto podría narrar muchos episodios de un sentimiento delicado de parte de estos pobres soldados. Un soldado inglés herido estaba hablando de Cronje: «¡Ay, hermana, dijo, me alegro mucho de que hayamos hecho tantos prisioneros!» «¿Por qué?, le pregunté, temiendo oír palabras de odio.» «¡Ah, me dijo, me he alegrado de saberlo porque ahora sé que, á lo menos, esos no serán muertos ni heridos. No dejarán ni mujeres ni hijos, ni sufrirán lo que estamos sufriendo.»

Describe cómo conoció al general Wavell:

«Ya ve usted que hemos venido á protegerlas.»

«Sonreímos y nos inclinamos, y yo pensé: «Conozco demasiado bien á tus soldados, general, y no necesitamos de protección.»

Pero la guerra podía haber enfurecido á los combatientes, y en este supuesto será interesante saber las impresiones de la enfermera Bron á fines de 1901. Refiere su conversación con un boer:

«Todo lo que tengo que decirle á usted es que lo que ustedes hicieron allí no se ha visto nunca en ninguna guerra. Nunca, en ningún país del mundo, se ha cometido un acto tan villano como el de hacer fuego contra un hombre que se acerca á una bandera blanca.»

«Muy pálido, el jefe, perfecto caballero, de cincuenta y tres años y padre de once hijos, dijo: «Tiene usted razón, hermana.»

«Y ya que hablamos de estas cosas, le dije, diré que comprendo muy bien que ustedes defiendan á su país; pero lo que no excuso es el que mientan ustedes como mienten acerca de estos ingleses.»

«Repetimos lo que nos dicen.»

«No, le contesté; todos ustedes mienten, y lo saben; y mienten con la biblia en las rodillas mientras invocan el nombre de Dios; y gracias á esas mentiras toda Europa cree que el ejército inglés se compone de ladrones y asesinos; y ya ve usted cómo le tratan aquí.»

Pasa á describir cómo los tratan; pero debe observarse que los pacientes no eran combatientes boers, sino rebeldes del Cabo, que estaban sujetos á una ejecución inmediata. Este era el régimen dietético después de haberseles practicado una operación:

«Durante ocho ó diez días el paciente tiene champagne *de las marcas francesas más acreditadas* (las *italicas* son suyas) en grandes cantidades, luego coñac viejo y, por fin, Oporto, cerveza negra ú otra á elección, con cinco ó seis huevos al día batidos en leche y aguardiente, y así hasta llegar á una dieta completa, de la cual yo, aunque en perfecta salud, no hubiera podido comer más que la mitad.

«Esto, dice, es otro ejemplo de la ferocidad con que, según la prensa europea, los verdugos ingleses han llevado á cabo la guerra.»

Las Hermanas de Nazareth en Sud Africa son una institución que está por encima de las preocupaciones políticas y de raza. Pues ahora vamos á citar las palabras dadas á la prensa por la Madre Superiora:

«Cada correo recibo cartas; pero nunca hay en ellas una palabra que sea el menor reproche de la conducta de los soldados. En cuanto al soldado inglés en general, nuestras hermanas de varias partes de la Colonia, que han estado mucho en contacto con los militares de todas graduaciones, manifiestan que no pueden tener palabras

bastantes para ensalzar su cortesía, urbanidad y buen comportamiento en todas ocasiones.»

No son estas las impresiones que han dado al mundo los agentes boers que tienen á su disposición el dinero para gastos secretos con su influencia en la prensa europea. La constante corriente de falsas aserciones y de mentiras ha emponzoñado los sentidos de Europa y ha abierto un abismo perdurable entre nosotros y los alemanes, nuestros congéneres.

Se ha acusado á las tropas inglesas de fusilar mujeres; y realmente es maravilloso que no se haya muerto á muchas mujeres, porque no pocas veces las casas de labor se han defendido por los hombres mientras estaban dentro las mujeres. En realidad, pocos son los casos en que se ha herido á una mujer. Una amazona, fusil en mano, fué muerta en la línea exterior de Ladysmith, y otra nueva víctima dió origen al famoso mito de Eloff, que prestó asunto á muchos cartones y escritos en los periódicos. La acusación era de que á sangre fría habíamos muerto de un tiro á la sobrina de Krüger, y un diario de la mañana de Berlín contó la historia, embelleciéndola con muchos detalles artísticos, como sigue:

«Cuando él vió á su mujer en el suelo, y que apenas podía incorporarse, trató de correr en su auxilio; pero aquellos inhumanos le sujetaron. El oficial le aseguró que la mujer tenía la sien atravesada por un balazo y que tenía que morir, y la dejaron allí expirando. Por la noche oyó él que le llamaban; era su mujer que aún vivía después de doce horas de agonía; cuando llegaron á Rustenburg estaba muerta. Esta mujer era Frau Eloff, la sobrina de Krüger. Además de la simpatía por la pérdida que Krüger ha sufrido, esta narración renovará el acerbo sentimiento de todos contra la brutalidad de la guerra inglesa.»

Esta historia se sirvió de diferentes modos por muchos periódicos. He aquí ahora la sencilla narración que lord Kitchener hace del asunto:

«Ninguna mujer de ese apellido ha sido muerta; pero la relación pudiera referirse á la señora de Vandermerve, que, desgraciadamente fué muerta en una granja, desde la cual hacía fuego su esposo. La señora de Vandermerve era la cuñada de Eloff. La muerte de una mujer de una bala perdida es muy de sentir; pero parece claro que su esposo fué el responsable de la lucha que ocasionó la desgracia.»

Este es el fin de otro mito. Sin embargo, ahora observo (Navidad de 1901) que un periodista del Continente, al describir una en-

trevista con Krüger, dice: «Iba de luto á causa de la muerte de una sobrina que murió de un balazo». ¿No pudiera ser que la causa del luto fuese la muerte de su señora?

Pues aún queda otra invención que está destinada á la misma suerte, y es la historia de que en la escaramuza de Graspan, cerca de Reitz, en 6 de Junio, los ingleses se defendieron á cubierto de las mujeres, asunto que proporcionó también excelente material á los caricaturistas alemanes. La pintura de filas de encantadoras doncellas boers encadenadas al aire libre y teniendo detrás á los sanguinarios soldados era demasiado tentadora para no ser aprovechada por el sensible artista. Nada faltaba á aquel cartón perfecto, sino que el asunto hubiese sido verdad. He aquí la narración, tal como aparece en un periódico alemán:

«Cuando los ingleses, en 6 de Junio, fueron atacados por los boers, ordenaron á las mujeres y á los niños que dejasen los carros, y colocándolos enfrente de los soldados hicieron fuego por debajo de los brazos de las mujeres, contra los boers que se se acercaban. Ocho mujeres y dos niños cayeron bajo el fuego de los boers, que al ver esto dejaron de tirar, y aullando como bestias feroces, rompieron por entre las líneas de los soldados y mataron á culatazos á los ingleses como perros rabiosos.»

Las verdaderas circunstancias de la acción, tal y como pueden recogerse, son como sigue:

En las primeras horas del 6 de Junio, el Mayor Sladen, con doscientos hombres de infantería montada, cayó sobre un convoy de cien carros, é hizo prisioneros cuarenta y cinco hombres; los carros estaban llenos de mujeres y niños. Mandó hacer alto á sus hombres y esperó la llegada del cuerpo principal (De Lisle).

Mientras esperaba, fué furiosamente atacado por una gran fuerza boer, cuatrocientos ó seiscientos hombres á las órdenes de De Wet. Los ingleses se metieron en un kraal de kafires y desde allí hicieron una desesperada resistencia. El largo tren de carros, con las mujeres aún dentro, se extendía desde el kraal á lo ancho de la llanura, y los boers los emplearon como puntos cubiertos para atacar la aldea, con lo cual resultó que las mujeres y niños se hallaban bajo un doble fuego de una y otra parte. Parece que fueron heridos una mujer y dos niños, aunque es difícil decir si lo fueron por los boers ó por los ingleses; el convoy y los prisioneros quedaron en poder de los ingleses. Es evidente, pues, que sería tan justo decir que los boers se sirvieron de sus mujeres como puntos cubiertos en su avance, como que los ingleses hicieron lo mismo para su

defensa. Probablemente, en el calor de la pelea, unos y otros pensaron más en los carros que en lo que había dentro de ellos.

Estos casos, juntamente con otro de Middelberg, donde se dice que en un ataque nocturno de los boers fueron heridos dos ó tres albergados de un campo de refugiados, forman los únicos casos conocidos en esta guerra; y sin embargo, un periódico alemán, tan bien reputado como el *Kladeradatsch*, no se avergüenza de publicar el dibujo de una granja arruinada, con mujeres muertas extendidas alrededor, y un niño colgando de las ramas de un árbol; es cierto que el *Kladeradatsch* tiene fama como periódico cómico, pero debería poner límite á sus gracias.

En su folleto sobre los *Methods of Barbarism* (Métodos Bárbaros), Mr. Stead ha publicado recientemente un capítulo titulado «Una vista del panorama del infierno», en que trata de la evidencia en el juicio de Spolestra. Este Spolestra era un holandés que, habiendo prestado juramento de neutralidad, envió después, sin someterla al censor, una carta á un periódico holandés, en la cual se dirigen ataques calumniosos contra el ejército inglés. Fué juzgado por este delito y condenado á una multa de cien libras por habersele condonado la prisión. Durante el juicio llamó un gran número de testigos al objeto de probar sus cargos contra las tropas, y con motivo del testimonio de Spolestra, Mr. Stead se extiende en consideraciones bajo el epígrafe antes mencionado.

Mr. Stead principia su acusación con un párrafo que habla por sí solo:

«Es tan sólo una voz entre muchas personas, y no solamente aquellas que han abogado por la guerra, eso de que el ejército inglés haya pasado dos años en las Repúblicas Sudafricanas, sin que se le haya probado un solo caso de inmoralidad á un solo soldado. Quisiera poderlo creer; pero ahí está el dicho familiar de Rudyard Kipling de que Tommy Atkins no es un santo de yeso, sino un soltero encerrado en un cuartel, ó en nuestro caso, un soltero metido en un campamento y muy parecido á los demás seres humanos. Todos sabemos bien lo que significa, y no hay padre de familia en el Parlamento, ni en la prensa londonense que permitiera á su criada pasar la noche en un parque público en tiempo de paz en compañía de una veintena de soldados, y si lo permitiera, creería que exponía á esa muchacha á la pérdida de su reputación. Y esto es, no solamente cosa admitida, sino practicada, entre las personas decentes que viven en ciudades donde hay guarnición ó en las inmediaciones de los cuarteles. ¿Cómo, pues, va á suponerse

que cuando esos hombres se ven libres de todas las trabas de la civilización y son enviados á quemar y destruir y saquear á su libre voluntad y gusto van á sufrir de repente una transformación tan completa como la de respetar escrupulosamente á las mujeres é hijas del enemigo? Ya sé que es hacerse impopular decir esto, y ya oigo los gritos de execración de aquellos que afirmarán que calumnio á los valientes soldados que están perdiendo sus vidas en defensa de los intereses del Imperio; pero no digo una palabra contra los soldados, sólo digo que son hombres.»

Y añade:

«Es un hecho muy desagradable, pero se le tiene que mirar á la cara como á los demás hechos. No se puede llevar á cabo una guerra, y no se ha llevado á cabo ésta sin exponer una multitud de mujeres casadas y solteras á los peores extremos de la violencia: es un incidente evitable de la guerra y uno de los fenómenos normales del infierno militar. Es absolutamente imposible el dar un estado comparativo ó cualitativo del número de mujeres que han sufrido una injusticia de parte de nuestras tropas.»

¿Se ha puesto alguna vez en el mundo argumento semejante en una cuestión tan seria? Cuando se le desnuda de retóricas quiere decir, simplemente, que 250.000 hombres han cometido actos de violencia. ¿Cómo pruebo esto? Porque hay en Sud-Africa 250.000 hombres y, por lo tanto, deben cometer esos atentados. Dejando aparte todo sentimiento de caballerosidad, toda idea del deber y toda consideración noble, ¿ignora por ventura Mr. Stead que si un soldado ha cometido semejante acto y su víctima puede señalarle con el dedo, la vida de ese hombre estará a medida por el tiempo que se necesitara para reunir un Consejo de guerra? ¿Hay un solo hombre que ignore esto? ¿Hay un solo boer que lo ignore? Es la única ofensa para la cual no habría perdón posible. ¿Son por ventura, los boers una raza tan pobre de espíritu que no tuvieran sentimientos de venganza? ¿Habría acaso oficial que quisiera tomar sobre sí la responsabilidad de no dar parte del hombre que fuese acusado de tal crimen? ¿Qué se ha hecho entonces de la lista de los hombres que, de ser cierta una acusación tan grave deberían haber sido castigados? No hay tal lista, porque semejante cosa no ha ocurrido nunca.

Llevándonos á las consecuencias del juicio, Mr. Stead nos hiela la sangre hablándonos de once mujeres que, bajo juramento, se levantaron para dar fe del mal trato que habían recibido á manos de nuestras tropas; y aunque á juzgar por el contexto, el lector ordinario pudiera, naturalmente, imaginar que estas once mujeres se quejaban

de un mal trato que tenía relación con su sexo, y aun que en la frase siguiente Mr. Stead habla de «tan horribles y vergonzosos incidentes», al examinarlos, se prueba que de los once casos, ocho no tienen en sí nada de ofensa contra la moral, y que en muchos de ellos ni siquiera hay nada de criminal. Uno es que se desenterró un ataúd para ver si había armas en él, y aunque en este caso el registro fué sin resultado, en otros los había dado. Otro caso era que se había registrado la cama de una mujer enferma, pero no se hacía la menor referencia á ningún acto indecoroso, y otros dos eran que dos mujeres habían dado á luz en los carros durante el viaje; «los soldados no molestaron á las mujeres ni durante el parto, ni después de él; no miraron en los carros», dice el testigo. Estas son las trivialidades que Mr. Stead quiere presentarnos como «horribles y vergonzosos incidentes».

Había, empero, tres casos de violencia en mujeres, y uno de ellos se imputaba á cierto Mr. E....., del «Intelligence Departement» y el simple empleo de las palabras Mr., y del «Intelligence Departement», no son prueba de que ese hombre pueda ser considerado como un individuo del ejército inglés, y lo que se infiere es que era un paisano, y más aún, que era un paisano holandés. Los apellidos ingleses que pudieran convenir con E....., no son comunes, al paso que el apellido holandés de Esselen, ó Enslin lo es. «No he estado nunca en el «Intelligence Departement» para averiguar si realmente pertenecía á ese Departamento» dice la mujer, y añade que E..... hacia de intérprete, y entonces, seguramente, tenía que ser holandés. Y en tal caso, ¿por qué es su apellido el único que se disfraza? ¿No es esto algo sospechoso?

El segundo caso fué el de miss Gows, la cual narró su desgracia al pastor van Broekhuizen, á quien le hizo una impresión tal, que le llevó á declarar que un 30 por 100 de las mujeres del país habían sido perdidas por los soldados. A juzgar por su propio relato parece que miss Gows fué tratada muy groseramente, aunque no afirma que el raptor llegara al último extremo, pues se limita á decir que usó de muy malos términos en la conversación. El esposo en su declaración dice que «ha visto un gran número de soldados, y que todos se portaban bien, y que podía hablar bien de ellos». Añadía que un oficial inglés había recibido declaración á su esposa, y que el Provost Marshal y el gobernador militar estaban interesados en que se averiguara aquel asunto. Aunque no se cometió ningún acto de violencia, es de esperar que el hombre que tan grosero fué para con una mujer sin amparo, será, tarde ó temprano, identificado y castigado.

Y ahora queda un solo caso, el de miss Botha, de Rustenburg el cual, si la narración se confirmase, sería de lo peor que pudiera ser. Pero lo misterioso del caso es, que según la relación de dicha señora, estaba acampada en aquellas cercanías una fuerza inglesa y, sin embargo, ni ella ni su esposo dieron á aquella fuerza la queja que hubiera llevado al más ejemplar castigo al criminal. El dejar de producir la queja no pudo haber sido por el deseo de evitar la publicidad de semejante hecho, supuesto que la declarante refirió la historia en presencia del Tribunal. No hay el menor indicio acerca de quién pudiera ser aquel soldado, y la declarante hasta ignora la fecha. ¿Qué puede hacerse en semejante caso? El presidente del Consejo de guerra, en un momento de indignación que prueba que por lo menos él no participa de las ideas de Mr. Stead con respecto á la frecuencia de tales crímenes en Sud-Africa, dijo: «Si cosa tan horrible ha podido sucederle á una mujer, ¿no hubiera debido ser el primer deber de un hombre salir y entregar al criminal á la justicia? Su deber era poner en peligro su vida para hacerlo. Y no tenía que tener miedo, porque los ingleses no somos una nación de bárbaros». Sin embargo, el marido no había dado paso alguno. Podemos tener la seguridad de que si es que existe este caso, ocupará aun hoy, especialmente, la atención de Provost Marshal, y que temprano ó tarde será un escarmiento en materia de disciplina y de humanidad, para la guarnición más próxima. Tal fué el juicio de Spolestra. Mr. Stead habla con mucha verbosidad de los cargos hechos, pero omite el hecho esencial, y es que después de un juicio circunstanciado no se probó ninguno de ellos.

No puedo terminar el capítulo de mejor manera que con las palabras del Rev. P. S. Bosman, superior de la Iglesia Reformada holandesa de Pretoria:

«Ni un solo caso de violencia criminal ni de rapto que se diga cometido por las clases ó por los soldados del ejército inglés en Pretoria contra las mujeres boers, ha llegado á mi conocimiento; he interrogado á distintos señores acerca de este asunto, y su testimonio es también el mismo.» (1)

Pero Mr. Stead dice que los hay, y que ha debido haberlos porque en Africa hay 250.000 hombres. ¿Puede llevarse más lejos lo perverso del argumento? Pero nosotros, ¿á quién hemos de creer, al periodista de Londres, ó á nuestros propios enemigos, que están allí?

(1) Ha llegado á mis oídos un ejemplo en que un hombre que durante la acción había estado cuidando unos caballos, escribió una narración muy animada, y que se ha citado mucho, del número de boers á quienes había muerto á bayonetas.

CAPÍTULO IX

OTROS CARGOS CONTRA LAS TROPAS INGLESA]

BALAS EXPANSIVAS Y EXPLOSIVAS

Cuando Mr. Stead se entrega á sus vagas retóricas es difícil acorralarle; pero cuando se circunscribe á aseeraciones bien determinadas es ya más susceptible de ataque. Así en sus *Methods of barbarism* afirma rotundamente que «Inglaterra envió á Sud-África varios millones de cartuchos de balas expansivas, y que durante los tres primeros meses de la guerra no se usaron otras balas en el Norte del Transvaal ni en Mafeking». Mr. Methuen, apoyado en el testimonio de una carta del teniente de Montmorency, del Real Cuerpo de Artillería, manifiesta también que desde el 12 de Octubre de 1899 hasta el 15 de Enero de 1900, las fuerzas inglesas al Norte de Mafeking no usaron otras municiones que la marca IV, que no son balas dum dum, aunque son balas expansivas.

Como se ve, la aseeración de Mr. Methuen difiere muchísimo de la de Mr. Stead, porque Mr. Stead dice «en Mafeking» y Mr. Methuen «al Norte de Mafeking». Durante aquel tiempo se peleaba mucho en Mafeking y muy poco al Norte de Mafeking, de modo que la diferencia es muy esencial. Para comprobar la aseeración de Mr. Stead acerca de Mafeking me dirigí al general Baden Powell, como la persona más autorizada para hablar de lo que allí ocurría, y tengo á la vista su contestación: «No teníamos balas expansivas en la provisión de Mafeking, á menos de que llame usted bala expansiva á la bala ordinaria del Martini-Henry. Por principios de humanidad hubiera dejado de usarlas; pero además se había publicado una orden general del ejército contra el uso de las balas dum dum en esta campaña. Por otra parte, las balas explosivas están expresamente prohibidas por la Convención de La Haya, y, á pesar de eso, los boers las usaron á su gusto contra nosotros en Mafeking, especialmente en 12 de Mayo».

He tratado también de comprobar la aseeración en lo que se refiere á las tropas del Norte de Mafeking, y, acerca de ellas, la misma autoridad superior dice: «Con respecto á la fuerza del Norte, bien pudiera ser posible que algunos cazadores de la columna de Rode-

sia hubieran tenido consigo algunas de esas balas; pero yo no he sabido de ninguno que las tuviese». Un amigo mío que estuvo en Lobatsi durante la primera semana de la guerra me asegura que nunca vió otras balas que las sólidas. Debe, sin embargo, reconocerse que las circunstancias en que se hallaba la fuerza de Rodesia eran muy excepcionales, pues ya en el segundo día de la guerra se le cortaron las comunicaciones con el Sud, y durante siete meses dependieron enteramente de la larga y tortuosa ruta de Beira para las provisiones que recibían; y cualquiera puede ver que en tales circunstancias la dificultad de armamento es más difícil de mantener que en el caso de un ejército que tiene asegurada su base.

En rigor, la bala expansiva no es contraria á la Convención de La Haya, y los representantes de los Estados Unidos y de la Gran Bretaña sostuvieron decididamente esta doctrina. No puedo menos de pensar que al adoptar esa opinión aquellas dos ilustradas y filantrópicas naciones obraron mal aconsejadas; pero como aquellas estipulaciones eran, naturalmente, obligatorias tan sólo para las potencias que las habían firmado, claro está que en combates contra desesperados salvajes podía emplearse aquella bala, única que podía parar al hombre. Mas cualesquiera que sean las razones que nos movieran á adoptar la opinión que allí adoptamos, pronto hemos recibido el pago, puesto que nos hemos visto privados, no sólo de pagarles en la misma moneda cuando los boers las han usado contra nosotros, sino hasta de quejarnos.

Nuestros soldados han sido más humanos que nuestros diplomáticos de La Haya, pues á pesar de la reserva del derecho de usar estas municiones, se ha hecho todo lo posible para excluirlas de la línea de fuego, por más que el desgraciado incidente ocurrido al principio de la campaña diera cierta razón á nuestros enemigos para sospechar de nosotros. Los hechos fueron los siguientes:

Al fin de la primavera de 1890 centenares de millares de balas de punta perforada, fabricadas en Inglaterra fueron rechazadas como no satisfactorias por no ser de exacto calibre, etc., y se mandaron á Sud-África con el solo objeto de usarlas en el tiro al blanco, y cierta cantidad de estas municiones, conocidas como «Marca IV Metford», se envió á Dundee por orden del general Symons para práctica en los ejercicios de fuego. Como la marca IV no era para usarse contra las razas blancas, esos cartuchos se mandaron recoger tan pronto como Krüger declaró la guerra, y los oficiales que tenían la responsabilidad de hacerlo creyeron que se habían devuelto todos ellos. Sin embargo, parece ser que por alguna equivocación

cometida al empaquetarlas en Inglaterra, algunas de estas balas, marca IV, debieron haberse mezclado con las municiones ordinarias ó con la marca II, y los boers se las encontraron á nuestros hombres en 30 de Octubre. En su virtud, se ordenó una minuciosa inspección, y se hallaron en las cartucheras de nuestros hombres algunas balas marca IV, que se les quitaron inmediatamente; pero la presencia de esas balas fué puramente casual é indudablemente causada por una equivocación en el Parque de Artillería mucha antes de la guerra; y esta fué la razón de que al principio de la guerra *se disparasen por los ingleses algunas balas de punta perforada sin conocimiento de éstos.*

Lo que ordinariamente se conoce con el nombre de bala dum dum es la bala «softnosed»; pero la bala de reglamento número 2 se fabrica también en la fábrica dum dum, y los boers, al ver la etiqueta dum-dum en la envoltura de aquéllas, creyeron que eran balas softnosed, lo que no era cierto.

Debe reconocerse que hubo algún descuido en permitir que semejante clase de municiones se enviasen al teatro de la guerra. Cuando la milicia Derbyshire fué hecha prisionera por De Wet en Roodeval los boers cogieron una porción de paquetes de cartuchos de caza de los que los oficiales solían usar en la caza de jabalíes, y mi amigo Langman que estaba presente vió á varios de los boers llenarse las cartucheras de estos cartuchos, con la plausible excusa de que lo único que hacían era usar nuestras municiones. No se hubiera debido permitir nunca que tales cartuchos se hubieran enviado allí; pero, á pesar de estas «planchas», se ve hasta la evidencia que se hicieron todos los mayores esfuerzos para hacer la guerra todo lo humana posible. Me hallo dispuesto á creer que una investigación más cocienzuda demostrará que lo mismo puede decirse de nuestros enemigos y que, á pesar de ciertas excepciones individuales, no han usado sistemáticamente más bala que la que uno de ellos llamó «la bala de los caballeros».

CONDUCTA PARA CON LOS PRISIONEROS EN EL CAMPO

Con respecto á esto, los soldados ingleses se han visto también expuestos á ataques, no sólo en Inglaterra, sino en el extranjero, ataques tan infundados y tan vergonzosos como la mayor parte de los que hemos ya descrito.

La primera ocasión en que cayeron en nuestras manos prisioneros boers fué en la batalla de Elandslaagte, el 21 de Octubre de 1899; pues bien, la noche aquella se pasó por las tropas vencedoras

entre un diluvio de agua en torno de aquellas hogueras que se lograron encender, y está consignado por varios testigos oculares que el mejor lugar de ellas se reservó para los prisioneros boers. Se ha afirmado y vuelto á afirmar que cuando los lanceros cargaron contra una pequeña fuerza del enemigo, después de la acción, no dieron cuartel, «aserción bien averiguada y bien familiar», dice un crítico. En hecho de verdad, creo que este mito tuvo origen en un dibujo de un periódico ilustrado. La carga se dió ya muy caída la tarde, cuando la luz era ya dudosa, y en tales circunstancias es siempre posible en escena tan furiosa y de tanta confusión como esas que el hombre que ya se ha rendido sea acuchillado ó pisoteado; pero la caballería volvió con veinte prisioneros, y el número de los que habían muerto ó herido no se supuso exceder á éste; de modo, que la verdad es que no hubo una matanza á discreción. He leído una carta del oficial que mandaba la caballería y que ordenó la carga, en la cual le refiere confidencialmente el hecho á otro oficial, y en ella habla de prisioneros; pero no hace referencia á ningún acto brutal de parte de los soldados.

Mr. Stead da mucha importancia á una porción de extractos de cartas de soldados que están en el teatro de la guerra y que hablan de haber cosido á bayonetazos á sus enemigos; pero tales expresiones deben tomarse con gran desconfianza, pues al soldado le pued: divertir el pintarse á sí mismo como á modo de un hombre terrible á los ojos de sus amigos que están en sus casas (1); y aunque en el caso de que ciertos ejemplos aislados se probasen, sólo vendrían á demostrar que hombres de un carácter muy repentino en el ardor de la pelea están más bien propensos á no contenerse, ni por la disciplina ni por el ejemplo ó las exhortaciones de sus oficiales; y esos ejemplos no dudo se encuentren en toda clase de tropas y en todas las guerras. Pero el apoyarse en ellos para dirigir una acusación de brutalidad ó crueldad en un sentido general es injusto de parte de un extranjero y antinatural de parte de nuestra propia gente.

Contra todos esos cargos hay una contestación definitiva y completa, y es que tenemos hoy en nuestro poder 42.000 hombres prisioneros de las naciones boers, y que estos afirman (y nosotros no podemos negarlo) que sus pérdidas en muertos durante los dos años de guerra han sido extraordinariamente pequeñas; y siendo esto así, ¿cómo se compaginan estos hechos ciertos y admitidos con

(1) Desde la publicación de esto he recibido una carta de la persona que distribuyó las municiones á la fuerza de Rodesia manifestando que todas las balas eran sólidas. Sería curioso saber si Mr. de Montmorency hizo la aserción que se cita, y si la hizo, saber qué es lo que quería decir.

el dicho de que se ha negado cuartel? Para los que, como yo, haya visto á los soldados ingleses bromear y fumar cigarrillos con sus prisioneros á los cinco minutos de haberlos cogido, semejante acusación es risible; pero los hechos arriba expuestos deben ser concluyentes aun para el hombre menos imparcial.

Me temo que los artículos del Tratado de La Haya, cuando se pongan á prueba, van á resultar, por muchos conceptos, tan sólo un consejo ideal de perfección; porque es ciertamente la prueba extrema del dominio de sí mismo y de la disciplina (prueba de que han salido airoas las tropas inglesas en Eland-laagte, Bergendal y en muchos otros lugares) tomar por asalto una posición y dar cuartel á aquellos defensores que sólo te rinden en los últimos momentos. En realidad, parece que es pedir demasiado, porque los asaltantes han sufrido terriblemente, han perdido á sus amigos y á sus oficiales, en el frenesí de la batalla asaltan la posición, y, por fin, ya en el último instante, los hombres que les han causado todo este daño salen ilesos de detrás de las piedras y reclaman su propia seguridad personal; sólo en aquel momento ha visto el soldado á su antagonista ó ha estado en condiciones iguales á las de aquél, y entonces debe darle cuartel: ha de confesarse que esto es exponer á la naturaleza humana á una prueba muy dura.

Pero si este principio puede sostenerse con respecto á la fuerza que defiende una posición, ¿es lo mismo para con el simple sniper? La posición de éste no se ha definido nunca en las estipulaciones de La Haya, y no se dictan allí disposiciones acerca del modo de tratarle; y no es de extrañar que las tropas que se han visto atormentadas por él, se tomen la ley por su mano, y le juzguen de una manera sumaria. Precisamente el art. 1.º de las estipulaciones de La Haya, dice que todo beligerante deba ser mandado por una persona responsable, llevar un emblema distintivo visible á distancia, llevar armas que estén á la vista, y es evidente que el sniper boer que saca su fusil de su escondrijo para hacer blanco en los Rooineks desde un kopje seguro, no cumple con ninguna de esas tres condiciones, y, según la letra de la ley, está indudablemente fuera de las leyes de la guerra.

Pero, según el espíritu de la ley, lo está más aún, porque el agazaparse detrás de las rocas y tirar á aquellos que no pueden decir de dónde viene la bala, no deja mucha distancia entre él y el asesino, pues sus víctimas no le ven nunca, y en la mayor parte de los casos no incurre en ningún peligro personal. Creo que tales casos han sido muy raros; pero si los soldados han fusilado á ese hombre

sin dar cuenta á sus oficiales, ¿puede decirse que eso sea una acción inexcusable ó que esté fuera de las estrictas leyes de la guerra?

En la *Gazette de Lausanne* veo que un soldado suizo, llamado Pache, que había vuelto de la guerra (en donde había peleado al lado de los boers) manifestaba su sorpresa porque los ingleses, después de las pérdidas que habían sufrido al asaltar una posición hubieran dado cuartel, de la manera que lo dieron, á aquellos que tales pérdidas les habían causado.

«Sólo una vez—dice—en la acción de Tabasberg, he visto á los boers sostener su posición hasta el último extremo, y ante el asalto final del enemigo, hacer una inútil descarga y arrojar luego al suelo los fusiles, y alzando las manos, implorar cuartel de aquellos á quienes habían hecho fuego á corta distancia, y me quedé asombrado de la clemencia de los soldados al perdonarles la vida. Yo, por mi parte, les hubiera dado muerte».

Acerca del trato de los prisioneros después de su captura, apenas hay necesidad de hablar, pues hay conformidad de parecer, tanto en Inglaterra como en el extranjero (entre aquellos que han podido formar una opinión), de que los prisioneros han sido tratados con humanidad y con generosidad; y estas noticias vienen lo mismo de Green Point, Santa Elens, Bermuda, Ceilán, Ahmednager, que de todos los demás campos. Cuando se escogió Ahmednager, en la India, como punto de prisión provisional, se alzó una gritería contra las autoridades, y con aquel desenfreno con que se habían hecho todas las demás acusaciones, se afirmó que era un nido de enfermedades; á pesar de lo cual, la experiencia ha demostrado que no había un átomo de verdad en aquellas manifestaciones, y que el campo ha sido de lo más sano; y como es el único que ha sido sometido á una severa crítica, no será inútil dar á continuación las deducciones de Mr. Jesse Collings, hechas durante su visita á aquel campo el mes pasado:

«Los oficiales boers, hablando en nuestro nombre y en el de nuestros hombres, no tenemos nada de que quejarnos, y como prisioneros de guerra no podemos estar mejor tratados, y el mayor Dikenson (deceaban muy especialmente que se insertase esto) es todo lo amable y considerado que se puede ser».

Algunas aserciones estupendas se hicieron también en los Estados Unidos en cuanto al estado de los Campos de Bermuda; pero la averiguación abierta por un periódico, ha demostrado que no hay cargo alguno que hacer contra ellos.

Mr. John J. O. Rorke escribe al *New York Times* diciendo:

«Que en vista de los falsos testimonios levantados respecto al tratamiento de los prisioneros boers en la isla Bermuda, se había procurado la opinión fidedigna de uno de sus corresponsales allí... El nombre del corresponsal es Musson Wainwright, y Mr. O. Rorke lo considera como uno de los residentes de más influencia en la isla». Dice: «Que los boers en Bermuda están mejor que muchos habitantes de Nueva York, y les sobra la carne, el pan, todo en fin; lo único que no tienen es libertad. Tienen allí buenos hospitales y buenos médicos, y aunque es verdad que algunos boers andan escasos de ropa, son muy pocos, y el Gobierno les está preparando la ropa. En general, pues, dice Mr. Wainwright, Inglaterra está tratando á los boers mucho mejor de lo que la mayor parte de la gente lo haría».

Compárese esto con las privaciones, ciertas muchas de ellas, innecesarias, que nuestros soldados soportaron en Waterval, cerca de Pretoria, con el cruel descuido que allí se tuvo con los enfermos de la fiebre entérica, y con aquel bárbaro tratamiento dado á los prisioneros coloniales ingleses, que fueron encerrados en celdas por la absurda razón de que al pelear por su bandera eran traidores á la causa africaner.

EJECUCIONES

El número de ejecuciones de boers, en contraposición al número de ejecuciones de los rebeldes del Cabo, ha sido muy pequeño en una guerra que dura ya veintiséis meses, pues en cuanto he podido llevar cuenta de ellas, se limitan á la ejecución de Cordua, por quebrantamiento de palabra y conspiración, en 24 de Agosto de 1900, en Pretoria; el fusilamiento de uno ó dos que envenenaron caballos en el Nátal, y el de tres hombres después de la acción de 27 de Octubre de 1900, cerca de Frederistad: estos hombres, después de haber arrojado las armas y recibido cuartel, las volvieron á coger é hicieron fuego por la espalda á nuestros soldados. No hay duda de que ha habido otras ejecuciones aisladas acá y allá en la vasta escena de la guerra; pero no hallo mención de ellas, y si existen deben de ser pocas en número. Desde principios de 1901 se han fusilado cuatro hombres en el Transvaal, ó sea tres en Pretoria, por espionaje y quebrantamiento de palabra, y uno en Johannesburg por un caso grave de romper la neutralidad é incitar á los boers á la resistencia.

Al principio de la guerra, un 90 por 100 de los labradores del distrito Norte de la Colonia del Cabo se unió á los invasores, y cuando los boers fueron expulsados, estos hombres se rindieron en su mayor parte. El Gobierno inglés, reconociendo que se les había hecho

presión y que se habían encontrado en una situación muy difícil, no aplicó á los soldados rasos más pena que la de privarles de la franquicia por unos cuantos años, al paso que unos cuantos, como los rebeldes de Douglas, que fueron cogidos *in fraganti* en el campo de batalla, fueron condenados á períodos de prisión que variaban de uno á cinco años.

Esto fué en 1900. Pero en 1901 los boers hicieron en la Colonia una invasión que difirió muchísimo de la anterior; pues en la primera de las dos el país había sido ocupado por las fuerzas boers, que llegaron á ejercer verdadera presión sobre los habitantes, mientras que en la segunda los invasores eran meras partidas de mero-deadores que recorrían muchos lugares sin ocupar ninguno; de modo que el súbdito inglés que se les uniera, en el primer caso podía alegar fuerza mayor, mientras que en el segundo su acción era indudablemente hija de su libre voluntad.

Tales partidas, siendo como eran movibles en extremo, y no peleando nunca sino cuando se hallaban con superioridad considerable, penetraban en todas partes de la Colonia y seducían á un gran número de súbditos ingleses para que faltasen á la lealtad; el ataque de pequeños puestos y el descarrilamiento de trenes, ya militares, ya de paisanos, eran sus principales ocupaciones, y para ocultar sus rastros asesinaban de continuo á los indígenas, que con dar parte de ellos hubieran podido perderles, y la presencia de tales hombres tenía á la Colonia en un estado de confusión y amenazaba las comunicaciones del ejército.

El lector del Continente podrá comprender la situación por medio de un paralelo bastante exacto. Supongamos que un ejército austriaco hubiese invadido á Alemania, y que mientras se hallaba muy al interior del territorio alemán, partidas de súbditos austriacos de origen alemán, empezaran á destruir las líneas de ferrocarriles y á dificultar las comunicaciones. Tal era nuestra situación en Sud-Africa. Pues bien; en tales circunstancias, ¿mostrarían los austriacos mucha compasión á esas partidas rebeldes, especialmente si á esa traición añadían el asesinato á sangre fría? ¿Es lo probable que hicieran eso? Y, sin embargo, los ingleses fueron de los más pacientes; cientos y cientos de estos rebeldes cayeron en sus manos, y la menor parte de ellos escaparon con una multa y prisión, aunque los cabecillas y los convictos de delitos castigados con la pena capital fueron condenados á muerte. Me ha costado mucho trabajo hacer una lista de las ejecuciones en 1901, incluso las que dejo mencionadas; y cuando menos, es bastante exacta:

Número	Lugar.	Fecha. 1901	Causa.
2	De Aar.....	Marzo 19	Por descarrilar trenes.
2	Pretoria.....	Junio 11	Por quebrantar el juramento de neutralidad.
1	Middelburg ...	Julio 10	Por haberse levantado en armas.
1	Ciudad Cabo..	» 13	»
1	Cradock	» 13	»
2	Middelburg ...	» 24	»
2	Kenhardt.....	» 25	»
1	Pretoria.....	Agost. 22	Espía boer.
3	Colesburg.....	Setbre. 4	Por haberse levantado en armas.
1	Middelburg....	Octbre 10	»
1	Middelburg ...	» 11	»
1	Vryburg (ahorcado).....	» 12	»
Varios.	Tarkastad.	» 12	»
1	Tarkastad.	» 14	»
1	Middelburg....	» 15	»
2	Cradock (un fusilado, un ahorcado).....	» 17	Por descarrilar tren y asesinar indígena.
2	Vryburg	» 29	Por haberse levantado en armas.
1	Mafeking	Nbre. 11	Por matar de un tiro á un indígena.
1	Colesburg.....	» 12	Por hacer armas, merodear, cometer una agresión, etc.
1	Johannesburg.	» 23	Persuadir á los boers rendidos á faltar al juramento.
1	Aliwal Norte..	» 26	Desertor de la policía del Cabo.
1	Krugersdorp ..	Dcbre. 26	Hacer fuego contra los heridos.
2	Mafeking.....	» 27	Asesinato de un kafr.

Concediendo tres por los «varios» de Tarkastad en 12 de Octubre, componen un total de 34. Indudablemente, se añadirán muchos á esta lista en lo sucesivo, pues el continuo asesinato de inofensivos indígenas, entre ellos algunos niños, clama ejemplar justicia. En esta lista, cuatro estaban convictos de descarrilar trenes (circunstancia agravante para un rebelde), uno era un espía, cuatro habían asesinado á indígenas, uno era un desertor que se llevó veinte caballos de la provincia del Cabo, y los veintitrés restantes eran súbditos ingleses que habían sido cogidos peleando y haciendo armas contra su propio país.

Desde que se escribió lo anterior, debe añadirse á la lista de aquellos que han recibido su merecido, el joven Scheepers; y aunque su juventud haya llevado á muchos á lamentar su prematuro

fin, el hecho de que fué condenado á muerte por haberla dado nada menos que á siete negros, hizo su sino inevitable.

REHENES EN LOS FERROCARRILES

A lo que me parece, las autoridades militares están en este punto sujetas á un grave cargo, no de inhumanidad para con el enemigo, sino de negligencia en no haber tomado aquellas medidas que era de su deber tomar para la seguridad de sus propias tropas. Si se sumase el número de víctimas causadas por los descarrilamientos y la cortadura de trenes no es exagerado decir que nos daría en, muertos y heridos, una cifra tan grande como la de las bajas de una gran batalla, pues en más de cinco ocasiones quedaron inútiles de veinte á treinta hombres, y hay además muchísimos casos en que menor número de personas fueron mal heridas.

Pero digamos, desde luego, que no hacemos queja de esto, pues el hacer descarrilar un tren es uno de los actos legítimos de la guerra, que tiene muchos precedentes en qué apoyarse; pero en cambio, el tratar de contrarrestarlo poniendo rehenes en los trenes, es también un acto legítimo de la guerra que tiene muchos precedentes también en su apoyo, pues los alemanes lo hicieron habitualmente en Francia, y los resultados lo justificaron, como el resultado nos ha justificado á nosotros. Desde el día en que esta medida se adoptó en Sud-Africa (Octubre de 1901) no hemos oído ni de un solo caso de descarrilamiento, y no puede caber duda de que con tal medida se han salvado las vidas de muchos soldados y tal vez las de algunos paisanos.

Terminaré este capítulo con dos extractos escogidos entre muchos del Diario del conde de Sternberg, austriaco; en el primero describe su captura:

«Así pasaron tres horas sin que consiguiéramos nuestro objeto. El sargento ordenó entonces que descansáramos, y nos sentamos en el suelo, y charlamos de buen humor con los soldados; éstos eran buenos mozos, sin la menor señal de brutalidad, antes al contrario, simpáticos; y aunque tenían razón de sobra, de estar quemados con nosotros porque les habíamos quitado el sueño después que habían pasado aquel día de prueba, sin embargo, no nos lo hicieron pagar, y estuvieron lo más amables, tanto, que partieron el agua con nosotros. No puedo describir lo que sentí en aquella noche. ¡Prisionero!»

Y añade:

«Sólo puedo repetir que los oficiales ingleses, y los soldados ingleses, han demostrado en esta guerra que la profesión militar no rebaja, sino antes ennoblece al hombre.»

CAPITULO X

EL OTRO ASPECTO DE LA CUESTIÓN

En Noviembre de 1900, después de haber oído la opinión de un gran número de oficiales de distintos puntos del teatro de la guerra, dije en la *Gran Guerra Boer*: «Los boers han sido víctimas de mucha calumnia barata por parte de la prensa. Los hombres que han visto á la mayor parte de los boers en el campo de batalla son los más dispuestos á apreciar sus cualidades, y es en absoluto una calumnia que hayan enarbolado á sangre fría la bandera blanca como señal para atraer á nuestros soldados á campo abierto; querer difamar su valor es querer manchar nuestra victoria». Como opinión mía hubiera carecido de valor; pero era, como digo, el resultado de muchas averiguaciones: el general Porter, decía: «Se ha abusado de la bandera blanca, pero sólo en muy contadas ocasiones, y en qué gran comunidad no se encontrarán malvados?» El general Lyttleton, decía: «Los boers son valientes, y no creo que las atrocidades que se cuentan de ellos sean actos de los burghers holandeses en general, sino de la pillería que se alista en todos los ejércitos».

Es triste tenerlo que confesar; pero las anteriores palabras no podrían escribirse hoy en día. Si la guerra hubiera terminado cuando debió terminar, los combatientes podrían haberse separado uno de otro con el caballeroso sentimiento de respeto que se debe al antagonista que ha sabido ser caballero; pero los boers, después de haber apelado al Dios de las batallas y oído su juicio, apelaron una vez más contra él, y de ahí provino esa larga, acerba é infructifera guerra que tantas vidas y sufrimientos ha costado; y de ahí provino también la degeneración del carácter normal de la guerra.

No cabe duda de que durante el primer año hubo muchas cosas que exasperaron á los soldados, pues los boers eran una nación de cazadores y se valían de muchos ardidés que al recto soldado le parecían cobardes é injustos; y no cabe duda tampoco de que ciertos individuos aislados usaron la estratagema de la bandera blanca, y se hicieron culpables de haber alzado los brazos en señal de rendición con el sólo fin de hacer salir á los soldados de sus puntos cubiertos. Hay muchos casos de todo esto, y hasta el mismo lord

Roberts fué testigo de uno de ellos: he aquí su protesta oficial:

«Habiendo ocurrido otro caso de un gran abuso de la bandera blanca, y del acto de levantar los brazos en señal de rendición, me creo en el deber de informar á V. E. que si tales abusos vuelven á repetirse, me veré, contra toda mi voluntad, obligado á ordenar á mis tropas que hagan por completo caso omiso de la bandera blanca.

»El hecho ocurrió en un kopje, al Este de la granja de Driefontein, ayer por la tarde, y fué presenciado por varios oficiales de mi propio Estado Mayor, así como por mí mismo, y de él resultaron heridos varios de mis oficiales y soldados.

»Además de esto, se han encontrado gran cantidad de balas explosivas de tres diferentes clases en el laager de Kronje, y después de cada acción con las tropas de V. E.

»Tal violación de los bien admitidos usos de la guerra y de la Convención de Ginebra son una vergüenza para una nación civilizada».

Pero los oficiales ingleses no dejaban de ser razonables y comprendían que estaban peleando contra una fuerza en que cada individuo se hacía la ley á sí propio, y no era justo imputar á traición deliberada de parte de los jefes cada ardid estudiado de un burgher sin escrúpulos de conciencia; y se comprendía también que un cobarde podía enarbolar sin autorización una bandera blanca, y que sus bravos compañeros estaban en su derecho al no reconocerla, como nuestra propia gente bien pudiera haberlo hecho con ventaja en más de una ocasión; y por tales razones había muy poca animosidad contra el enemigo, y creo que la mayoría de los oficiales se hubieran adherido á la opinión que al principio he manifestado.

Ya desde buen principio la situación de los boers fué completamente irregular por lo que respecta á las prácticas reconocidas de la guerra, puesto que el art. 1.º de la Convención de La Haya insiste en que todo ejército que quiera gozar de los derechos de beligerante, debe lo primero de todo llevar cierto emblema que sea visible á distancia; y aunque es cierto que el art. 2.º dice que una población que no haya tenido tiempo de organizarse y que meramente se haya puesto á la defensiva puede ser excusada de esta regla, también es verdad que los boers fueron los invasores al principio de la guerra, y en vista de sus largos y completos preparativos, es absurdo decir que no podían haber dotado á sus burghers en armas

de cierta señal distintiva. Pero luego, por fin, hicieron un cambio, si bien fué para ir de mal en peor, porque se vistieron el uniforme Khaki de nuestros propios soldados, y por este medio llevaron á cabo varias sorpresas; y lo que caracteriza el buen humor de los ingleses es que, aunque tuvimos en las manos á muchos de esos burghers en khaki, jamás les impusimos pena alguna por violación tan peligrosa de las leyes de la guerra. En este caso, lo mismo que en el de los rehenes de los trenes, hemos ido muy lejos en cuestión de clemencia; si los seis primeros burghers que se cogieron usando el khaki se hubiesen fusilado, se hubieran salvado las vidas de muchos de nuestros soldados.

Pero se perdonó la cuestión de uniforme como se había perdonado la de los incidentes de la bandera blanca, y tuvimos en consideración el carácter especial de la guerra y las dificultades con que luchaban nuestros enemigos, y nos hicimos cargo de que estaban jugando aquel juego de la mejor manera que podían. Ya sus métodos eran entonces muy burdos, y, como ejemplo, he aquí la declaración, bajo juramento, de un soldado; está tomada en el combate que se dió delante de Ladysmith:

«Declaración del soldado núm. 6.418, F. Ayling, del tercer batallón del Kings Royal Rifles.

Cerca de Colenso, 25 Febrero, 1900.

«Fui hecho prisionero por los boers á la cinco de la mañana del 23 de los corrientes, en ocasión en que me hallaba muy á vanguardia de mi compañía para poder retirarme, y á cosa de las diez de la mañana del día 25 me permitieron irme y me agregué á mi regimiento.

»Durante todo aquel tiempo me dejaron en las trincheras boers sin alimento ni bebida: había por lo menos veinte de nuestros heridos en el suelo junto á las trincheras, y no hicieron otra cosa durante todo el tiempo que pedir agua, que se les negó: si alguno de los heridos se movía se le hacía fuego. La mayor parte de ellos murieron por falta de asistencia, pues estuvieron tendidos allí dos días con sus noches. Los boers (que parecían ser todos ingleses) decían: «Dejadles morir y no les deis agua.»

Pero tales casos podían ser contrapuestos á otros, en que burghers de buen corazón han demostrado conmiseración y generosidad para con nuestros heridos y prisioneros.

Sin embargo, conforme se fué alargando la guerra, tomó de parte de nuestros enemigos un carácter más salvaje; y dice mucho en

favor de la disciplina de las tropas inglesas el que se hayan atado las manos y se hayan negado á castigar á una nación entera por la crueldad y la traición de unos pocos. El primer asesinato, pero asesinato en absoluto, fué el del teniente Neumeyer, que ocurrió á fines de Noviembre de 1900, y el hecho, que se confirmó después oficialmente, se refirió de esta manera en aquel entonces, desde Aliwal:

«El teniente Neumeyer, jefe de la policía de Orange River, en Smithfield, se dirigía ayer aquí, desarmado, en un carro, cuando dos boers le dieron el «alto»; le hicieron prisionero, le maniataron y le dispararon á traición, por la espalda, con un revólver, y luego le atravesaron la cabeza de un balazo.

Los asesinos le quitaron al teniente Neumeyer las polainas que llevaba, le quitaron el dinero de los bolsillos, y llevaron á rastras el cadáver hasta un sluit, donde ya muy entrado el día fué descubierto por la policía y traído aquí: dos indígenas fueron testigos oculares de este asesinato. El teniente Neumeyer había servido con distinción en la campaña de Rodesia.»

En este último período de la guerra empezó por los boers aquel sistemático asesinato de kafires, que ha sido uno de los caracteres más salvajes y terribles de toda esta guerra. Los kafires se han empleado por ambas partes como carreteros, criados y escuchas; pero nunca como soldados; y al principio de la guerra los ingleses hubieran podido aniquilar toda la resistencia boer tan sólo con soltar contra ellos á los basutos, los zulús y los swazis, todos los cuales tienen venganzas hereditarias contra los boers; y ciertamente que los boers, de hallarse en nuestro caso, no hubieran tenido para con nosotros tales escrúpulos; porque, cuando en 1857, tuvieron los transvaalenses una cuestión con el Estado Libre de Orange, intrigaron con un jefe kafir para que atacase á aquellos de su misma raza por la retaguardia, hecho de que nos da testimonio Paul Botha, quien dice:

«Conozco muy bien ese asunto porque formé parte de la columna que nuestro Gobierno envió al encuentro de las fuerzas transvaalenses. La disputa se zanjó amistosamente; pero, por increíble que parezca, el Transvaal había llegado hasta á enviar cinco personas capitaneadas por el famoso Karel Geere á Moshesh, el jefe basuto, para conseguir de él que nos atacase por retaguardia á nosotros, que éramos de su misma raza. Yo era uno de los de la patrulla que capturó á Geere y á sus compañeros, á algunos de los cuales llegué á tratar después, y me revelaron por entero complot tan infame.»

Esto nos dará una idea aproximada de lo que hubiéramos podido esperar si la simpatía de los indígenas se hubiera ido con nuestros enemigos. En la ya citada carta de Snyman á su hermano, afirma que Krüger le dijo que confiaba en el auxilio de los swazis y zulús; pero, sea lo que sea, el caso es que, fuera de permitir á los indígenas que defendiesen sus propias vidas y su propiedad cuando fuesen atacados (como en el caso de los Baralongs en Mafeking y de los kafires en el Transkei), sólo hemos empleado á los kafires en los dibujos de los periódicos del Continente.

Pero como los kafires nos eran esenciales como carreteros, criados, guías y escuchas y los boers lo comprendieron así muy bien, cuando la guerra empezó á serles contraria trataron de atemorizarles para que desertaran de nosotros, matándoles sin piedad siempre que podían de un modo ú otro probarles que habían tenido relaciones con los ingleses; y no es posible calcular cuántos centenares de kafires fueron muertos de esta manera. Después de una derrota de los ingleses, no había piedad para los conductores de los carros ni para los criados indígenas, y las columnas boers trataban de encubrir su rastro condenando á muerte á todo kafir que pudiera descubrirles: algunas veces mataban hasta á los niños, y así lord Kitchener en uno de sus despachos narra un caso en que una columna inglesa que iba siguiendo de cerca el rastro de un comando boer halló cuatro niños kafires cuyos sesos estaban estampados contra el kraal que los boers acababan de evacuar.

Pero el caso que especialmente conmovió al pueblo inglés fué el de Esau, herrero negro, hombre de inteligencia y de educación, y que vivía en la ciudad inglesa de Calvinia como súbdito leal inglés. No podía acusársele de espionaje, por cuanto el hombre no había salido de la ciudad. Los documentos que se copian á continuación demostrarán que la nación inglesa no habrá cumplido con su deber hasta que no haya hecho justicia de los asesinos. Se ha publicado una carta conmovedora de Esau al gobernador del distrito, en la que dice que, suceda lo que suceda, será fiel á la bandera á cuya sombra ha nacido. Las primeras noticias que después de ella se recibieron acerca de él fueron las de su brutal asesinato:

«Abraham Esau, de oficio herrero, negro afecto al Gobierno inglés, fué azotado despiadadamente por negarse á decir dónde había armas enterradas; y á pesar de que á consecuencia del azotamiento le sobrevino una inflamación en los riñones, fué azotado á través de las calles de la villa con sjamboks hasta que ya no pudo andar más,

y entonces le mataron de un tiro.»—Calvinia, 8 Febrero. (*Times*, 16 Febrero 1901, pág. 7 [3].

«El cirujano del distrito, en Calvinia, al escribir al ministro de las Colonias, ha confirmado plenamente el azotamiento y la muerte de un tiro de Esau por un boer llamado Strydom, quien manifestó que había obrado de acuerdo con las órdenes que había recibido. No se le había juzgado y no se le alega razón para semejante hecho.»—Ciudad del Cabo, 19 Febrero. (*Times*, 20 Febrero 1901, pág. 5 [3].

«La aserción del azotamiento de un negro llamado Esau, en Calvinia, por los boers, se tomó de un telegrama de Reuter, confirmado luego por el informe dado en la Ciudad del Cabo por el Cirujano del distrito de Calvinia». Contestación de Mr. Brodrick á M. Labouchere en la Cámara de los Comunes, 21 Febrero (*Times* 22 Febrero 1901).

«He recibido un telegrama de sir Alfred Milner en confirmación de los informes que de varios centros me han llegado. Dicho Comisario Regio manifiesta que el nombre del cirujano del distrito que dió parte del maltrato del negro es Foote. Sir A. Milner añade: «No cabe ni la menor duda acerca del asesinato de Esau». De la contestación de Mr. Brodrick á Mr. Dillon en la Cámara de los Comunes, 22 Febrero (*Times* 22 Febrero 1901).

La regla primitiva del servicio militar inglés era que los escuchas negros no llevasen armas, á fin de evitar de ese modo toda acusación de que se armaba á los indígenas; pero cuando se vió que se les mataba sistemáticamente, se les dieron fusiles, porque era inhumano exponerlos á la muerte sin darles ningún medio de defensa. Creo que en el último período de la guerra se han empleado algunos kaires armados para vigilar la línea del ferrocarril, á condición de no usar las armas sino en justa defensa. Considerando cuán apurados se vieron los ingleses un tiempo, y teniendo en cuenta que con una sola palabra hubieran podido arrojar en la balanza su grande y disciplinado ejército de la India; creo que el no haberlo hecho es uno de los más notables ejemplos de moderación en la historia, pues los franceses no vacilaron en emplear á los turcos contra los alemanes, ni los norteamericanos se abstuvieron de emplear regimientos de negros contra los españoles, y nosotros hemos hecho de esta guerra una guerra de blancos y nada más, y creo que hemos obrado bien y prudentemente al hacerlo así.

Mientras los boers usaron de tan sanguinaria táctica contra los indígenas, los prisioneros ingleses de color estuvieron en inminente peligro; así en una escaramuza en Doorn River el 27 de Julio de

1901 los siete kafires que fueron hechos prisioneros con los ingleses, fueron fusilados á sangre fría, y un inglés llamado Finch fué fusilado con ellos, porque creían que tenía sangre kafir. He aquí los testimonios de este último asesinato:

Charles Catton, soldado de á caballo, núm. 28.284, del 22 de la «Imperial Yeomanry», debidamente juramentado, dice:

«Fuí uno de los de la patrulla capturada por los boers en Doorn River el 27 de Julio de 1901, y después de habernos rendido, vi á un hombre tendido en el suelo, y herido, entre dos indígenas, y vi á un boer acercársele y atravesarle el pecho de un balazo. Observé que el hombre, el soldado de caballería Finch, estaba vivo. Ignoro el nombre del boer que le mató, pero le reconocería otra vez».

F. W. Madams, soldado de caballería núm. 23.966, debidamente juramentado, dice:

«Era uno de los de la patrulla capturada por los boers en 27 de Julio de 1901 cerca de Doorn River, y después que nos rendimos, me fuí á buscar mi sombrero, y luego de haberlo encontrado, pasaba junto al herido Finch, soldado de caballería, cuando vi á un boer, cuyo nombre ignoro, dispararle al Finch un tiro en el pecho con un revólver. Podría identificar al hombre que lo mató».

Este escándalo del asesinato de los kafires, escándalo contra el cual parece que ni la prensa pro-boer inglesa ni la del Continente han protestado, ha adquirido terribles proporciones. A continuación doy testimonios, algunos de ellos tomados de recientes partes oficiales del teatro de la guerra:

Caso de Magaliesberg: Hacia Octubre ó Noviembre de 1900, los cadáveres de nueve indígenas fueron encontrados juntos en la cima del Magaliesberg. Cinco de éstos eran los indígenas empleados en llevar noticias, y los restantes de muchachos empleados por los boers, pero sospechosos de haber dado noticias á los ingleses. Los testigos del hecho son ahora muy difíciles de encontrar, pues son todos indígenas; pero parece que las víctimas indígenas habían sido juzgadas por un tribunal incompetente, del cual había sido nombrado presidente B. A. Klopper, ex presidente del Volksraad y condenados á muerte. Se dice que Hendrik Schoeman, hijo del difunto general Schoeman, y Piet Joubert, habían formado parte de la escolta.

Caso de cinco indígenas asesinados cerca de Wilge River: Al apoderarse de un tren cerca de Wilge River, en el Transvaal, en 11 de Marzo de 1901, los boers cogieron cinco indígenas desarmados, los llevaron á un lado de la vía y los fusilaron, arrojando después sus cuerpos en una zanja. El cabo Sutton del regimiento de Hamp-

shire, vió que después de la rendición un boer le descerrajaba cinco tiros á un indígena que estaba tendido en el suelo. Otros soldados que iban en el tren atestiguan haber visto á un hombre matar deliberadamente cinco niños á sangre fría.

Caso de ocho muchachos kafires: En 17 de Julio de 1901, ó hacia esa fecha, ocho muchachos kafires entre doce y catorce años, salieron de Uitkijk, cerca de Edenburg á coger naranjas; ninguno iba armado. Los boers les hicieron fuego, matando á uno y capturando á seis; el octavo escapó y se halla hoy sirviendo con el mayor Damant. El cabo Willett, de la caballería de Damant, vió después los cadáveres de unos muchachos cerca de una granja, pero tan desfigurados que no se podían reconocer; enviáronse entonces algunos kafires de Edenburg y los reconocieron. Se presume que á uno de los muchachos le perdonaron la vida los boers, pues no se encontró su cadáver. El teniente Kentish, de los Irish Royal Fusiliers, vió los cadáveres, y confirma con pruebas el asesinato, y manifiesta que los boers iban á las órdenes del field-cornet Dutoit.

Caso de Klass, Langspruit, Standerton: La mujer de Klass manifiesta que en 3 de Agosto de 1901. Cornelius Laas, de Langspruit, y otro boer fueron al kraal y le dijeron al Klass que les siguiese y al dudar éste, le acusaron de haber dado noticias á los ingleses y al tratar de huir C. Laas le pegó un tiro en la parte posterior de la cabeza. Otra indígena (la mujer de un cura indígena de Standerton) vió el cadáver.

Caso de dos indígenas cerca de Hopetown: En 22 de Agosto de 1901, el soldado C. P. Fivaz, de la Policía montada del Cabo, fué capturado cerca de Venter Hock, del distrito de Hopetown, por una fuerza á las órdenes del comandante Van Reenan. Acababa de quitarle entonces la silla al caballo, y los indígenas estaban durmiendo en un establo. Oyó á Van Reenan dar á sus hombres la orden de fusilar á los indígenas, orden que fué llevada á cabo inmediatamente en su presencia, por lo que respecta á uno de ellos, y se le dijo que el otro también había sido fusilado. El colono que vivía en la granja, A. G. Liebenberg, y que había advertido á Fivaz de la aproximación del enemigo á las cinco de la mañana, enterró los dos cadáveres donde los encontró, es decir, uno á cuarenta varas de la casa, y el otro á unas quinientas varas más allá. Su testimonio se corrobora por su hijo, que vió matar á uno de los hombres.

Caso de John Makran: John Makran y Alfius Rampa (el testigo) son indígenas que no tienen uso de armas cerca de Warmbaths, Norte de Pretoria. En la tarde del 17 de Septiembre de 1901, An-

drais Van de Walt y una partida de boers rodearon la casa de Makran, y Van de Walt dijo al chico que saliese, y cuando lo hizo, dos hombres se apoderaron de él; y mientras estos dos hombres le levantaban en alto las manos á Makran, Van de Walt se colocó cinco varas detrás de él y le hizo fuego por la espalda en la cabeza con un fusil Maüser, y cuando cayó le tiró otra vez y le dió en el corazón, y entonces con un cuchillo le hizo una profunda herida en la frente. Ambos muchachos habían trabajado en otro tiempo para Van de Walt.

Caso de Zandspruit: En la noche del 1.º de Octubre de 1901, hacia las once y media de ella, una partida de boers rodeó una casa de indígenas en Dassie Klip, cerca de Zandspruit, y mató á cuatro indígenas dentro de la casa ó en sus cercanías. La partida constaba de 24 hombres, á las órdenes de los cabecillas siguientes: Dirk Badenhorst, de Dassie Klip; Cornelius Erasmus, de Streepfontein, y C. Van der Merwe, de Rooi Drasi. Los testigos, en este caso, son todos indígenas residentes en Dassie Klip y conocían bien á los asaltantes. Uno de los indígenas, llamado Karle, al tratar de escapar por una pared, fué herido en el tobillo, y al ver que no estaba muerto, Stoffel Visagie, de Sknilhoek, sacó un revólver y le atravesó la cabeza de un tiro. La acusación contra estos indígenas parece ser la de que habían acogido á escuchas ingleses.

Caso de Jim Zulú: En 18 de Octubre de 1901, ó por aquella fecha, V. C. Thys Pretorius (probablemente de Pretoria), con 70 hombres, se presentó en Waterval North, en la línea de Pretoria á Pietersburg, y mató á dos indígenas, hiriendo á otros tres, uno de los cuales murió después. El testigo declara que en la mañana del 18 de Octubre de 1901, Pretorius fué á una mina de carbón de cerca de Waterval North, y preguntó por Jim Zulú, y que al comparecer éste, le descargó un tiro en la cara, de cuyas heridas murió el indígena tres días después. Al mismo tiempo, Pretorius y otro hombre llamado Dorsehasmus mataron de un tiro á otros tres indígenas.

He aquí otra lista que demuestra lo sistemático de esta brutalidad; la reproduzco con toda su brevedad oficial:

Parte del magistrado residente, Barkly West, Enero 28, 1900: Indígena portador de despachos, fusilado y mutilado.

Noviembre ó Diciembre 1900.—Cerca Virginia dos indígenas fusilados, acusados engañar ingleses camino de Ventersburg.

Parte magistrado residente, Taungs, Diciembre 7, 1900.—Tres indígenas asesinados en Border Siding.

Diciembre 18, 1900.—Indígena Philip, muerto de un tiro en

Vlakplaats, ocho millas Sudoeste Pretoria, por J. Johnson y J. Dilmar, de la columna de J. Joubert.

Parte del magistrado residente, Taungs, Diciembre 24, 1900.—Indígena fusilado por los boers en Pudimoe. Tres indígenas muertos en Christiana.

Parte del magistrado residente, Hershel, Enero 6, 1901.—Dos indígenas fusilados por espías.

Parte del magistrado residente, Calvinia, Enero 29, 1901.—Caso de Esau y maltrato de otros indígenas.

Febrero 28, 1901.—Muchacho zulu muerto de un tiro en Zevenfontein, entre Pretoria y Johannesburg, acusado de dar noticias á los ingleses, por hombres de la columna del Field-Cornet Jan Joubert.

Parte del magistrado residente, Cradock, Marzo 21, 1901.—Asesinato de un testigo indígena, Salmon Booi.

Parte del magistrado residente, Taungs, Mayo 8, 1901.—Indígenas fusilados por los boers en Manthe.

Parte del magistrado residente, Gordonia, Mayo 23, 1901.—Indígena muerto de un tiro.

Mayo 25, 1901.—Distrito de Harrismith. Un indígena acusado de pereza é insolencia, fué muerto á tiros por hombres de la columna de Prinsloo.

Mayo 28, 1901.—En Sana Post fueron capturados y muertos tres indígenas.

Junio 5, 1901.—Tres indígenas de la columna del coronel Plumer capturados y muertos cerca de Paardeberg.

Julio 27, 1901.—Siete indígenas capturados con una patrulla de la Imperial Yeomanry cerca de Doorn River Hut, fueron fusilados en el acto.

Parte de un aviso.—Colonia del Cabo Oriental, Julio 29, 1901. Fusilamiento de indígenas por el comandante Myburgh.

Parte del magistrado residente, Aliwal North, Julio 30, 1901.—Fusilamiento de indígenas en el campo de refugiados.

Agosto 23, 1901.—Indígena capturado con un soldado de la Guardia Negra, cerca de Cocolan, y fusilado en su presencia.

Septiembre 1.º 1901.—Cuatro indígenas que iban en la columna del coronel Dawkins capturados en el distrito de Fauresmith y fusilados por orden del juez Hertzog.

Parte del magistrado residente, Aliwal North, Septiembre 4, 1901.—Brutal tratamiento de indígenas por boers á las órdenes de Bester J. P., de Aliwal North.

Parte del magistrado residente, Riversdale, Septiembre 4, 1901. Dos portadores de despachos, hombres de color, azotados bárbaramente.

Parte de un aviso.—Colonia del Cabo Meridional, Septiembre 18, 1901.—Indígenas asesinados por orden de Theron.

Parte del Jefe Superior de Policía, Richmond, Septiembre 23, 1901.—Dos indígenas no armados fusilados por orden del comandante Malan.

Parte del magistrado residente, Prieska, Septiembre 26, 1901.—Asesinato de dos indígenas desarmados.

Parte del coronel Hickman, Ladysmith, Octubre, 1.º, 1901.—Fusilamiento de dos indígenas por Scheepers.

Fecha incierta.—Un indígena de la cárcel de Petrusburg fué fusilado en su celda por los boers, al aproximarse las tropas inglesas.

Estos son los asesinatos de kafires. Es sinceramente de desear que ni el oportunismo, ni el deseo de conciliarnos la voluntad de nuestros enemigos á expensas de la justicia impidan la minuciosa investigación de cada uno de estos crímenes, y que se aplique el más severo castigo á los criminales.

Pero volvamos ahora á la cuestión de la conducta de los boers para con sus blancos enemigos. Mientras combatieron como un ejército á la vista de los hombres honrados que los dirigían, su conducta fué por lo general buena; pero la guerra de guerrilla trajo consigo la desmoralización, como la trae siempre, y desde entonces hubo una rápida degeneración de los más comunes sentimientos de humanidad que se observan entre los combatientes civilizados. No pretendo con esto afirmar que las guerrillas boers se hayan portado como lo hicieron las guerrillas españolas en 1810 ó las mejicanas de 1866, pues tal aserción sería absurda, porque los boers han dado cuartel y lo han recibido; pero varios ejemplos aislados y varios casos generales han demostrado la desorganización de sus filas. Entre los primeros podría citar las circunstancias de la muerte del teniente Miers, cuya relación oficial es como sigue:

«Pretoria 27 Septiembre.

El teniente Miers, de la infantería ligera de Somerset, empleado en la policía sudafricana, salió de su puesto, en Riversdraai, en 25 de Septiembre para ir al encuentro de tres boers que se aproximaban al amparo de la bandera blanca, á los cuales, tras una ligera conversación, se les vió matar de un tiro al teniente Miers y partir al galope. Se ha hecho una investigación y se ha consignado tal evidencia».

El sargento que se hallaba presente dió una relación más detallada. Describió cómo los boers se aproximaron al fuerte agitando la bandera blanca; cómo un cabo les fué al encuentro y se le dijo que querían hablar con el oficial; cómo el teniente Miers salió á caballo solo; y luego: «No bien el oficial hubo ido á una corta distancia en la parte más lejana del spruit, el boer de la bandera blanca se adelantó hacia él; el oficial continuó avanzando hasta estar junto á aquel pillo, y al cabo de tres ó cuatro minutos les vimos ir á ambos hacia donde estaban los dos boers (que se hallaban á unas dos millas de distancia de nuestro fuerte). Cuando llegaron junto á los dos boers vimos desmontar al capitán, pues el grupo apenas era visible á causa de una ondulación del terreno; pero al cabo de cinco ó diez minutos pudimos apenas oír un tiro, é inmediatamente vimos á la yegua del oficial correr desbocada hacia el Oeste, á través del campo raso y sin jirite, y á uno de los boers galopando tras ella tanto como podía.»

Acercas de la desmoralización general, he aquí el testimonio de un testigo de aquella misma acción de Graspan (6 de Junio), de que tanto se han valido los que han calumniado al ejército:

«James Hanshaw, cabo de lanceros núm. 4.703 del segundo escuadrón del regimiento de Bedfordshire, debidamente juramentado, dice: «Estuve presente en Graspan el 6 de Junio, cuando fuimos atacados por los boers, después de haberles cogido un convoy. Al ir hacia los carros encontré ya allí á los boers, y viendo que estábamos en mucho menor número y que la resistencia era inútil, arrojamos las armas al suelo y levantamos los brazos. El soldado Blunt, que estaba conmigo, gritó: «No me tiréis, que he arrojado al suelo mi fusil»; después de lo cual los boers lo dejaron muerto de un tiro en el instante en que se llevaba las manos á la cabeza. Entonces el teniente Mair les gritó: «¡Tened compasión, cobardes!»; y en seguida los boers hicieron fuego deliberadamente contra el teniente Mair, que estaba de pie y con las manos sobre la cabeza, y lo dejaron muerto: entonces dispararon contra los soldados Pearse y Harvey, que estaban ambos con los brazos en el aire, y la misma bala birió al soldado Pearse en la nariz y mató á Harvey; entonces dos boers se precipitaron de los carros y me amenazaron con pegarme un tiro, y me pegaron de patadas y me dijeron que me echara al suelo.»

El soldado núm. 3.253, F. Sewell, del segundo escuadrón del regimiento de Bedfordshire, debidamente juramentado, dice: «Me hallé en la acción de Graspan, en 6 de Junio de 1901: hacia el me

dio día de aquella fecha los boers atacaron el convoy: yo me retiré á la partida del teniente Mair, cuando, viendo que estábamos en mucho menor número y rodeados, levantamos los brazos en el aire. Los boers nos quitaron las armas y se retiraron á unos kraales, volviendo poco después; y dos de ellos gritaron: «Brazos arriba». Respondimos que éramos ya prisioneros y que se nos habían recogido las armas, y el soldado Blunt levantó los brazos y dijo al mismo tiempo: «No me tiréis, que ya levanto los brazos»; y los boers le respondieron: «Toma esa», y le atravesaron el vientre de un bala-zo. Entonces el teniente Mair salió de los carros y dijo: «¡Tened compasión, cobardes!», y un boer le derribó muerto del caballo de un tiro: en aquél entonces el boer estaba sentado en su caballo casi tocando al teniente Mair. Entonces el boer disparó contra el cabo de lanceros Harvey y contra el soldado Pearse, que estaban de pie juntos y con las manos sobre las cabezas, y la bala hirió al soldado Pearse y mató al cabo Harvey:

He aquí el testimonio del asesinato de los heridos en Vlakfontein en 29 de Mayo de 1901:

El soldado D. Chambers, de la octava compañía del primer batallón del regimiento de Derbyshire, debidamente juramentado, dice: «Estando en el suelo herido vi á un boer hacer fuego sobre dos de nuestros heridos que estaban tendidos cerca de mí. Este boer disparó también contra mí; pero no me dió.»

Los soldados W. Bacon y Charles Girling, del primer batallón del regimiento de Derbyshire, debidamente juramentados dicen:

«Estando tendidos en el suelo heridos con otros dos hombres heridos también, cuatro boers se acercaron á nosotros; desmontaron y nos hicieron una descarga. Todos quedamos heridos por segunda vez, y el soldado Goodwin, de nuestro regimiento, quedó muerto. Los boers nos quitaron entonces las armas, y después de insultarnos montaron á caballo y partieron.»

El cabo Sargent, del primer batallón del regimiento de Derbyshire, debidamente juramentado, dice: «Estando en el suelo herido detrás de una roca, vi á un boer disparar contra un oficial de la Yeomanry que se retiraba con una herida en una mano.»

El sargento en funciones Chambers, de la compañía 69 de la Imperial Yeomanry, debidamente juramentado, dice: «Vi á un boer de corta estatura y de barba negra ir dando la vuelta con el fusil debajo del brazo, como si llevara una escopeta de caza, y hacer fuego contra tres de nuestros heridos.»

El soldado A. C. Bell, de la compañía 69 de la Imperial Yeo-

manry, debidamente juramentado, dice: «Vi á un boer gritarle á uno de nuestros hombres que pusiese arriba los brazos, y cuando lo hizo, el boer le disparó desde una distancia de unas quince varas; yo estaba entonces veinte varas más allá.»

El soldado T. George, de la compañía 69 de la Imperial Yeomanry, debidamente juramentado, dice: «Me volvía herido al campamento cuando vi á un boer de unos diez y siete años de edad hacer fuego á un herido del Derby que estaba pidiendo agua, y luego el boer se me acercó y me quitó la bandolera.»

El artillero W. H. Blackburn, de la batería 28 de la Real Artillería de campaña, debidamente juramentado, dice: «Vi á un boer quitarle el fusil y la bandolera á un soldado del Derby, y luego dispararle; el boer se me acercó después y me pidió el fusil, y le señaló donde estaba en el suelo.»

Cosas de esta naturaleza van en aumento, y he aquí lo que ocurrió en Brakenlaagte cuando la retaguardia de Benson fué aniquilada:

El mayor N. E. Young, D. S. O. de la Real Artillería de campaña, da parte al general en jefe de la crueldad de los boers para con los oficiales y soldados heridos en la acción con la columna de Benson en Brakenlaagte. El parte está fechado en Pretoria el 7 de Noviembre, y el oficio de lord Kitchener que lo acompaña es de 9 de Noviembre.

El mayor Young, que de acuerdo con las instrucciones de lord Kitchener hizo las averiguaciones respecto á estos cargos de crueldad, dice:

«De un total de 147 heridos, entre clases y soldados vistos por mí, 54 no habían caído en manos de los boers, y de los restantes 93 hombres, 18 me dijeron que no tenían queja alguna.

»Setenta y cinco, entre clases y soldados, se quejaron de malos tratos de naturaleza más ó menos grave, y casi todos ellos habían sido despojados de cuanto dinero tenían, así como de sus relojes y papeles particulares.

»Muchos habían sido despojados de otros artículos de vestir, ropas, chaquetas y calcetines, dejándolas en algunos casos con sólo una camisa vieja y un par de calzoncillos. Es opinión unánime que los boers hicieron fuego sobre los heridos que estaban tendidos alrededor de los cañones, después de haber sido desarrazados, y al cabo de un gran rato de haber cesado el fuego en sus cercanías por nuestra parte.

»Ni aun el coronel Benson fué respetado, aunque durante algún

tiempo fué protegido por un hombre que ejercía mando: se le quitaron las espuelas, las polainas y sus papeles particulares.»

Al concluir su informe, el mayor Young dice:

«Tengo la convicción de que los informes que se me dieron son verdaderos y que no han sido deliberadamente exagerados, pues se hicieron con suma sencillez. No hay duda de que, aunque los jefes boers tienen la mejor voluntad de reprimir toda ofensa y asesinato de parte de sus subordinados, no tienen ya autoridad para impedirlo.»

El teniente G. Acland Troyte, del cuerpo Kings Royal Rifle, 25 de infantería montada, dice: «Fuí herido el 25 de Octubre en la acción con la retaguardia de la fuerza del coronel Benson, cerca de Kaffirstad: los boers se llegaron á mi y me despojaron de todo, á excepción de los calzoncillos, la camisa y los calcetines, y me dieron un par de pantalones viejos y más tarde una chaqueta.»

El teniente Reinaldo Seymour, del primer batallón del Kings Royal Rifle Corps, 25 de infantería montada, dice: «En 30 de Octubre mi compañía fué enviada al socorro de la retaguardia del coronel Benson. Fuí herido por la mañana temprano, y los boers se me acercaron y me quitaron el capote, las polainas, las espuelas y el casco; á los demás heridos les quitaron el dinero y los relojes; pero les dejaron la ropa, excepto á un hombre á quien le quitaron la levita; y luego nos dejaron sin ninguna clase de asistencia. Dos boers vinieron más tarde y se llevaron un capote que pertenecía á uno de nuestros hombres y que me habían puesto encima. Uno de los de la partida que nos despojó era tratado por los demás como «comandante».

El capitán C. W. Collins, del regimiento de Cheshire: «Era yo oficial de señales del coronel Benson en 30 de Octubre y fuí herido y estuve tendido cerca de los cañones á unas cien varas á retaguardia de ellos. Un field-cornet vino y se fué sin molestarme. [A cosa de las cinco y media de la tarde ó poco después, vinieron las ambulancias y me recogieron, y la ambulancia en que yo iba fué un poco más allá y recogió al coronel Benson y á algunos hombres. Parece que hubo mucho retraso, que disgustó mucho al coronel, tanto que pedía que se le permitiese salir de la ambulancia; pero el retraso continuó hasta que llegó un boer y le quitó al coronel Benson los papeles del bolsillo, no obstante su protesta de que todos eran papeles particulares, y que ya habían sido vistos por la mañana temprano por un comandante, quien había dicho que no los necesitaban.»

El soldado E. Rigby, del cuarto batallón del Kings Royal Rifle Corps, manifiesta que los boers le quitaron toda la ropa, excepto la camisa. Este hombre no puede hablar todavía.

El soldado de caballería Hood, del segundo de caballería escocesa: «Cuando estaba tendido en el suelo, vinieron los boers y me quitaron el morrión y la levita, las botas, quince chelines y un reloj de metal, y les vi hacer fuego sobre otro hombre herido cuando se acercaba á mí para que le diese agua.»

El soldado Alejandro Main, del segundo de caballería escocesa: «Estando tendido en el suelo se acercaron los boers y estuvieron allí á unas quince ó veinte varas aparte de donde estábamos heridos alrededor de los cañones; todos estábamos heridos entonces y ninguno hacía fuego, y entonces vi á los boers hacer fuego sobre los heridos. A este tiempo el capitán Lloyd, oficial de Estado Mayor, estaba tendido en el suelo junto á mí con una herida en la pierna, y recibió una ó más heridas en el cuerpo, de las que murió después. Yo mismo recibí otras tres heridas.»

El soldado Jamieson, de la caballería escocesa: «Los boers le quitaron las botas, y al quitarle la bandolera, le hicieron muchísimo daño en el brazo que ya tenía destrozado. Se le ha tenido que amputar el brazo.»

El soldado Parrish, del primer batallón Kings Royal Rifle Corps: «Nuestra fila ya no hacía fuego, á pesar de lo cual, cada vez que se dejaba ver uno de nuestros heridos disparaban contra él, y de esta manera fueron muertos varios; un hombre que agitaba un pedacito de trapo azul con la idea de hacer venir una ambulancia, recibió unos veinte tiros.»

El soldado Prickett, del cuarto batallón Kings Royal Rifle Corps: «En 30 de Octubre estaba yo herido tendido en el suelo cuando vi venir á los boers y vi que un boer de barba negra y patillas y que llevaba polainas, y á quien reconocería si le viese, mató á mi amigo el soldado F. Foster, también del cuarto batallón Kings Royal Rifle Corps, poniéndole el cañón del fusil en el costado y disparando. El soldado Foster había estado disparando á cubierto de un montículo levantado por las hormigas antes de que los boers tomaran la posición, y entonces arrojó el fusil y levantó los brazos en alto, á pesar de lo cual lo mataron.»

El soldado N. H. Grierson, de la caballería escocesa: Yo estaba herido y tendido en el suelo, al lado del coronel Benson. Así que los boers llegaron quisieron comenzar el saqueo, pero el coronel Benson les contuvo diciendo que había recibido un oficio del co-

mandante Grobellar diciendo que los heridos serían respetados. El coronel Benson les preguntó si podía ver á Grobellar, y ellos dijeron que le irían á buscar, y trajeron á uno que ejercía mando, aunque no creo que fuese Grobellar. El coronel Benson le dijo que no había que tocar á los heridos, y él dijo que haría cuanto pudiese para que así fuese, y él en persona protegió al coronel Benson por espacio de una hora, pero aun estando él allí un boer le quitó al coronel Benson las espuelas y las polainas.»

El sargento Ketley, del 7 de húsares: «Fuí herido en la cabeza y en el muslo, muy poco antes de que los boers asaltaran los cañones, y estaba cubierto de sangre. Entonces se me acercó un boer, me quitó la carabina, y el revólver y me dijo que levantara en alto los brazos, lo que no pude hacer por estar demasiado débil con la pérdida de sangre, y entonces él cargó mi propia carabina y colocándosela en el hombro mientras se arrodillaba, me apuntó al pecho y disparó hiriéndome en el brazo derecho debajo del mismo hombro.»

El soldado Bell, del cuarto batallón Kings Royal Rifle Corps, número 25 de infantería montada: «Cuando se acercaron los boers me quitaron las botas de muy mal modo, haciéndome mucho daño en la pierna herida. Les vi quitar á los demás hombres los relojes y el dinero.»

El soldado C. Connor, de los Royal Dublin Fusiliers: «Estaba yo tendido detrás de los cañones, entre una porción de heridos nuestros, que no hacían fuego, y cada vez que uno de nuestros heridos intentaba moverse, los boers le hacían fuego; de esta manera fueron muertos varios hombres (diez ú once).»

El teniente Bircham, del cuarto batallón Kings Royal Rifle Corps: «Yo iba en el mismo carro de la ambulancia que el teniente Martín, de la infantería ligera del Kings Own Yorkshire (hoy difunto), y este último le dijo que cuando él (el teniente Martín) estaba tendido en el suelo, herido, los boers le quitaron las espuelas y las polainas, y que al quitarle las espuelas le torcieron la pierna (cuyo hueso estaba destrozado), dándole una vuelta en redondo, á fin de poderle quitar las espuelas más fácilmente, á pesar de que el teniente Martín les había dicho dónde estaba herido.»

El cabo P. Gower, del cuarto batallón Kings Royal Rifle Corps, 25 de infantería montada: «Estaba herido y sin conocimiento, y cuando volví en mí, los boers les estaban quitando la ropa á los soldados que había á mi alrededor. Uno, el soldado Foster, que no estaba á más de cinco varas de mí, levantó los brazos en señal de

rendición; pero se le hizo fuego á una distancia de cinco varas, por un hombre alto, de barba negra. Quedó muerto.»

El cabo Atkins, de la batería 84 de la Real Artillería de campaña: «Se me acercaron los boers y me dijeron: «¿sabes manejar este cañón?» «Si», les dije; «pues levántate y enséñanoslo», dijo uno. «¿Cómo puedo hacerlo?», le respondí, «si me falta una mano y estoy herido en ambas piernas» (esto último no era verdad). Entonces él dijo: «danos tus botas», y me las quitó, así como el impermeable. También me quitó todo cuanto dinero llevaba al cinto. Uno de nuestros hombres, el artillero Collins, se levantó á fin de ver si podía enarbolar la bandera blanca, porque se nos hacía fuego á la vez desde el campamento y por los boers, y tan pronto como se puso en pie, le comenzaron á hacer fuego. Vi á un kafir dispararle tres tiros á una distancia de treinta varas.»

El artillero Collins, de la batería 84 de la Real Artillería de campaña: «Estando herido en el suelo cerca de los cañones, después que los boers se habían acercado á aquéllos, traté de enarbolar una bandera blanca, pues hasta las balas de nuestros soldados caían en donde estábamos; y cuando hice esto, los boers me hicieron fuego.»

Mientras hemos podido hallar alguna excusa para con un enemigo vaiente, se la hemos hallado; pero se acerca ya á pasos agigantados el día en que debemos de presentarnos ante el mundo con nuestras pruebas para decirle: «¿Son estos actos de soldados, ó de bandidos? ¿Y si esos hombres no son más que unos bandidos, por qué hemos de seguir tratándoles siempre como soldados?» He leído cartas de soldados que vieron maltratados á sus propios camaradas en Brakenlaagte, y confío que, llegado el caso, no tomarán venganza, aunque es tal vez más de lo que puede pedirse á la naturaleza humana.

CAPÍTULO XI

CONCLUSIONES

He tratado ya las varias y enojosas cuestiones de la guerra, y creo haber dicho lo bastante para demostrar que no tenemos motivos de avergonzarnos de nuestros soldados, y que, por el contrario, los tenemos para avergonzarnos de aquellos de nuestros compatriotas que los han pintado como no son. Pero hay un gran número de personas opuestas á esta guerra que nunca han descendido á tales bajezas, y que creen de buena fe que la guerra habria podido evitarse, y que aun después de haber estallado, hubiéramos podido hallar ciertas condiciones que hubieran aceptados los boers. Estas personas tienen consigo á todos aquellos idealistas amables y de buen corazón que no han examinado la cuestión profundamente, y que, por otra parte, están incitados por el miedo de que el imperio está obrando de un modo muy duro para con unas repúblicas de pastores, y esta opinión es tan honrada como la de algunos periodistas cuya arrogancia al principio de la guerra nos causó algún descrédito, aunque es infinitamente más respetable que la de éstos. El mejor representante de tales ideas es Mr. Methuen en su libro *Paz ó Guerra*, que es una exposición hábil y moderada de ellas. Analicemos, pues, sus conclusiones, descartando las causas de la guerra, que ya se han tratado con cierta extensión.

Mr. Methuen establece una comparación muy íntima entre la actual situación y la revolución norteamericana, y aunque en realidad hay ciertos puntos de semejanza, también los hay de diferencia; pues nuestra causa, que era en su esencia injusta para con los norteamericanos, es esencialmente justa para con los boers, sin contar con que ahora tenemos en nuestro apoyo todo el imperio, y tenemos el dominio de los mares, y somos muy ricos; factores completamente nuevos y muy importantes.

La revuelta de los Estados boers contra la soberanía inglesa es mucho más parecida á la revolución de los Estados del Sud contra el Gobierno de Washington, y la situación en que nos hallamos después de Colenso fué la situación de North después de «Bull's

Run». Mr. Methuen habla mucho de las amarguras de los boers, ¿pero eran acaso mayores que las de los Estados del Sud? Y, sin embargo, aquella guerra se llevó á su fin, y ya vemos lo que ha salido de ella. No pretendo que el paralelo sea exacto, pero á lo menos es tan exacto como aquel del cual Mr. Methuen saca tan desconsoladoras consecuencias. Verdad es que hace observaciones muy sombrías acerca de nuestro porvenir, pero también es verdad que haciendo frente con corazón entero al porvenir sombrío es como una nación prueba no estar aún degenerada; y vale mucho más pagar la victoria al precio que él predice que abandonar por un solo instante la tarea que hemos emprendido.

Mr. Methuen habla mucho de la manera estúpida, poco caballeresca y algunas veces brutal, con que algunos individuos y periódicos han hablado del enemigo, y aunque creo que son pocos los caballeros que no hayan sentido tal lenguaje, que vuelva Mr. Methuen la vista á la prensa del Continente y vea la obra de los partidarios del enemigo, y ella le hará tener más caridad para con esos sus bajos compatriotas; ó que examine, si no, la prensa holandesa de Sud-Africa y vea si el abuso está sólo de una parte. He aquí algunas apreciaciones contenidas en la primer carta de P. S. (de Colesburg) en *The Times*:

«Vuestras clases bajas, perezosas, sucias y borrachas.»

«Vuestros oficiales son ó estudiantes pedantes, ó frívolos hombres de sociedad.»

«La mayor parte de vuestra población consiste en mujeres, tullidos, epilépticos, tísicos, atacados de cáncer, enfermos y orates de todas clases.»

«Las nueve décimas partes de vuestros hombres de Estado y de vuestros altos empleados, sufren de los riñones.»

«Nunca seremos gobernados por un atajo de perros ingleses.»

No hay en todo eso gran caballerosidad ni consideración para con los sentimientos de un enemigo; pero he aquí ahora una poesía publicada en el *Volksstem* en 26 de Agosto de 1899, pocas semanas antes de la guerra, y que describe el programa boer. La traducción dice así:

«Entonces oirán con placer nuestros oídos el llanto de las viudas y el grito de los huérfanos; y nos prepararemos á velar alegres el cadáver de esos muertos causados por vuestra villanía.—Entonces os acuchillaremos y cortaremos en pedazos, y beberemos con gusto vuestra sangre, y la contaremos como el capital con sus intereses, los intereses del villano que son siempre dulces y buenos.—

Y cuando el sol se ponga en el cielo obscurecido con las nubes de la humeante sangre, el último saludo del inglés será el murmullo horrible y miserable del moribundo.—Entonces daremos principio á nuestro alegre banquete brindando ante todo, «por la sangre inglesa.»

No hay duda de que todo boer decente se avergonzará de esto como nosotros nos avergonzamos de algunos de nuestros periódicos «jingos»; pero aun los mismos jefes de los boers como Reitz, Steyn y Krüger se han permitido, con respecto á los ingleses cierto lenguaje, con el cual, afortunadamente, no puede ponerse en parangón el que hemos usado por nuestra parte.

Mr. Methuen juzga con mucha severidad á lord Salisbury por lo absoluto de su respuesta á las proposiciones de paz de los presidentes hechas en Marzo de 1900; pero ¿qué otro partido práctico hubiera podido sugerirse? ¿No es evidente que si se les hubiera dejado la independencia á los boers la guerra hubiera sido sin resultados, puesto que todas las causas que contribuyeron á ellas se hubieran dejado en pie y sin solución? Al día siguiente de haber firmado la paz nos hubiéramos hallado frente á frente de la cuestión de la franquicia, de la de los Uitlanders y tantas otras, para cuyo arreglo hemos hecho tantos sacrificios. ¿Y hubiera sido esta una política juiciosa? ¿Hubiera sido una política sostenible (aun fundándose en principios de humanidad) cuando era bien claro que en el transcurso de muy pocos años hubiera llevado á otra y mucho mayor contienda? Cuando más de la mitad de la obra estaba ya concluida era una locura levantar la mano y dejarla.

Y, en realidad, no hay para qué hacer sombríos pronósticos. La guerra nos parece larga á nosotros porque la sufrimos; pero á nuestros descendientes les parecerá probablemente todo ese tiempo muy corto para la conquista de una comarca inmensa y de un enemigo tan fuerte como es; y nuestra tarea no es una tarea que no tenga fin, pues cuatro quintas partes de los hombres del país están en nuestro poder, y la quinta parte restante disminuye de semana en semana, al paso que nuestra movilidad y nuestra capacidad aumentan. No hay el menor fundamento para las lamentaciones de mister Methuen por el estado de nuestro ejército, pues está con mucho en mejores condiciones de aptitud que lo estaba al empezar la guerra, y es de una certeza matemática que dentro de pocos meses veremos en nuestro poder la última de las columnas enemigas. Entre tanto, la vida civil va recobrando de nuevo su vigor, pues la Colonia del río Orange se paga todas sus atenciones, y el Transvaal está

no muy lejos de hacer lo propio; se están despertando las industrias, y en el Rand el ruido de los troqueles ha reemplazado al ruido del cañón; pronto trabajarán 500 de ellos, y los refugiados están regresando al promedio de 400 por semana.

Se arguye que la animosidad de esta lucha no se extinguirá nunca; pero la historia nos ha enseñado que precisamente las luchas que se llevan hasta el extremo son aquellas que dejan el menor rencor. Recuérdense las nobles palabras de Lee: «Somos un pueblo cristiano. Hemos sostenido esta lucha tanto tiempo y tan bien como podíamos, y hemos sido vencidos; pero para nosotros, que somos un pueblo cristiano, no nos queda más que un solo camino: el de aceptar nuestra situación». Así es cómo el hombre valiente acepta el juicio del Dios de las batallas, y ojalá sea así respecto de los boers. Á lo menos, esos campos de prisioneros, así como los de concentración, han puesto á los hombres y mujeres en contacto con nuestro pueblo, y tal vez las memorias que dejen tras sí no sean todas amargas; la Providencia obra de modos muy raros, y es muy posible que aun allí se estén echando ahora las semillas de la reconciliación.

En cuanto al porvenir más inmediato, es probable que el Transvaal, con la afluencia de inmigrantes que la prosperidad traerá, sea después del Natal el Estado más inglés de los Estados de Sud-Africa; y con el Natal ya hecho inglés, y la Rodesia ya inglesa, y el Transvaal inglés, y el Cabo inglés ya á medias, teniendo sólo holandesa la Colonia del Cabo de Orange River, los ingleses tendrán asegurada la mayoría en un Parlamento de los Estados Unidos de África. Y valdría la pena de permitir que el Natal absorbiese el distrito de Vryheid del Transvaal.

Se me ocurre á mí, y es una proposición que hago con desconfianza, que sería una medida prudente y práctica formar un «Boer Reservation» (Centro reservado para los boers) en los distritos septentrionales del Transvaal (Watersberg y Zoutpansber), y que vivieran allí como los basutos viven en el Basutoland, ó los indios en el territorio indio, ó como los habitantes de uno de los protectorados de la India, garantizándoles, en tanto que permaneciesen en paz bajo la bandera inglesa, completa protección contra las invasiones del minero ó del especulador, y que hiciesen allí la vida que quisiesen á su gusto, con una sencilla forma de autonomía, suya propia. Allí podrían hacer su morada esos hombres irreconciliables, que nunca podrán rozar sus hombros con los de ningún inglés; y las colonias inglesas serían tanto más fuertes por haber puesto en

cuarentena á aquellos que con su animosidad podrían contagiar á sus vecinos. Tal estado no podría ser una gran fuente de peligro, puesto que retendríamos en nuestras manos todos los caminos por los cuales les pudieran llegar armas. Ya sé que el Watersberg y el Zoutpansberg no son lugares de residencia muy de desear; pero la cosa sería voluntaria y nadie que no quisiese ir necesitaría ir allí. Sin un plan como éste ú otro semejante, el Imperio carecerá de válvula de seguridad en Sud-África.

No quiero concluir este breve resumen de la cuestión sudafricana sin hacer alguna alusión á la actitud de las naciones del Continente durante la lucha. Esta actitud ha sido correcta en todas circunstancias por parte de los Gobiernos, y en casi todas las circunstancias, incorrecta por parte del público. Algunos hombres de corazón y de clara inteligencia, como Yves Guyot, en Francia, y M. Tallichet y M. Naville, en Suiza, han sido nuestros amigos, ó, mejor dicho, los amigos de la verdad; pero la mayor parte de las naciones se han dejado arrastrar por esa corriente de preocupación y de mentiras que ha hallado su fuente en una prensa venal ó, cuando menos, ignorante. Pero en este país el pueblo, á la larga, puede siempre imponer su voluntad al Gobierno, y creo que ha llegado á ciertas conclusiones bien definidas, que afectarán á la política inglesa extranjera durante muchos años.

Contra Francia no tenemos animosidad, porque creemos que Francia no ha tenido nunca mucha razón para considerarnos de otro modo que como un enemigo; y aunque durante muchos años hemos tratado de ser amigos de ella, las tradiciones de siglos no pueden olvidarse fácilmente. Además, muchas de sus quejas son de fecha reciente: muchos de nosotros nos avergonzamos y estamos aún avergonzados de la gritería absurda é histórica que hubo en nuestro país con motivo de la cuestión Dreyfus; ¿no hay, acaso, extralimitaciones de justicia en el Imperio? Como expresión de una opinión, hubiera sido admisible; pero como ofensa nacional, hecha al por mayor, nos ha desarmado para podernos quejar de igual inmoderada crítica con respecto á nuestro carácter y moralidad. Para con Rusia no guardamos animosidad, porque sabemos que en aquel país no hay verdadera opinión pública y que su prensa no tiene medios de poder formar opiniones propias, y además, en este caso, hay también cierta animosidad secular que puede entrar por mucho en su poco imparcial juicio.

Pero con respecto á Alemania es ya muy distinto, porque una y otra vez, en la historia del mundo, hemos sido los amigos y los

aliados de ese pueblo, como en los días de Marlborough, en los de Federico el Grande y en los de Napoleón; cuando no pudimos socorrerles con hombres, les socorrimos con dinero y nuestra flota aniquiló á sus enemigos. Y ahora, que por primera vez en la historia se presentaba ocasión de ver quiénes eran nuestros amigos en Europa, en ninguna parte hemos hallado mayor odio y calumnia que de parte de la prensa alemana y del pueblo alemán. Los periódicos más respetados no han vacilado en representar á las tropas inglesas (tropas que son, soldado por soldado, tan humanas y tan disciplinadas como lo son las suyas), no sólo como perpetradoras de delitos contra las personas y las haciendas, sino hasta como asesinos de mujeres y niños.

En un principio este inesperado fenómeno causó solamente sorpresa en el pueblo inglés, luego pena, y por fin, al cabo de dos años de sufrirle, produjo en la mente de ese pueblo una profunda y duradera cólera. De tiempo en tiempo se abre paso al rumor, rumor que parece tener algún fundamento de que hay una inteligencia secreta por la cual la Triple alianza puede, en determinadas circunstancias, hacer necesario el empleo de la flota inglesa. Probablemente son muy pocos los hombres de Europa que sepan si esto es así ó no; pero si lo es, sería lo más justo denunciar lo más pronto posible ese Tratado, porque habrán de pasar muchos años antes de que el público inglés olvide y perdone el acto de Alemania, y tampoco el Gobierno alemán puede eximirse de cierta culpa, porque sabemos que los alemanes son un pueblo muy disciplinado, y no podemos creer que su anglofobia hubiera llegado hasta el extremo de la manía sin cierto aliciente oficial, ó por lo menos contra una desaprobación oficial.

La agitación llegó al extremo en el clamor que se alzó con motivo de la referencia que Mr. Chamberlain, en su discurso de Edimburgo, hizo á la guerra de 1870. En aquel discurso, Mr. Chamberlain hizo notar con justicia que podíamos hallar precedentes de cualesquier medidas que nos viéramos obligados á tomar contra las guerrillas, en la historia de otras campañas, como la de los franceses en Argelia, la de los rusos en el Cáucaso, la de los austriacos en la Bosnia y la de los alemanes en Francia, observación que naturalmente no implicaba mancha ninguna sobre esos respectivos países, sino que simplemente señalaba un precedente militar que justificaba tales medidas, bien es verdad que los alemanes en Francia no hallaron nunca razón para devastar el país, porque nunca se vieron en presencia de una guerra de guerrilla general,

como nosotros nos vemos; pero también es verdad que al franco tirador ó al hombre á quien encontraban cortando el alambre de la línea del ferrocarril, le daban muy poco tiempo para confesarse, mientras que nosotros no hemos ejecutado nunca á un solo boer de buena fe por tal ofensa; y lo que bien pudiera ser es, no que los alemanes fueran demasiado severos, sino que nosotros hayamos sido demasiado tolerantes. De todos modos, es evidente que no hubo nada de ofensivo en aquella declaración, y que aquellos que están bien informados de los hechos de los soldados ingleses en esta guerra saben muy bien que cualesquiera tropas del mundo se tendrían por orgullosas en contarse entre ellas por lo que respecta á valor y humanidad.

Por los agitadores no se tomaron ni siquiera la pena de averiguar cuáles eran las palabras pronunciadas por Mr. Chamberlain (aunque las hubiera podido leer en su lengua original encima de la mesa del salón de lectura de la fonda más cercana; y así, con el apoyo de una gacetilla burda, se levantó en todo el país un tumulto y se celebraron muchas reuniones en son de protesta, y hasta se hallaron seiscientos ochenta sacerdotes, lo suficiente blandos de corazón y de cabeza para dejarse imponer por cuentos tan absurdos de las atrocidades inglesas, y estos reverendos señores suscribieron una insultante protesta contra ellas. Pero este movimiento fué á todas luces tan artificial ó á lo menos tan basado en una mala inteligencia que excitó tanta diversión como cólera en este país; pero el honor de nuestro ejército nos es tan querido, que los continuos ataques contra él dirigidos han dejado entre nosotros un vivo resentimiento que no se aplacará ni será justo que se aplaque en una generación. No es mucho decir que cinco años atrás una derrota completa de Alemania en una guerra europea, hubiera obligado á Inglaterra á intervenir, pues ni el sentimiento público ni las afinidades de raza nos hubieran permitido nunca ver á Alemania ir castigada á un rincón; pero lo que es ahora, mucha gente en Inglaterra piensa que mientras viva esta generación, ni una guinea inglesa ni un solo soldado inglés se emplearán en ningunas circunstancias con ese objeto. Este es uno de los extraños y deplorables resultados de la guerra boer, y á la larga puede que no resulte el menos importante.

Debe, sin embargo, hacerse alguna concesión, tratándose de un pueblo á quien durante muchos años no se le ha presentado sino un solo aspecto de la cuestión, aspecto que ha sido precisamente el que han visto apoyado por toda clase de malignas invenciones y false-

dades, y ha de llegar seguramente el día en que prevalezca la verdad, aunque no sea sino porque las fuentes que mantienen viva la corrupción han de secarse, y porque es difícil imaginar que ninguna política estable pueda ser sostenida por la falsedad; y cuando eso suceda y las naciones europeas vean cómo han sido engañadas y convertidas en instrumentos de unos pocos hombres arteros y sin escrúpulo, es posible que se haga justicia, tarda justicia, á la dignidad y á la inflexible resolución que desde el principio hasta el fin de esta cuestión ha demostrado la Gran Bretaña. Pero hasta que llegue ese día no podemos hacer otra cosa que continuar la guerra, sin mirar ni á la derecha ni á la izquierda, sino con los ojos fijos siempre en un gran objeto, que es una Sud-África, en la cual no haya ya nunca jamás una lucha, y en la cual el boer y el bretón gocen los mismos derechos y las mismas libertades, con una ley común que les proteja á todos, y un amor común de todos para con su patria, que los confunda en una sola nación.

APENDICES

A

Una carta de Tobías Smuts al general Botha, que fué interceptada por los ingleses, arroja curiosa luz sobre los campos de concentración y la cuestión de la quema de las casas de labor. Dice así:

«Hace ya varios meses que el general Cris Botha quemó casas en Sambaansland, que no es territorio neutral... la granja de mister Bernardus Johsstone se quemó en todo ó en parte, por Cris Botha, y también la casa de Frank Johnstone... Cuando estábamos en Pietretief, se quemó la casa de Von Brandis, y se me dijo que eso se había hecho «de orden superior». En mi opinión, no es el número de casas lo que quebranta el principio.

»También, con respecto al transporte de mujeres..., recibí orden de usted de hacer salir á las mujeres contra su voluntad, y cuando le pregunté á usted qué debía hacer si los ingleses rehusaban tomarlas, su respuesta de usted fué que en ese caso las *descargase* dentro de las líneas enemigas.»

¿Parece esto indicar que el general boer tuviese duda de nuestra humanidad?

En contestación á una queja de Schalk Burger con respecto al tratamiento de las mujeres, el general Kitchener puso á prueba la buena fe de aquél de una manera muy sencilla. «Tengo el honor de informarle á usted—le escribió—que todas las mujeres y niños que hay en nuestros campos y quieran dejarlos le serán remitidas á usted, y tendría una satisfacción en saber que usted desea que se le envíen.» El ofrecimiento no fué aceptado.

En 6 de Diciembre el general Kitchener hace relación de cómo vinieron á formarse los Campos de Concentración, lo cual prueba en absoluto que reconocieron por causa la conducta de los jefes boers. He aquí su declaración:

«En los comienzos del año se me dieron numerosas quejas por parte de los burghers rendidos, quienes me manifestaban que des-

pués que habían depuesto las armas, veían maltratadas sus familias y confiscado su ganado y su propiedad por orden del comandante general del Transvaal y del Estado Libre de Orange. Estos hechos habían ocurrido en consecuencia de la circular fechada en Roos Senekal en 6 de Noviembre de 1900, en la cual el comandante general dice: «Haga usted cuanto esté en su mano para impedir que los burghers depongan las armas. Si no hace caso de esto, me verá obligado á confiscarles todo mueble ó inmueble y á quemarles además las casas.»

»En mi entrevista con el comandante general Luis Bhotá, aproveché la ocasión para llamar su atención sobre este asunto, y le dije, que si continuaban en tal proceder, me vería obligado á traer á nuestras líneas todas las mujeres y niños, y cuanto bienes y efectos me fueran posibles, á fin de protegerles contra estos actos de sus burghers. Le pregunté también si se averdria á no tocar las casas de labor ni á las familias de los burghers neutrales ó que se hubiesen rendido, en cuyo caso yo me manifestaba dispuesto á no molestar las casas de labor ni las familias de los burghers que estaban en la facción (n commando), con tal que no ayudasen de un modo activo á sus parientes. El comandante general rehusó enfáticamente aun la misma discusión de tal arreglo, y añadió: «Estoy facultado por la ley para obligar á todo hombre á incorporarse á las filas, y si no lo hacen, á confiscarles la propiedad y á dejar á sus familias en campo raso.» Entonces le pregunté qué partido me quedaba para proteger á los burghers que se rendían y á sus familias, y me contestó: «Lo único que puede usted hacer es mandarlos fuera del país, porque si los cojo, sufrirán las consecuencias». Después de eso nada había ya que decir; y como las operaciones militares no permiten la protección de cada individuo en particular, no tuve otro remedio que continuar mi sistema de traer á los habitantes de ciertas zonas bajo la protección de nuestras líneas. Comunicué esta decisión al comandante general en mi oficio de 16 de Abril, fechado en Pretoria, del cual copio lo siguiente:

«Como hice saber á V. E. en Middelburg, en vista de la manera irregular de que V. E. ha tenido de hacer y continuar las hostilidades obligando contra su voluntad á pacíficos habitantes á incorporarse á las filas, precedente en absoluto no autorizado por los usos admitidos de la guerra, no me queda otro recurso y me veo obligado á adoptarle, que tomar las necesarias medidas para traer dentro de mis líneas á las mujeres y niños, medidas para mí muy desagradables y repugnantes.»

«Tengo la mayor compasión por los sufrimientos de esa pobre gente, y he hecho todo cuanto podía para aliviarlos, y me sorprende, como sorprende á todo el mundo civilizado, que V. E. se considere justificado á seguir causando tantos sufrimientos á la gente del Transvaal con la continuación de esta lucha inútil y cuyo resultado es inevitable.»

B

El conde de Hübner es un general austriaco, hijo del difunto barón de Hübner, que fué un embajador austro-húngaro. A su vuelta de Sudáfrica comunicó sus impresiones á un representante del *Daily Telegraph*.

«Lo que más me sorprendió, dijo, fué el perfecto y generoso sistema consagrado á mejorar la condición de los viejos, las mujeres y los niños en los campos de concentración.

No tengo idea de hasta qué punto las necesidades de la guerra exigiesen la quema de las casas de labor; pero de lo que he oído decir deduzco que las exigencias militares hubiesen reclamado una medida semejante de cualquiera que tuviese el mando de un ejército civilizado. Lo que en mi opinión fué muy excepcional es al grande humanidad desplegada por los ingleses en favor de estas víctimas de la guerra, y no se me ocurre nada que pudiese proponer como una mejora. Lo que ante todo desearía contradecir de la manera más directa, es la aserción de que las mujeres y las muchachas han sido llevadas á esos campos, ó sacadas de ellos, con fines inmorales. Siempre que estuve en contacto con los soldados, y lo estuve muy á menudo, me sorprendió la intachable conducta y comportamiento de los hombres; por ejemplo: nunca vi un soldado borracho.

El conde de Hübner sentía muchísimo las calumnias que había leído en los periódicos del Continente. «No puedo comprender, dijo, de dónde emanan; pues durante mi estancia en Sudáfrica nunca tuve noticia de la existencia de ningún corresponsal de un periódico extranjero. La conducta de las autoridades inglesas, así civiles como militares, se ha caracterizado por una extrema y excepcional humanidad.»

Así habló un callero amante de la verdad y leal.







BIBLIOTECA NACIONAL



1001980630